

#151
OCTUBRE
NOVIEMBRE
DICIEMBRE
2023



La verdadera devoción a la Virgen María

†Mons. José Rafael Palma

- Los dones del Espíritu Santo y la libertad: (su relación con las virtudes, con los pecados capitales, con las bienaventuranzas, y sus frutos; en contraposición con los pecados capitales)

P. Ignacio Andereggen D

- Sin las virtudes los valores son solo ideas

P. Francisco Javier Jaramillo

- Santa Teresita del niño Jesús, "madre espiritual" de los sacerdotes

P. Alfonso López Muñoz, L.C.

- V° Centenario de la evangelización de México

P. Luis Alfonso Orozco, L.C.



P. Alfonso López Muñoz, L.C.
Director Editorial Revista
SACERDOS



EDITORIAL

Estimados hermanos en el sacerdocio:

Les saludamos esperando se encuentre muy bien, y con gusto les presentamos la revista *Sacerdos* para el trimestre octubre-diciembre del presente año 2023:

En esta ocasión presentamos dos artículos en el área de la dimensión humana de nuestra formación permanente: el primero versa más sobre el ámbito de la Ética o Moral y hace ver cómo sin las virtudes, los valores se tornan en sólo ideas; el otro, partiendo más bien desde el terreno de la psicología, aborda el tema de la conciencia moral.

En el campo de la dimensión específicamente de la espiritualidad, son cuatro los trabajos que ofrecemos: uno sobre los dones del Espíritu santo en su relación con la libertad, y, por lo tanto, en relación con todo el aparato de la vida espiritual (virtudes, bienaventuranzas, frutos; en contraposición con los pecados capitales); otro que es continuación del tema sobre la dirección espiritual en el sacerdote según la enseñanza de san Juan de Ávila; otro sobre la importancia de la Virgen María en la vida del presbítero y que nos recuerda el hecho de que los grandes santos y santas, sobre todo los que vivieron con más fuerza las virtudes de la bondad, de la mansedumbre y la paciencia, vivieron una espiritualidad marcadamente mariana. Finalmente, nos puede ayudar mucho en nuestra vida sacerdotal –y con mayor razón en estos tiempos nuestros- un ensayo sobre santa Teresita del Niño Jesús como “madre espiritual” nuestra.

En el rubro de la dimensión más directamente intelectual, contamos con un artículo de gran interés coyuntural, debido a las efemérides que celebramos en estos años con relación a la primera evangelización en México y demás países latinoamericanos, así como el hecho que nos acercamos a los 500 años de las apariciones de la Virgen de Guadalupe (1531); el artículo se intitula: “V° Centenario de la Evangelización de México”.

En el ámbito de la dimensión pastoral de nuestra formación integral, presentamos los siguientes temas: uno sobre la verdadera devoción a la Virgen María en la Iglesia; otro sobre la caridad humana y cristiana que los seguidores de Cristo, y nosotros sacerdotes los primeros, hemos de buscar vivir; y, finalmente, otro de cara a nuestro ministerio pastoral en favor de los matrimonios.

Como temas de actualidad, incluimos, en primer lugar, un artículo que nos puede ser muy útil hoy día en que se cuestiona la espiritualidad del hombre así como la existencia del alma humana: el trabajo aborda, pues, el tema de las neurociencias en su relación con la cuestión del alma como componente espiritual de la persona, y, finalmente, en su relación con la libertad humana. El segundo trabajo en este apartado versa sobre el aborto como fruto de la disminución –o de plano quasi-desaparición- de la conciencia moral en el hombre.



Finalmente, presentamos el testimonio de un hermano nuestro en el sacerdocio que acaba de celebrar su trigésimo aniversario de ordenación sacerdotal; nos unimos a su acción de gracias por estos treinta años muy fecundos de ministerio sacerdotal vividos con gran entrega, plenitud y felicidad en Jesucristo y por la intercesión de la Virgen María.

Bien, queridos padres, pues que Dios Nuestro Señor les siga sosteniendo en su vocación y en su ministerio al servicio de Jesucristo y de Su Iglesia, en favor de la santificación de la porción del Pueblo de Dios encomendada y en pro de la salvación de las almas.

Con nuestras oraciones, en El Señor Jesús,

**P. Alfonso López Muñoz, L.C.
y Equipo Centro Sacerdotal Logos**



DIMENSIÓN HUMANA

Sin las virtudes los valores son solo ideas P. Luis 7
P. Francisco Javier Jaramillo

Pulsiones y conciencia 11
P. Alberto Mestre, L.C.



DIMENSIÓN ESPIRITUAL

Los dones del Espíritu Santo y la libertad: (su relación con las virtudes, con los pecados capitales, con las bienaventuranzas, y sus frutos; en contraposición con los pecados capitales) 17
P. Ignacio Andereggen

La dirección espiritual para el Maestro Ávila como un auténtico "amoris officium" "ministerio de amor" (7) 27
P. Antonio Rivero, L.C.

Dile con santa osadía: ¡Soy todo tuyo, María! 33
P. José Juan Sánchez Jácome

Santa Teresita del niño Jesús, "madre espiritual" de los sacerdotes 36
P. Alfonso López Muñoz, L.C.



DIMENSIÓN INTELECTUAL

Vº Centenario de la evangelización de México 57
P. Luis Alfonso Orozco, L.C.



DIMENSIÓN PASTORAL

La verdadera devoción a la Virgen María 64
†Mons. José Rafael Palma

La Caridad humana y cristiana 69
†Mons. José Rafael Palma

**Utiliza nuestro Índice interactivo para navegar dentro de la revista.*



ÍNDICE

Matrimonio y Familia a diez años del pontificado del Papa Francisco P. Gaspar Guevara, L.C.	75
---	-----------

ACTUALIDAD



Neurociencia y libertad P. Enrique Tapia, L.C.	81
--	-----------

El aborto y el apagón de la conciencia moral P. José Juan Sánchez Jácome	91
--	-----------

TESTIMONIO



30° Aniversario de consagración sacerdotal P. Daniel Valdez García	94
--	-----------

**Utiliza nuestro Índice interactivo para navegar dentro de la revista.*

Director responsable: P. Alfonso López Muñoz, L.C.

Consejo editorial: †S.E. Mons. Rogelio Cabrera López / Arzobispo de Mty. / Presidente de la Conferencia del Episcopado Mexicano, †S.E. Mons. Jaime Calderón Calderón / Obispo de Tapachula, †S.E. Mons. José Rafael Palma Capetillo / † Obispo Auxiliar de Xalapa S.E. Mons. Carlos Enrique Samaniego López / Obispo Auxiliar de la Arquidiócesis de México, †S.E. Mons. Eduardo Muñoz / Obispo Auxiliar de la Arquidiócesis de Guadalajara, P. Ignacio Andereggen, P. Jaime Rivas, P. Octavio Pérez Ramírez, P. Marcelino Monroy, P. Javier Jaramillo, P. Eduardo Godínez, PP. Fernando Pascual, Antonio Rivero y Alex Yeung, LL.CC.

Coordinación gráfica: Lic. Hugo Toro Monjaraz

Coordinación Editorial: En *Sacerdos* velamos porque todo cuanto se escribe en nuestra revista refleje en todo momento la doctrina de la Iglesia Católica sobre cada uno de los temas tratados; sin embargo, la responsabilidad del pensamiento y de las ideas en concreto de cada artículo competen a su respectivo autor.



AVISO



Renovación Sacerdotal en Jerusalén

FECHA:
08 al 27 de enero 2024
08 al 27 de julio 2024

Costo:
2,800€

Contacto:

Adriana Bellon

Coordinadora de Programas Internacionales

Mail: logosinter@redmision.org

Celular 5528605693

Acueducto Río Hondo 218,
Lomas de Virreyes C.P. 11000,
CdMx.

Síguenos:

 **Centro Sacerdotal Logos**

www.centrologos.org

INFORMES

Programas Internacionales

Adriana Bellon
logosinter@redmision.org
Cel. +52-5528605693

Acueducto Río Hondo 218, Lomas de Virreyes
C.P. 11000, Ciudad de México.

Síguenos:  Centro Sacerdotal Logos
www.centrologos.org



**P. Francisco Javier
Jaramillo**

Maestría en Biblia y
Espiritualidad
Licenciado en Teología
Pastoral

Sin las virtudes los valores son solo ideas

Hemos de administrar la vida sabiamente en el cumplimiento de la misión que Dios nos ha dado, y por ello la hemos de construir sobre la roca de sólidos valores. Hoy se habla mucho, y con razón, de vacío de valores, pero muchas veces no se llega a comprender que en el fondo ese vacío proviene del vacío de Dios. Cuando el hombre pierde a Dios, cuando lo desconoce como valor supremo, tampoco alcanza a realizar los valores, que no son sino bienes particulares que sólo tienen consistencia en relación a Él. El sentido de la vida y la misión encuadran así el tema de los valores en cuanto que estos son bienes parciales que encuentran en Dios, bien supremo, su punto de referencia y su fundamento final.

Podríamos definir los valores como los diversos bienes objetivos a los que el hombre aspira y que lo perfeccionan como tal.

Aunque sin detenerme ahora a fondo, puesto que ello iría mucho más allá del propósito de este artículo, quisiera hacer una breve referencia al debate en curso entre los moralistas y pensadores católicos sobre la conveniencia del uso del término valor. En efecto, no son pocos los que aseguran que el término valor es ajeno a la gran tradición cristiana y que su uso implica la aceptación implícita de una ética relativista. En su lugar propugnan el retorno al uso generalizado del término virtud.

Es cierto que el abandono de un término como el de virtud, tan arraigado en la gran tradición filosófica y teológica de la Iglesia, sería lamentable, y que debemos promover con fuerza su renovado uso. Pero ello no implica dejar de lado el uso, también legítimo,



del término valor, si por él entendemos, como lo hacemos nosotros, un bien objetivo que la persona no crea por sí misma, sino que más bien reconoce o descubre en la realidad.

El término valor así entendido evita el peligro del relativismo y, al mismo tiempo, se recupera el uso de una palabra que, si bien como tantas otras de tipo ético puede ser manipulada, sin embargo, ha penetrado ya profundamente en la cultura contemporánea.

El mismo Santo Padre, en diversas encíclicas y discursos, ha mostrado cómo es posible dar a dicho término un sentido apropiado, revindicando de este modo el uso del término "valor" dentro del ámbito de la ética cristiana.

Los valores se refieren a todas las dimensiones humanas: a la esfera sensitiva y biológica, a la esfera económica y social, a la esfera propiamente espiritual, y a la esfera moral y religiosa. Dado que estas



DIMENSIÓN HUMANA



dimensiones, aun siendo todas ellas partes integrantes y constitutivas del hombre, no lo son del mismo modo, sino que hay en ellas un orden; en efecto, es posible clasificar los valores, jerarquizándolos según su importancia.

En el nivel inferior se encuentran los valores materiales, dones del Creador que hay que recibir con corazón agradecido. El Padre sabe que de todos esos bienes tenemos necesidad (cf. Mt 6. 32). Pero existe el riesgo de afanarse con exceso por obtenerlos, como si de ellos dependiera exclusivamente la felicidad. Cristo amonestó con claridad a los suyos sobre este peligro, y en una sociedad como la nuestra, que tiende al consumismo, siempre es útil escuchar la amonestación evangélica al hombre que se dedicó a acumular bienes sin pensar en la salvación de su alma: «Necio, esta noche te será pedida el alma. Y todo aquello que has acumulado, ¿para quién será? Así será de quien acumula tesoros para sí y no se enriquece ante Dios» (Lc 12, 20-21). Apreciando en su justa medida estos valores, hemos sin embargo de recordar que la felicidad no proviene del poseer más cosas, sino de la bondad del corazón, de una conciencia en paz consigo mismo, con los demás y con Dios.

Otro valor fundamental es el de la vida humana desde su concepción hasta su muerte. La vida tiene un carácter sagrado, y sólo Dios, que la ha dado, detenta el derecho absoluto sobre ella. Hay que defender la vida en los momentos en que resulta

más desprotegida: la vida inocente que se desarrolla en el seno materno, y la vida que se apaga por una enfermedad grave o de modo natural. La Iglesia ha empeñado toda su fuerza moral y espiritual en la defensa del valor de la vida humana, combatiendo energicamente el aborto y la eutanasia como crímenes abominables contra la humanidad.

Sé que muchos de nosotros estamos comprometidos de persona en la lucha en favor de la vida. Hemos de seguir con espíritu firme en esta batalla para que las autoridades civiles y la sociedad entera reconozcan este valor fundamental, que es al mismo tiempo un derecho inalienable de la persona humana, cuya negación es un signo de barbarie y de pérdida del sentido de la sacralidad y de la dignidad del ser humano. Pero hemos de recordar que el cambio que se pueda producir en la legislación siempre ha de ir precedido y será consecuencia del cambio del corazón y de la conciencia de los hombres. Los valores biológicos y psicológicos se refieren a la perfección del cuerpo y de la mente. Un valor humano indudable es el cuidado prudente de la propia salud corporal. El cuerpo es un gran don que Dios nos ha dado, y no lo podemos menospreciar.

También es importante para el hombre la higiene mental, por lo que ha de buscar una vida equilibrada, en donde no falte el ejercicio corporal y se favorezca la sana psicología, siguiendo aquel ideal clásico de "mens sana in corpore sano".

Los valores de la inteligencia (la claridad y profundidad de pensamiento, la penetración intelectual, la fuerza rigurosa en la argumentación lógica, la búsqueda sincera de la verdad, etc.) perfeccionan al hombre en cuanto ser dotado de razón.

Los valores de la voluntad (la fuerza y solidez de carácter, el dominio de las pasiones e instintos, la constancia en las determinaciones y propósitos, la energía en la decisión, etc.) juegan un papel determinante en la construcción del hombre maduro y responsable.

Los valores estéticos o artísticos nos ayudan a captar la belleza o a producirla por medio de obras de arte.



DIMENSIÓN HUMANA

Siguiendo la ascensión en esta escala se encuentran los valores morales. El valor moral perfecciona al hombre no en una de sus facultades solamente, sino a la persona como tal. Es aquél que tiene que ver directamente con la bondad o la maldad de los actos humanos. El valor moral está estrechamente relacionado con la virtud, término, como hemos dicho, usado por la gran tradición cristiana y que conserva en la actualidad toda su validez. Sin embargo, hay una pequeña diferencia de matices entre virtudes y valores.

La virtud es un hábito por el cual el hombre orienta su comportamiento de modo constante y fiel hacia la realización del bien, mientras que los valores son los bienes objetivos hacia los que tiende el hombre virtuoso.

Por ello, se puede decir que quien practica la virtud busca y realiza en su vida los valores morales.

Los valores morales abarcan una amplia gama de actitudes que regulan el comportamiento de la persona en relación a sí misma: la responsabilidad, la laboriosidad, la autenticidad y la coherencia de vida, la sinceridad, etc., o en relación a los demás: la amistad, la amabilidad, la comprensión, la paciencia, la capacidad de trato y de relaciones humanas, la caballerosidad, la gratitud, los buenos modales, la nobleza y fidelidad a la palabra dada, la compasión, la gratitud, el perdón, la magnanimidad, la hospitalidad y la acogida, la nobleza de carácter, la búsqueda del bien común, la responsabilidad social, la justicia, la



solidaridad, etc.

Una importancia especial asumen en nuestro tiempo los valores familiares, porque la familia es ante todo escuela de los valores más genuinos y auténticos. Hablamos de la familia fundada sobre la alianza matrimonial, una e indisoluble, del varón y de la mujer, que se abre con gratitud al don de los hijos, como el fruto más precioso del don sincero de sí que hacen los esposos. La familia así entendida constituye una verdadera comunión de personas, cuyo principio interior, su fuerza permanente y su última meta es el amor. Este es el único modelo de familia cristiana. Los otros modelos, que por desgracia quieren tratar de imponerse con creciente fuerza en una sociedad permisiva como la actual, no son conformes a la ley natural ni a la evangélica. Por ello la Iglesia los ha reprobado siempre con el máximo vigor.

Dentro de la familia, el ser humano recibe la vida como un don que le es dado en modo gratuito, aprende a amar y a ser amado, a comprender y ser comprendido, a ayudar y ser ayudado. La relación de amor y de amistad que se instaura entre los esposos, y entre estos con los hijos, va creando todo un clima propicio para el desarrollo de la personalidad, para la madurez humana y cristiana. Por eso Juan Pablo II afirma en la encíclica *Familiaris Consortio* que la familia es «un bien precioso» para la humanidad y para la Iglesia (n. 3), cuya gran tarea es la de custodiar, revelar y comunicar el amor.

La familia está esencialmente orientada hacia el amor recíproco de las personas, hacia el don sincero de sí mismos, superando los egoísmos y los puntos de vista personales. Por ello se la define como «comunión de personas»; una comunión que es indisoluble en el amor esponsal, que se sostiene en la mutua fidelidad conyugal y que está puesta al servicio de la vida según los designios de Dios.

Por desgracia, los numerosos ataques de que es objeto la institución familiar en nuestros días han causado la disgregación de muchas familias, con los sufrimientos morales tan profundos que ello implica para sus miembros. Se han propuesto nuevos



modelos sustitutivos de la familia, o incluso algunos han llegado a augurar su desaparición. Es preciso, hoy más que nunca, defender la unidad y la belleza de la familia como un valor precioso para la sociedad y para los individuos. La defensa de la familia se ha de hacer, ante todo, a través del testimonio de familias unidas, en donde se viva la auténtica comunión, se aprecien los auténticos valores humanos y cristianos, los esposos se amen sacrificada y fielmente, y todos los miembros se nutran de un mismo amor. De este modo, las familias serán escuelas vivas de valores donde se forjen los hombres y cristianos maduros del mañana. Todo lo que se haga en favor de las familias será poco, pues ellas son las columnas que fundamentan esa civilización del amor de la que hablaba el Papa Pablo VI.

Finalmente, en la cúspide de la escala de valores encontramos los valores religiosos que conciernen y regulan las relaciones del hombre con Dios, el fundamento de todos los demás valores.



Pulsiones y conciencia



Alberto Mestre, LC
Doctor en Teología
Licenciado en Filosofía

El dinamismo afectivo, psicológico y moral de la persona recorre los niveles del apetito (pasiones), para ser sublimado por las virtudes teologales, especialmente por la virtud de la caridad. El amor humano, acto exquisito de la persona, hecho de pasión y voluntad, de razón y de sensibilidad, es elevado y sublimado por la caridad.

A lo largo de la historia del pensamiento muchos autores han reflexionado y profundizado dicha temática desde distintas disciplinas, desde la filosofía hasta la psicología, pasando por la ascética y la mística. Por ejemplo, San Juan De la Cruz lo analiza pormenorizadamente en el primer libro de su obra *Subida al monte Carmelo*, en el que después ofrece una explicación de la fe y demás virtudes teologales que elevan al hombre hacia Dios.

El objetivo, por lo tanto, de este ensayo es presentar la realidad de las pasiones, los instintos y la inteligencia, con referencia a la conciencia, y dejaremos para otro ensayo cómo las virtudes representan el modo adecuado y excelente de la sublimación de las pasiones, que por sí solas no pueden volar a las alturas a las que está llamado el ser humano.

Buscando una estructura para este artículo, partiremos de las 'pulsiones', concepto que nos dirige hacia las pasiones. Las pulsiones son moderadas por el instinto en el animal, y por la inteligencia en el hombre, que lo gestiona de dos modos diversos. Sin embargo, el tema de las pulsiones (pasiones) posee diversas apreciaciones según sea el punto de vista desde el que se estudian. Aclarando estos puntos, será más fácil proponer la tesis de que son las virtudes quienes representan el modo adecuado y excelente de sublimar las pasiones.

La temática es extensa, compleja e intrincada. Cuando se habla de 'pasiones', entendemos todos aquellos apetitos sensibles, que se reagrupan en el irascible y el concupiscible. Las pasiones suelen también dividirse en sentimientos y emociones, éstas últimas difieren por una mayor intensidad y por lo tanto incluyen cambios orgánicos, como llorar, gritar, sudar, el aumento del latido del corazón, temblor, etc. Estas dos iniciales distinciones necesitan ser completadas con un grupo de conceptos fundantes como lo son: pulsión, impulso, tendencia, inclinación y deseo. Todos estos conceptos son sinónimos de pasión pero guardan un matiz propio: "pulsión" e "impulso" incluyen un matiz de fuerza incontrolada, inconsciente y muy propio del animal; "tendencia" e "inclinación" privilegian el aspecto de la atracción hacia un bien sensible, pero que no deja de tener en el hombre una relación también racional, dado que son tendencias de un ser inteligente; finalmente, el concepto "deseo" proporciona un aspecto afectivo, y por lo tanto tiene que ver con el amor, y éste como el acto principal de la voluntad.

1. Actividad y sistema pulsional humanos

Cuando hablamos de actividad, acto, acción, o palabras semejantes, sólo encontramos estas realidades de modo pleno y auténtico en el ser humano. Sólo a él le pertenece la verdadera actividad. En toda actividad existen límites, el tiempo y el espacio entre ellos, mientras el animal no puede hacerlo, el hombre intenta disminuir dichos límites. Con respecto al tiempo, es a través del recuerdo y la previsión que se realiza esta fuga. El animal, sin embargo, vive sumido en el presente, busca satisfacer todas sus necesidades de modo inmediato, si tiene sed buscará saciarla inmediatamente. El animal non tiene una



expectativa de futuro, no realiza un proyecto de vida, no previene las dificultades que pueden surgir¹. El filósofo Hobbes llegará a decir «que la capacidad de anticipación temporal en el hombre es tan poderosa que el hambre futura despierta el hambre actual»².

Son inmensas las posibilidades que el conocimiento del tiempo ofrece al ser humano, pero a su vez ello es fuente de inmensas preocupaciones.

Cuando percibimos algo atrayente, agradable, surge en el ser humano un deseo como respuesta. El ser humano percibe deseos agradables de modo inmediato, otros deseos los vive ante lo difícil y lejano en el tiempo; al primero la filosofía clásica lo denominaba “apetito concupiscible”, mientras al segundo “apetito irascible”. Resultan dos maneras de percibir lo atrayente, y por este motivo descubrimos dos tipos de deseo. A lo largo de la historia del pensamiento, dichos deseos han recibido diversos nombres: “impulsos”, “tendencias”, “inclinaciones”, “apetitos” y también “pulsiones”.

Sólo el ser humano es consciente de dichas tendencias, y de aquí que sea posible contenerlas y aplazarlas. Cuando los impulsos surgen de modo imprevisto, el hombre puede dirigirlos, moderarlos y encauzarlos, y sólo así pueden convertirse en, por así llamarlos, “intereses duraderos”. La posible contención de los impulsos en el hombre precisa en él que posea un conocimiento suficiente y objetivo de estos, lo cual permite que sean dominados y transformados. Se trata, por lo tanto, de una tarea de orientación y formación³. Sin embargo, si en vez de orientar y encauzarlos lo que se hace es entregarse indiscriminadamente a su goce, el ser humano quedará profundamente insatisfecho⁴, llevando a una degeneración pulsional, verificándose síntomas de dejadez, abandono y pusilanimidad ante la inmediatez de las situaciones, abandono de toda previsión, de modo especial en todo lo que hace referencia a la



vida social, que con sus puntos de apoyo permite encauzar correctamente los impulsos.

Ciertas teorías morales de índole subjetivista tienden a evitar todo encauzamiento de la vida pulsional, promoviendo la cesión de ésta a sí misma, cediendo así a todo estímulo inmediato de comodidad, consumo, satisfacción y de disolución.

Únicamente a partir del conocimiento objetivo, de la contención y de la orientación de los impulsos inmediatos y momentáneos pueden crecer y formarse la actividad a largo plazo y los intereses duraderos. Sólo así actúa el hombre de un modo propiamente humano y conforme a su naturaleza, que es la de un ser que, en razón de la experiencia vivida, de la inteligencia poseída y de las expectativas del tiempo planteadas, vive para afrontar el futuro⁵.

2. Instinto, inteligencia y tipos de conciencia

Es conocido el estudio realizado por el filósofo francés Bergson sobre el instinto. Ante los retos de la vida no sólo existe la inteligencia, sino también una clase particular de acción y de conocimiento

¹ Cf. LEOPOLDO PRIETO LÓPEZ, *El hombre y el animal. Nuevas fronteras de la antropología*, BAC, Madrid 2008, 290.

² T. HOBBS, «*De homine*», en *Thomae Hobbes Malmesburiensis Opera Philosophica quae latine scripsit omnia*. Ed. De W. Molesworth, II (Scientia, Aalen 1961), 10, 3: «*Etiam fame futura famelicus*».

³ Cf. LEOPOLDO PRIETO LÓPEZ, *El hombre y el animal. Nuevas fronteras de la antropología*, BAC, Madrid 2008, 291.

⁴ Cf. A. GEHLEN, *El hombre. Su naturaleza y lugar en el mundo*, Sígueme, Salamanca 1987, 414.

⁵ LEOPOLDO PRIETO LÓPEZ, *El hombre y el animal. Nuevas fronteras de la antropología*, BAC, Madrid 2008, 293.



contrapuesto a aquella: el instinto. Inteligencia e instinto funcionan de diverso modo; mientras la primera media entre el conocimiento y la ejecución del acto, la segunda reacciona de forma inmediata, es decir no existe mediación entre conocimiento y acción⁶. La inteligencia media: esto significa que habiendo una distancia, existe posibilidad de elección, con el consiguiente riesgo de incertidumbre y vacilación, tan propio de la acción humana. El instinto, sin embargo, con su perfecta superposición entre percepción y ejecución, imprime una gran seguridad y firmeza: Esto se debe -según Bergson- a que la inteligencia es consciente, mientras que el instinto es inconsciente⁷.

Pero antes de identificar en qué ser viviente colocar la inteligencia y el instinto, veamos en qué cuadro completo estamos situados con respecto a la vida en general. Clásicamente se distinguen tres formas generales de vida: vegetativa, animal y humana. Lo que les acomuna es la vida, un impulso particular, que Bergson llamará "vital", tan propio del ser viviente.

La diversificación en tres diferentes caminos, como son la vida vegetativa, vida animal y vida humana corresponde -según este filósofo- a tres modos diversos de conocimiento: torpor, instinto e inteligencia, y en los tres se le aplica una forma propia de conciencia, si bien hay que aclarar que aquí conciencia no es sinónimo de inteligencia, sino que, para Bergson, «son conciencia el torpor o adormecimiento de las plantas y el instinto animal»⁸. El motivo por el que toda vida posee conciencia viene de la idea de que existen dos elementos que están involucrados en el impulso vital: la memoria y el actuar sobre la materia.

Siendo la vida ante todo la tendencia de actuar sobre la materia bruta, ésta consiste en la ejecución de acciones. Pero la acción implica la representación; y la representación,

la memoria. En definitiva, que no hay acción sin conocimiento (de algún tipo)⁹.

El nombre que Bergson da a las formas de conciencia, en correspondencia a cada género de vida son precisamente: torpor, instinto e inteligencia. La vida vegetativa resulta una vida bloqueada, y, por ello, con una conciencia incipiente anulada. "Torpor" hace referencia a un cierto adormilamiento. Aunque existe conciencia, a diferencia del mineral la vida vegetal es una vida detenida, estática, fijada en el suelo, nutriéndose de las sustancias inorgánicas, tanto de la tierra como del aire. El mundo animal no puede nutrirse directamente de lo orgánico ni del aire, por lo que necesita moverse para encontrar alimento. Para ello requerirá de un sistema nervioso mucho más desarrollado, así como lo encontramos en las formas más evolucionadas. A su vez, movilidad tiene que ver con conciencia, en dos direcciones diversas. En una dirección, la conciencia orienta y dirige la locomoción, pero en otro sentido, es el movimiento el que mantiene dinámica la conciencia, sin que caiga en el torpor de la planta¹⁰.

Llegamos por lo tanto a la conclusión de que todo ser vivo es capaz de actuar, y lo hace siempre sobre la



⁶ Cf. LEOPOLDO PRIETO LÓPEZ, *El hombre y el animal. Nuevas fronteras de la antropología*, BAC, Madrid 2008, 152.

⁷ Cf. H. BERGSON, *L'évolution créatrice*, Alcan, París 1907.

⁸ LEOPOLDO PRIETO LÓPEZ, *El hombre y el animal. Nuevas fronteras de la antropología*, BAC, Madrid 2008, 153.

⁹ LEOPOLDO PRIETO LÓPEZ, *El hombre y el animal. Nuevas fronteras de la antropología*, BAC, Madrid 2008, 153.

¹⁰ Cf. LEOPOLDO PRIETO LÓPEZ, *El hombre y el animal.*, 154.



materia básica, y los medios o caminos que utiliza son dos: el instinto y la inteligencia.

La inteligencia, nos explica la antropología cultural, es capaz de fabricar utensilios artificiales. De este modo podemos identificar rasgos de inteligencia en asentamientos donde se encuentran objetos como armas (hachas, lanzas, aunque muy rudimentarias), objetos de cocina (vasijas, contenedores, recipientes), etc. Pero en una forma más perfecta la inteligencia construye objetos artificiales capaces de producir otros utensilios. Una cosa es fabricar una vasija hecha de arcilla, otra es construir un torno que permite fabricar mejor la vasija de arcilla. Existen animales, en este caso no inteligentes, que también poseen instrumentos, pero, a diferencia del hombre, estos forman parte del propio cuerpo, por lo que los denominaremos instrumentos orgánicos. Una posible definición de instinto sería, precisamente con respecto los instrumentos orgánicos, como un saber servirse de ellos¹¹, y en este sentido resultan una prolongación, o más exactamente la realización del trabajo mismo de la estructura corporal del animal. No es indiferente saber que donde existe una división de vida social entre los individuos, poseyendo instintos diferentes, se observe a su vez una correspondiente diversificación de la estructura corpórea. Baste como ejemplo observar las abejas de un panal, en el que se encuentran las obreras, los zánganos y la abeja reina, todas ellas con una estructura corporal diferente.



En resumen, una distinción importante entre el instinto e la inteligencia consiste en que el primero posee la capacidad de usar los utensilios orgánicos que ya el animal posee, mientras la inteligencia construye y utiliza instrumentos artificiales. Esto no impide que el ser inteligente pueda también usar instrumentos orgánicos para ciertas acciones: así es posible rastrillar la tierra con las manos, romper una nuez con los dientes, etc., pero no por ello es el instinto quien orienta y dirige.

En definitiva, la incorporación de los instrumentos al propio organismo (instrumentos de los cuales el instinto es como la guía de uso) significa una especialización funcional que permite la realización de operaciones sumamente precisas, pero al mismo tiempo muy limitadas e invariables. Al contrario, el instrumento artificial, permaneciendo ajeno al cuerpo del ser inteligente, amplifica enormemente el radio de posibles conductas a realizar, y, además, siempre es modificable¹².

Este es el motivo por el cual la superioridad de la inteligencia sobre el instinto surge tardíamente; cuando llegada a un alto nivel de desarrollo logra fabricar utensilios que producen otros instrumentos. Estamos ante dos tipos diversos de actividad psíquica: el instinto, en su limitada acción, es eminente e inmediatamente eficaz, mientras la inteligencia, siempre incierta y titubeante, posee un alcance casi infinito en sus proyectos y conquistas.

La inteligencia está en desventaja al momento de las realizaciones concretas; sorprende su pobreza e inseguridad iniciales, pero esto no debe sorprender dada la infinidad de posibilidades posibles que es capaz de realizar, y porque de entre todas ellas debe elegir una. Son dos modos de modificar la materia, no sólo diferentes sino contrarios. Usan estrategias diversas, y adaptan su estructura orgánica a sus finalidades operativas, para satisfacer así las necesidades de su existencia.

¹¹Cf. LEOPOLDO PRIETO LÓPEZ, *El hombre y el animal. Nuevas fronteras de la antropología*, BAC, Madrid 2008, 154.

¹²LEOPOLDO PRIETO LÓPEZ, *El hombre y el animal.*, 155.



Reflexionando sobre la estructura operativa interna de ambas capacidades, nos preguntamos en qué modo entran en relación acción y conocimiento. Sin duda alguna este aspecto resulta fundamental en la distinción entre instinto e inteligencia.

Hemos partido de la consideración de que el instinto es inconsciente y la inteligencia consciente. Más adelante el filósofo Bergson afirma que toda forma de vida es consciente, pero sin querer decir con ello que es inteligente. Ahora investigamos en qué sentido podemos afirmar ambas cosas. Para este autor puede existir una conciencia nula y otra anulada, siendo esta última el caso del animal, en el que la representación está como tapada por la acción. Para poderlo entender mejor pensemos en esas acciones habituales y rutinarias, donde la conciencia resulta muy disminuida o incluso anulada. Representación y conocimiento (de algún tipo) existen ciertamente en el caso del instinto, y de ello es testigo la exactitud en los movimientos y en la ejecución de las acciones, pero es precisamente esto lo que nos muestra que la conciencia presente en el instinto es una conciencia anulada por la ejecución, lo que equivale realmente a decir que es inconsciente.

Hemos llegado así al momento crucial de la diferencia entre la inteligencia y el instinto que venimos buscando. La inteligencia está

orientada hacia la conciencia; el instinto, hacia la inconsciencia¹³.

El animal vive en un círculo muy estrecho: le ha sido dado el instrumento orgánico a manejar, también el modo cómo debe aplicarlo, y, finalmente, el resultado que debe lograr. De este modo no existe mucho espacio a la elección y a la inteligencia. Sin embargo, la inteligencia se encuentra entre el espacio consciente que media entre la acción realizada y la idea. Esto significa que la inteligencia se encuentra en una zona de incertidumbre, y por lo tanto vulnerable y deficitaria, continuamente resolviendo dificultades, ingeniando instrumentos que alcancen sus objetivos¹⁴.

Antes de concluir este ensayo, presentemos otra característica distintiva de la inteligencia. Como ya hemos dicho, al ser una forma eminente de conciencia, es propio de la inteligencia tomar distancia de la realidad material de las cosas. Explicando todo esto en un lenguaje aristotélico podríamos decir que «la inteligencia es el conocimiento de una forma; mientras que el instinto, que es un conocimiento sin distancia de la acción ejecutiva misma (y por eso, inconsciente), es un conocimiento de una materia»¹⁵. Así como en general la vida sensitiva, el instinto alcanza la materialidad misma de las cosas, aferra las cosas, no especula sobre ellas, alcanza objetos en particular. Desde esta perspectiva parece superior a la inteligencia, porque es más firme y seguro, pero no se extiende a un número indefinido de objetos, sino que desciende a la materialidad de las cosas, a un número muy reducido de objetos particulares, es más, a sólo un objeto, incluso a un solo aspecto.

La inteligencia, por su parte, es verdad, posee inicialmente un conocimiento exterior y vacío, pero es aquí donde precisamente se encuentra su fuerza, pues su incapacidad inicial le proporciona la posibilidad de acoger infinitud de objetos. En esto consiste la teoría de la abstracción, y al fin de cuentas, en esto consiste la espiritualidad del alma. «La infinitud de objetos que el conocimiento de las formas proporciona a la

¹³ LEOPOLDO PRIETO LÓPEZ, *El hombre y el animal. Nuevas fronteras de la antropología*, BAC, Madrid 2008, 158.

¹⁴ Cf. H. BERGSON, *La evolución creadora*, Espasa-Calpe, Madrid 1973, 135.

¹⁵ LEOPOLDO PRIETO LÓPEZ, *El hombre y el animal. Nuevas fronteras de la antropología*, BAC, Madrid 2008, 158.



inteligencia tiene una incalculable superioridad sobre el modo de conocimiento material del instinto»¹⁶.

La regla que dirige el obrar de la inteligencia es contraria a la regla del instinto, son estrategias totalmente diferentes. Por todo lo dicho, está claro que no existe lugar para la virtud en el instinto, así como es esencial en la inteligencia. Pero de esta temática nos ocuparemos en un futuro ensayo.

Concluamos este ensayo con una célebre afirmación de Bergson: «Hay cosas que sólo la inteligencia es capaz de buscar, pero que, por sí misma, no hallará jamás. Esas cosas sólo las hallaría el instinto, pero éste nunca las buscará»¹⁷.

¹⁶ LEOPOLDO PRIETO LÓPEZ, *El hombre y el animal*. 159.

¹⁷ H. BERGSON, *La evolución creadora*, Espasa-Calpe, ..., 141.



P. Ignacio Andereggen
Doctor en Teología
Doctor en Filosofía

Los dones del Espíritu Santo y la libertad: (su relación con las virtudes, con los pecados capitales, con las bienaventuranzas, y sus frutos; en contraposición con los pecados capitales)

Sobre la gracia se apoya todo un organismo, que consiste en las virtudes infusas teologales y morales. Además de estas virtudes se nos infunden los dones del Espíritu Santo, que nos habilitan a obrar de manera divina. En efecto, hay una forma de actuar que depende de ese principio divino y que es irreductible a cualquier tipo de operación natural, y por lo tanto no puede “aprenderse” estrictamente hablando, puesto que no hay modelos suficientes en el exterior que puedan darnos la idea de una operación divina. Justamente no puede ser esta operación captada por medio de ideas, así como el mismo Dios no lo puede ser.

Con la ayuda del gran teólogo alemán Mathias Scheeben, que sigue la doctrina tradicional de la Iglesia, meditemos acerca de estas disposiciones que con la gracia se nos dan para ser movidos directamente por el Espíritu Santo a modo divino y que corresponden a las bienaventuranzas, de las cuales habla Cristo en el Evangelio¹.

A este respecto, explica este autor, que “por grandes y bellas que sean las virtudes sobrenaturales derramadas en nuestra alma por la gracia, no encierran, sin embargo, todo lo que se dignó otorgarnos el Espíritu Santo, ni siquiera lo más insigne”².

Esas virtudes son las teologales de la fe, la esperanza y la caridad, y las cardinales (prudencia, justicia, fortaleza y templanza), infusas, dadas por el Espíritu Santo, y que nos permiten obrar no sólo moralmente bien, sino de una manera sobrenatural. Pero para alcanzar la vida eterna eso no es suficiente, sino que es necesario operar de modo divino, porque las circunstancias de la vida humana son de tal manera imprevisibles que no es suficiente obrar con las virtudes como nosotros lo podemos hacer con nuestra iniciativa humana. Además, se trata de una lucha espiritual contra el demonio, que tiene una inteligencia y un poder de sugestión superiores a la inteligencia humana y a la capacidad de resistencia del



¹ Cf. Mt 5, 3-12

² M.- J SCHEEBEN, *Las maravillas de la gracia divina*, III, 8, Palabra, Madrid, 1981, pág. 259.



hombre. Por ello, en esta lucha espiritual interviene el Espíritu Santo, que es infinitamente superior a la fuerza del demonio.

No cabe duda de que también esas virtudes son dones muy particulares del Espíritu Santo, los que únicamente pueden provenir de Él, haciéndonos sus semejantes y sus copartícipes; no obstante, hay otros dones que preferentemente se le atribuyen y que, por oposición a los ya mencionados, se llaman los dones del Espíritu Santo.

Es cierto que las virtudes sobrenaturales nos dan fuerza y capacidad para realizar actos sobrenaturalmente buenos y divinos y para llevar una vida sobrenatural. Pero es tan elevada esta vida, el camino del Cielo es tan abrupto, que el mismo Espíritu, de quien recibimos estas virtudes para que subamos por ellas, se ve como impulsado a sostenernos en la marcha y aun a llevarnos consigo³.

Es decir, no es suficiente realizar actos de fe, de esperanza y de caridad. Es necesario realizar operaciones totalmente sobrenaturales para subsistir en este mundo, más aún, para aprovecharse de este mundo y llegar al Cielo.

Las virtudes son las raíces sobre las cuales

debe florecer nuestra vida celestial. Pero, además de estas raíces, debemos también poseer hojas y flores para respirar de lo alto el aire, la luz y el calor. Las virtudes representan los remos mediante los cuales conducimos la barca de nuestra alma hacia el puerto de la eternidad; vienen a ser las alas con que debemos remontarnos hasta Dios, dejando atrás nuestra propia naturaleza y toda la naturaleza creada⁴.

Remos y alas son metáforas de una acción cuya iniciativa la tiene el propio sujeto que la produce.

Sabido es que nuestras fuerzas son muy escasas para poder mover remos tan poderosos y alas tan vigorosas; y aun cuando nos sintiéramos con ánimo para ello, hay que tener en cuenta que el Cielo está todavía muy lejos de la tierra, que hay una distancia demasiado larga para que podamos empujar con nuestras solas fuerzas el barco de nuestra alma hasta el puerto del Cielo. Por tal motivo, la tercera Persona de la Santísima Trinidad, que se dignó concedernos los remos y las alas, tiene que venir en nuestra ayuda, trayéndonos las velas que Él mismo hincha y hace avanzar con poderoso viento (el día de Pentecostés se manifestó en esta forma)⁵.

Esta es una imagen clásica que luego es retomada por los autores espirituales: Las virtudes son como los remos, los dones del Espíritu Santo son como la vela del barco que permite recibir el viento, que es aquel que empuja el barco. El viento es el signo del Espíritu Santo, de su presencia. La misma palabra "espíritu" quiere decir viento.

El mismo, como el viento todopoderoso que desciende del cielo y a él sube, debe sostener nuestro vuelo y hacer que subamos como apoyados de su mano. Precisamente, según la doctrina de Santo Tomás (cf. *Sth* I-II, q.68), a estas velas o aptitudes, por las que nuestra

³ *Ibidem*.

⁴ *Ibidem*, pág. 259-260.

⁵ *Ibidem*, pág. 260.



alma puede fácilmente ser movida por el Espíritu hacia las más nobles actividades, las llamamos los siete dones del Espíritu Santo. Son siete porque son también siete las principales virtudes sobrenaturales, tres teologales y cuatro cardinales, que deben ser desarrolladas en nosotros, formadas y movidas en nosotros por el Espíritu Santo⁶.

Sobre la base del ser natural de nuestra alma se asientan las virtudes, y para perfeccionarlas vienen los dones del Espíritu Santo, que nos disponen a operar movidos por Él, es decir, de una manera divina que anticipa la eternidad, la vida sobrenatural perfecta del cielo.

Estos dones del Espíritu Santo los poseen todos aquellos que tienen la gracia de Dios. Son inseparables de la gracia porque, siendo la gracia el principio de la vida divina, es imposible alcanzar esta vida divina perfecta, que es la beatitud del Cielo, sin estos auxilios que nos hacen operar al modo celestial.

Sin embargo, los impedimentos que obstaculizan la acción de la gracia a través de las virtudes obstaculizan también la acción del Espíritu Santo en nosotros por medio de los dones. Por eso la vida sobrenatural consiste en una evolución en la cual hay que desprenderse progresivamente de los obstáculos que impiden a una persona operar a modo divino. Cuando se quitan esos obstáculos se crece al mismo tiempo en esas virtudes y operaciones totalmente sobrenaturales. Cuando hay obstáculos, dicen los autores espirituales, tenemos los dones del Espíritu Santo, pero no los usamos o, mejor dicho, no dejamos obrar al Espíritu Santo. Esto es así porque es contrario tener operaciones divinas y tener operaciones imperfectas, salvo en algunas ocasiones muy especiales, en las que el Espíritu Santo puede liberarnos de nuestros habituales impedimentos. Así, "el don de sabiduría corresponde a la caridad sobrenatural, porque, según la enseñanza de los teólogos, la caridad es el conocimiento sabroso del mayor bien, pues nos hace gustar su dulzura y



su amabilidad divinas, inflamando en consecuencia nuestro amor (Cf. *Sth II-II*, q. 45)⁷.

Para los autores espirituales el don de sabiduría es el más perfecto y despliega toda su potencialidad en la última etapa de la vida espiritual, en la vía llamada unitiva, que corresponde a la de la contemplación mística perfecta, descrita por los grandes autores.

Aquí se da un conocimiento que surge de la caridad directamente. La caridad une con Dios y hace que lo conozcamos por connaturalidad, es decir, porque el alma está asimilada a la condición del mismo Dios, y por eso lo que corresponde a Dios lo conoce en sí misma. Esta es la razón por la cual decíamos que la vida espiritual consiste en un camino de interiorización.

El don de *entendimiento* aclara la fe y difunde sobre ella una luz tan poderosa que, ya en esta vida, experimentamos un regusto de la visión futura; además nos enseña a comprender los misterios en los que creemos, y nos hace penetrar sus profundidades como si los viéramos con nuestros propios ojos; muestra, finalmente, la verdad divina en una luz cada vez más nítida, y nos incita con ello a unirnos más y más a ella (Cf. *Sth II-II*, q. 8)⁸.

⁶ *Ibidem*.

⁷ *Ibidem*.

⁸ *Ibidem*.



Este don nos hace inteligentes respecto de las verdades sobrenaturales, de los misterios revelados por Dios que, en cuanto revelados, son oscuros para la inteligencia natural y se van aclarando progresivamente para esta inteligencia sobrenatural. Junto con este crecimiento de la inteligencia sobrenatural crece la inteligencia natural en todo aquello que es necesario para conocer lo divino. Es decir, crece en lo sustancial, aunque no siempre en la expresión o en el razonamiento.

El don de *consejo* está relacionado con la virtud de la esperanza. Por él viene a nosotros el Espíritu Santo como el mensajero más auténtico y el consolador más excelente, nos exhorta a tender únicamente, con ardientes suspiros, a los bienes eternos y celestiales; según el Apóstol, *ruega en nosotros con gemidos inenarrables* (Rm 8, 26); seguidamente nos hace ver cómo debemos poner sólo en Dios una confianza ilimitada e inquebrantable, cómo debemos poseerlo y conservarlo como prenda y garantía de nuestra esperanza (Cf. *STh* II-II, q. 52)⁹.

Este don, por lo tanto, nos hace tener un gusto distinto de las cosas divinas relacionadas con la esperanza. Es decir, en cuanto abandonamos los medios humanos para alcanzar a Dios, cosa que es

imposible con estos medios, y nos apoyamos sobre los medios sobrenaturales, más aún, principalmente sobre la acción del Espíritu Santo que, en todas las dificultades que necesariamente se deben pasar en esta vida, nos impulsa hacia la vida eterna.

El don de *fortaleza* sostiene y anima la virtud de la entereza y de la paciencia para no sucumbir ni siquiera en los mayores peligros. Aguijonea nuestro ánimo a fin de que, por amor de Dios, emprendamos obras cada vez mayores y más difíciles, para que así no nos hagamos negligentes o pusilánimes en la consecución de nuestro ideal (Cf. *STh* II-II, q. 139)¹⁰.

Si no tuviésemos dificultades no creceríamos espiritualmente en esa iniciativa que es necesaria para llegar a la vida eterna y que después es asimilada, usada por el Espíritu Santo para realizar obras divinas. En el orden natural la fortaleza nos permite enfrentar acciones que acarrearán peligro de muerte. En el orden sobrenatural produce lo mismo que la virtud natural, pero se extiende mucho más a todas las vicisitudes de la vida humana, porque, como enseña Santo Tomás¹¹, no sólo hay peligro de muerte en la guerra general sino que también hay peligro de muerte en las guerras particulares que tenemos con los hombres.

El don de *ciencia* está ligado a la virtud de la prudencia y le confiere mayor claridad y pureza de juicio sobre lo que debemos hacer u omitir. Es un instinto luminoso y santo por el que el mismo Espíritu Santo nos da a conocer de manera precisa y segura lo que Dios quiere de nosotros, aun en el caso en que nos fallen todos los otros medios ordinarios de prudencia (Cf. *STh* II-II, q. 9)¹².

El don de la ciencia es una iluminación interior que es práctica, que nos hace ver lo necesario para llegar a la vida eterna. Perfecciona a la prudencia

⁹ *Ibidem*, pág. 261.

¹⁰ *Ibidem*.

¹¹ Cf. *STh* II-II, q. 123, a. 5, c.

¹² M. – J. SCHEEBEN, *Op. Cit.*, pág. 261



natural, la cual no es suficiente para captar lo necesario en todas las oportunidades que tenemos de ejercitar la virtud en esta vida. Si uno posee sólo la virtud de la prudencia no puede alcanzar la vida eterna, sino que es necesario que recibamos la asistencia del Espíritu Santo por medio del don de ciencia.

El don de *piEDAD* desarrolla y perfecciona en nosotros la virtud de la justicia, tanto con relación a Dios como con relación al prójimo. Hace que nuestra voluntad sea dulce, piadosa y dócil a todas las exigencias de la justicia, de modo que no solamente correspondamos a ella como lo pide la seguridad de la ley, sino que con la abnegación más acabada damos a Dios y al prójimo lo que les corresponde (Cf. *STh* II-II, q. 121)¹³.

Sabemos que es difícil ejercitar la justicia en el orden natural, pero lo es más todavía en el orden sobrenatural, porque se requiere la caridad para ser perfectamente justos: para ser enteramente justos como lo es Dios, reflejando a Dios, es necesario el don de *piEDAD*, para así sentir respecto de Dios la reverencia debida y para que ella se extienda hacia los demás.

Finalmente, el don de *temor* produce y fortifica la virtud de la templanza. Inspirándonos un santo respeto a la majestad de Dios y una conciencia profunda de nuestra propia nada, consigue que por el orgullo no nos pongamos más allá del lugar que nos corresponde; según las expresiones del Salmista, el temor del Señor atraviesa nuestra carne (Sal 118, 120) y refrena y modera el aguijón de la concupiscencia, no permitiéndole traspasar los límites de la modestia y de la honestidad impuestas por la virtud (Cf. *STh* II-II, q. 19)¹⁴.

El don de *temor*, entonces, nos coloca en nuestro lugar, el cual depende esencialmente de la profundidad de la gracia que poseamos, y sólo



accidentalmente de nuestra situación exterior, de nuestros carismas, bienes, capacidades naturales, etc. Por eso, este don produce un sano realismo, es decir, un verdadero realismo, porque nos coloca delante de Dios, de los demás y de nuestras circunstancias en el verdadero sitio en el cual estamos, y no nos saca con la imaginación de ese lugar, lo que produciría toda una serie de perturbaciones mentales.

Resulta, pues, que los dones del Espíritu Santo vienen a ser, entre las virtudes sobrenaturales, como celestiales resortes, pues le comunican una energía y flexibilidad maravillosas. Hacen de nuestra alma un instrumento dócil en las manos del Espíritu Santo, quien, mediante él produce las obras más bellas y más sublimes. Forman a manera de preciosa lira de cuerdas de oro, a la que la mano del divino Maestro arranca los más suaves sonidos, cuyas notas límpidas y claras llegan al Cielo, dejando arrobados con su perfecta armonía a los ángeles y al mismo Dios¹⁵.

San Juan de la Cruz explica en el *Cántico Espiritual* cómo en la perfección de la vida espiritual, cuando se ejercitan todos estos dones, o el Espíritu Santo nos mueve según sus dones, el mundo entero parece que produjera un concierto maravilloso¹⁶. Ese concierto está principalmente producido por las

¹³ *Ibidem*.

¹⁴ *Ibidem*, pág. 261-262.

¹⁵ *Ibidem*, pág. 262.

¹⁶ Cf. CE, 14, 25.



obras espirituales de los ángeles y de los hombres, pero también acompaña la creación material, es decir todas las cosas del mundo material, que están hechas para servir a lo espiritual. Por los dones del Espíritu Santo no sólo se produce esa armonía, sino que además se la logra a través de estas operaciones perfectas. Es lo que vemos en los santos y en la Iglesia, entendida como la unión de las personas que tienen la gracia y en la medida en que la tienen. Lo que se aparta de la gracia no pertenece a la Iglesia, tanto en nosotros mismos como en los demás.

Son las siete lámparas colocadas sobre el candelero de siete brazos que, en sucesivos relevos, ardían día y noche ante el arca de la Alianza en honor de Dios. Asimismo, estos dones, en parte, se encienden durante el día cuando estamos ocupados en buenas obras, y en parte durante la noche de la tentación, para que nos pongamos en guardia contra los lazos del pecado y podamos descubrir los embustes del demonio. Y así como la cavidad de las lámparas del templo ofrecían, según la explicación de algunos sabios, la forma sinuosa de una oreja, así también el Espíritu Santo confiere a nuestra alma oídos espirituales, mediante los cuales puede percibir sus dulces inspiraciones, permitiéndoles la entrada. Tanto los dones del Espíritu Santo como las virtudes sobrenaturales nos son comunicados con la gracia santificante por su mediación. La gracia incluye, a una con la participación de la naturaleza divina, todas las disposiciones que nos son necesarias para el desarrollo de nuestra vida divina, por un lado, apenas se conciben las virtudes sobrenaturales sin un principio interno; por otro, la gracia nos coloca en una unión tan íntima con el Espíritu Santo, que por ella nos es dado obtener cuanto necesitamos para dejarnos mover por su influjo.

En verdad que la gracia santificante se nos muestra aquí una vez más rica y gloriosa,

pues nos hace en tal modo semejantes al Hijo Encarnado de Dios que se nos puede aplicar la profecía que de Él hiciera Isaías: Reposará sobre él el espíritu de Yahveh: espíritu de sabiduría e inteligencia, espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de ciencia y temor de Yahveh (Is II, 2). Cuando estamos en estado de gracia viene a nosotros el mismo Espíritu Santo que reposaba sobre la humanidad del Unigénito de Dios, y no de una manera transitoria, sino con carácter permanente, viene para quedarse con sus siete dones. De continuo se posa sobre nuestras almas, las fecunda con su celestial rocío, las ilumina con su luz divina y las impulsa como un viento impetuoso¹⁷.

Esto es la vida trinitaria: la gracia nos asimila a la vida de la Santísima Trinidad. El viento es el símbolo de ese impulso que recibimos y que nos mueve y nos lleva dentro de la Santísima Trinidad. Por eso, muchos místicos percibían la acción de Dios como una especie de torbellino que los lleva hacia adentro, en el sentido de que esa fuerza del viento los interiorizaba. Evidentemente la interiorización no es algo material, sino espiritual. Sin embargo, como estamos unidos personalmente, esa operación espiritual puede tener una resonancia accidental también en nuestra imaginación, en nuestra afectividad, en el cuerpo entero.



¹⁷ M. – J. SCHEEBEN, *Op Cit.*, pág. 262-263.



La vida de la gracia, por la acción del Espíritu Santo, nos asimila al Hijo de Dios. En nuestra humanidad está presente el Espíritu Santo, el cual surge siempre del Hijo. Por eso, cuando recibimos la acción del Espíritu Santo nos unimos al Hijo del cual procede. Nos asimilamos a su principio y, a través del Hijo, nos asimilamos al principio de toda la Trinidad, que es el Padre.

El pecado produce la situación opuesta; en vez de ser movidos por el Espíritu Santo y asimilarnos a la vida trinitaria, asimilando nuestra humanidad a la humanidad del hijo de Dios, somos movidos arbitrariamente por el demonio.

¡No nos damos cuenta de lo que perdemos al despojarnos de la gracia! El bajel de nuestra alma que antes se lanzaba, confiado en sus velas de púrpura, a través del mar tempestuoso de este mundo hacia el puerto de la eternidad, de pronto se encuentra sin velas, inmóvil, sobre un océano agitado, juguete de los remolinos que lo arrastran al abismo¹⁸.

El océano agitado es este mundo que se mueve de manera caótica, no porque la naturaleza esté desordenada en sus leyes, sino porque los hombres están desordenados. La historia



humana está desordenada y las relaciones sociales interpersonales también lo están por la historia de pecado de la humanidad, por los pecados personales, y radicalmente por el pecado original. Todo esto produce un desorden; este es el verdadero caos. Es más caótico que el caos material, el cual depende simplemente de que no conocemos la naturaleza. Pero este desorden espiritual depende de que existen principios anti-naturales que se están ejercitando, pues la naturaleza [humana] está vacía, y por eso se llena de fuerzas irracionales; la naturaleza, en efecto, huye del vacío. Por esta razón, explica Scheeben:

De instrumento precioso que, pulsado por las manos del Espíritu Santo, emitía melodiosas armonías, se ha convertido en instrumento desechado: su fuerza se ha disipado, quedaron rotas sus cuerdas, se ha reducido a un trozo de manera informe que sirve tan sólo para ser arrojado al fuego y quemado. Ahora es juguete e instrumento del diablo, quien, tan pronto como abandonó el alma el Espíritu Santo y retiró de ella sus dones, está autorizado para hacer con ella lo que le venga en gana¹⁹.

Por eso dicen los teólogos que el que está en pecado es esclavo del demonio, en el sentido de que si antes era movido por el Espíritu Santo –o estaba preparado para serlo–, después es movido por el diablo. Pero el movimiento del diablo es violento, mientras que el Espíritu Santo sopla como el viento, de una manera libre –produce la libertad, como dice San Pablo: “Donde está el Espíritu del Señor, allí está la libertad”²⁰–, el demonio mueve de manera opuesta, o sea, esclaviza y produce necesidades que no son satisfechas y que son remplazadas por otras necesidades. De esa manera se crea un movimiento que termina en el vacío.

Las personas que no salen rápidamente del estado de pecado se convierten en una especie de *instrumentos habituales* del demonio. Es decir,

¹⁸ *Ibidem*, pág. 263.

¹⁹ *Ibidem*.

²⁰ II Cor 3, 17.



el demonio los usa como quiere para producir sus obras destructivas en el mundo, en la Iglesia, etc. Los dones del Espíritu Santo son contrarios a esta acción esclavizadora del demonio: nos prepara para la libertad.

Su finalidad consiste en fortificar y afirmar las siete virtudes principales y al mismo tiempo en alejar de nuestra alma la serpiente de los siete pecados capitales, dominándola con una fuerza irresistible.

El temor filial de la majestad de Dios domeña y humilla el pecado original del orgullo. La piedad, por la que damos y deseamos con sencillez a cada uno lo suyo, arroja la envidia y el celo. El don de ciencia nos defiende de la peligrosa furia que en nosotros desencadena la cólera. La fortaleza aniquila la pereza y el relajamiento que incapacitarían a nuestra alma para luchar contra el pecado. El don de consejo nos preserva de la avaricia, al enseñarnos que el mejor empleo de los bienes temporales consiste en adquirir, mediante los mismos, bienes eternos; empleados en esta forma, lejos de perderse, centuplican el fruto. El don de entendimiento nos defiende de la gula y de la ebriedad, enseñándonos a gustar la dulzura de los alimentos celestiales, el

conocimiento de las cosas espirituales, y, por lo tanto, a despreciar los deleites sensibles. La sabiduría finalmente aleja de nosotros la lujuria, llenando nuestra alma del amor más puro y celestial, ahogando de esta forma el amor carnal e impuro.

Cuando juntamente con la gracia se alejan de nosotros los siete dones del Espíritu Santo, el pecado introduce sus siete cabezas en nuestra alma, la somete a su dominio y la envilece de la manera más horrible mediante las mordeduras furiosas de las pasiones; le pasa lo que a un pájaro que, atacado por la serpiente, con las alas rotas, cae en tierra²¹.

Por eso, los Padres de la Iglesia²² decían que estas pasiones producen locura. Es decir, el hombre movido por las pasiones es irracional. Las pasiones preceden a la razón y la empujan, y como son inferiores a la razón misma hacen que esta desvaríe: eso es la locura.

Nosotros somos los únicos culpables de esta desdicha que no tiene nombre, cuando por el primer pecado nos arrancamos de las manos del Espíritu Santo en las que éramos conducidos al cielo. Voluntariamente nos precipitamos en un abismo sin fondo.

¡Pluguiera a Dios que, en lugar de perder tan ligeramente la gracia, nos abandonáramos enteramente al amor eterno, para que con sus dones y poderosos impulsos nos hiciera subir siempre más arriba, nos hiciera cada día más ricos y nos diera ya en esta vida probar de la felicidad que nos ha preparado en el cielo! Mediante los actos de las siete virtudes, llevados a cabo bajo el impulso y la ayuda de los siete dones del Espíritu Santo, adquirimos asimismo las bienaventuranzas que el Señor nos prometió en el Sermón de la Montaña (Cf. Mt. 5, 1-12; *STh* I-II, q. 69)²³.

²¹M. – J. SCHEEBEN, *Op. Cit.*, pág. 263-264.

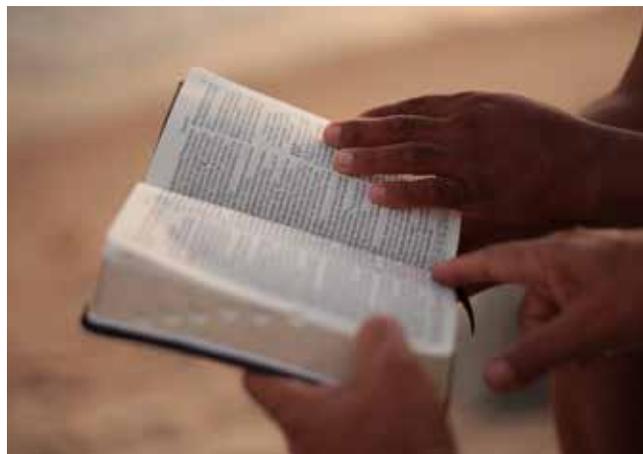
²²Cf. San Gregorio de Nisa, *Sobre la virginidad*, IV, 3; San Juan Crisóstomo, *Catequesis bautismal*, VI, 22, Teodoreto de Ciro, *Discurso sobre la Providencia*, I, PG 83, 560°.

²³M. – J. SCHEEBEN, *Op. Cit.* Pág. 264.



Es decir, el único modo de adquirir y conservar esta vida sobrenatural es seguir el Evangelio. Este consiste en preceptos, y también en consejos. Los dones del Espíritu Santo corresponden no solamente a los preceptos, sino también y principalmente a los consejos evangélicos, que todos debemos seguir para alcanzar la vida eterna de una manera u otra, porque todos tenemos que ser movidos por el Espíritu Santo de manera que seamos absolutamente libres para alcanzarla.

El don de temor y la virtud de la templanza nos hacen verdaderamente *pobres de espíritu*, pobres del sentimiento orgulloso de nuestra propia grandeza y del deseo de bienes terrenos; nos obtienen con esto el reino de Dios con la grandeza de su dominio y la plenitud de sus riquezas. Por el don de piedad y la virtud de la justicia, ejercitamos la verdadera *dulzura*, por la que vivimos en paz los unos con otros, mereciendo de esta suerte poseer tranquilamente la tierra. Por el don de ciencia y la virtud de la prudencia adquirimos la santa *tristeza*, reconociendo la nada de los bienes de esta tierra y la vanidad de todos los medios humanos; así podemos buscar y hallar en Dios nuestro consuelo y nuestra paz. El don de fortaleza crea en nosotros *un hambre y una sed de justicia* siempre crecientes y que un día serán saciados por Dios con todos los bienes del cielo. El don de consejo nos incita sobre todo a ejercitar la *misericordia* con nuestro prójimo, para así alcanzar ante Dios misericordia, por lo cual la virtud de la esperanza es aumentada y queda afirmada. Por el don de entendimiento y la virtud de la fe abrimos nuestro corazón a la luz divina, y, siendo purificados cada vez más del apego a los objetos sensibles, adquirimos de esta suerte *la pureza de corazón* que nos hará dignos de contemplar un día a Dios cara a cara. Finalmente, por el don de sabiduría y la virtud de la caridad tendemos a la unión más íntima con Dios y con nuestro prójimo,



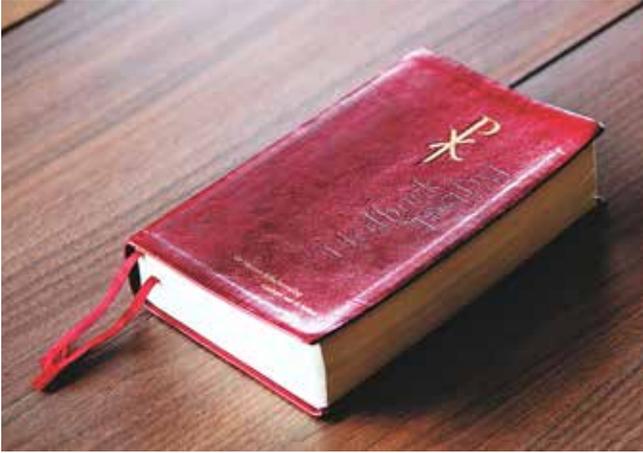
en la posesión del bien supremo, en la que se contiene la paz que nos hace verdaderos hijos de Dios²⁴.

La paz es fruto de la caridad, así como también lo es el gozo. Esta paz no consiste en una tranquilidad humana, en una concordia exterior, sino que, por el contrario, consiste en una participación de esa paz perfecta de la vida de Dios. Por eso incluye el ejercicio de todas las virtudes, además de la caridad. La paz no puede darse sin la gracia santificante, como enseña Santo Tomás²⁵. No hay verdadera paz sin la gracia santificante, porque sin ella no hay caridad, y sin la caridad no se establece el fundamento de todas las virtudes y no recibimos los dones del Espíritu Santo, porque el Espíritu Santo es la caridad, el amor subsistente de Dios. Por eso, sin esta vida sobrenatural no hay paz.

Pero para obtener esa paz es necesario disponerse cada vez más –o, mejor aún, dejar que el Espíritu nos disponga cada vez más–, quitando de nuestra parte los obstáculos, entre los cuales está la búsqueda indebida de la tranquilidad o paz en un sentido exterior y humano, que es contraria a esta paz interior que viene del Espíritu Santo y que implica el desprendimiento de todas las cosas. Muchas veces, para encontrar esta paz, hay que emprender vigorosamente todas las guerras que sean necesarias para ejercitar la virtud de la fortaleza, para

²⁴ *Ibidem*, pág. 265.

²⁵ Cf. *STh II-II*, q. 29, a. 3, c.



establecerla justicia, etc. Es decir, todas esas acciones que dependen de la presencia de la gracia en nosotros mientras pasamos por este mundo. Es esa paz que nos promete Cristo, que nos deja su paz pero nos dice Él que no es una paz como la que da el mundo²⁶. Es otra paz, que no se puede experimentar sin entrar cada vez más profundamente en esta realidad inmensa de la gracia de Dios, en esta realidad espiritual que supera todas las otras cosas.

Este artículo fue tomado del libro "EXPERIENCIA ESPIRITUAL. Una introducción a la vida mística". Con la autorización de su autor, P. Ignacio Andereggen.

²⁶ Cf. Jn. 14, 17.



La dirección espiritual para el Maestro Ávila como auténtico “*amoris officium*” “ministerio de amor” (7)



P. Antonio Rivero, L.C.
Doctor en Teología
Espiritual
Licenciado en Filosofía
Licenciado en
Humanidades Clásicas

Continuemos con el resumen de mi tesis doctoral sobre la dirección espiritual en san Juan de Ávila. Recordemos el título que di a mi tesis: “El ministerio de padre espiritual como “*amoris officium*” (*ministerio de amor*), en el epistolario de san Juan de Ávila”.

¿Qué consejos da para la vida pastoral a los obispos y sacerdotes?

Celo apostólico

Materia de dirección es, en lo que concierne a lo más específico del sacerdote, que es su ministerio, si se da una “absoluta y total entrega de la caridad apostólica, sin pérdidas de tiempo, sin imprudencias en el trato con los demás, sin miras egoístas...”¹, el celo apostólico por ganar las almas para Dios.

Ni que decir tiene que en las cartas de san Juan de Ávila se tocan todos estos puntos referentes al ministerio sacerdotal. El celo apostólico tan ardiente que vivía y el deseo de transmitirlo a los demás le hace exclamar en una carta dirigida a un amigo sacerdote:

¡Oh, padre, si de verdad nos quemase las entrañas el celo de la casa de Dios! ¡Oh, si trujésemos atravesadas en el corazón estas joyas que trujeron atravesado el del Señor,

hasta ponerlo y alancearlo en la cruz, para que se viese cuán herido estaba de amor interior el que así apareció herido del hierro! ¡Cómo puede uno que al Señor ama no amar cosa tan conjunta a Él!².

Hay que mantener vivo ese deseo de entrega, sin reservas, a la caridad pastoral y ese celo apostólico por las almas.

Le dice a don Cristóbal de Rojas y Sandoval que sea consciente de que es celador y restituidor de la honra de Dios, que tan perdida está en la clerecía y en el estado laical, y que debe hacer que las almas conozcan, amen y sirvan al Señor, que por ellas murió³.

Predicación continua y bien preparada

¿Qué consejos ofrece san Juan de Ávila para el ministerio de la predicación?

A don Pedro Guerrero, arzobispo de Granada, le dice que el ejercicio del predicar “ha de ser muy continuo... que pues lobos no cesan de morder y matar, no debe el prelado dormir y callar”⁴. Le pide también enviar confesores y predicadores a los pueblos para dar pasto espiritual a sus ovejas y enseñarles la doctrina⁵. Y a don Cristóbal de Rojas y Sandoval, cuando fue a presidir un concilio en Toledo,

¹ LUIS SALA BALUST, (ed), *La dirección espiritual*. Ponencias de la II Semana de Espiritualidad organizada por el “Centro de Estudios de Espiritualidad” de la Pontificia Universidad de Salamanca, Salamanca 1955, 291.

² Carta 208, 10-15.

³ Cf. Carta 182.

⁴ Carta 177, 64-65.

⁵ Carta 179.

⁶ Carta 182.



le dice que se ciña con la espada de la palabra y verdad de Dios, y manejarla con amor y fervor, matando todo aquello que a la santa voluntad de Dios contradice⁶.

El Maestro Ávila, sabemos, fue el gran predicador de Andalucía en su tiempo. La figura apostólica de Juan de Ávila queda descrita en el epitafio de su sepulcro: “*Messor eram*” (fui segador). Su predicación era a lo san Pablo, como él quería para sus discípulos. Dice el padre Bifet:

Predicaba en los templos, en los conventos, en las plazas y calles, y pasando por los pueblos. Sus expresiones están bien fundadas y también llenas de colorido, respondiendo a las situaciones concretas de las personas y de la sociedad. Toda una vida sacerdotal dedicada a la predicación en sus diversos niveles: homilías, catequesis, pláticas... Era «predicador apostólico» o «predicador evangélico», como dicen sus biógrafos⁷.

Juan de Ávila era consciente de que en ese tiempo no había buenos predicadores. Palabras

atrevidas de él: “¿Pensáis que no hay más sino leer en los libros y venir a vomitar aquí lo que habéis leído?”⁸. O estas otras:

Restan los predicadores de la palabra de Dios, el cual oficio está muy olvidado del estado eclesiástico, y no sin gran daño de la cristiandad. Porque como éste sea el medio para engendrar y criar hijos espirituales, faltando éste, ¿qué bien puede haber sino el que vemos, que, en las tierras do falta la palabra de Dios, apenas hay rastro de cristiandad?⁹.

Por esto, la formación teológica que pedía para los futuros sacerdotes tenía que orientarse especialmente a conseguir santos predicadores y confesores. Se trata de predicar “doctrina de palabra de Dios y de los santos, dicha con calor del Espíritu Santo”¹⁰. Los predicadores son “espuertas de la semilla y palabra de Dios” y añade: “No tengáis en poco la semilla si la espuerta es vil”¹¹. Por esto, pide predicar con un buen testimonio¹², a imitación de Cristo, quien “no solamente nos despierta con palabras, mas con obras”¹³.

La buena predicación llevará a una verdadera reforma de la Iglesia: “Los que predicán reformation de Iglesia, por predicación e imitación de Cristo crucificado lo han de hacer y pretender”¹⁴. Pero no se conseguirá la renovación de la comunidad de los creyentes “si los enseñadores son tibios”¹⁵. Y se queja de esta manera:

Y para que nuestra culpa y nuestro castigo correspondan del todo a los del tiempo pasado, hase juntado en la Iglesia, con la culpa

⁷ JUAN ESQUERDA BIFET, *Diccionario de san Juan de Ávila...*, 754-755.

⁸ Sermón 49, 173.

⁹ Trento I, *Reformación del estado eclesiástico*, n.14.

¹⁰ Trento II, *Causas y remedios de las herejías*, n. 12.

¹¹ Sermón 28, 380.

¹² Trento II, *Causas y remedios de las herejías*, n. 12.

¹³ Sermón 80, 37.

¹⁴ Plática 4, 26.

¹⁵ Sermón 55, 40.



de los negligentes pastores, el engaño de los falsos profetas, que son falsos enseñadores; algunos de los cuales, según parece en el discurso de la Iglesia, han inventado errores contra la fe, a los cuales compete del todo este nombre de falsos profetas...¹⁶.

Por eso a sus discípulos les daba este consejo para predicar bien: amar mucho a nuestro Señor. Él mismo procuraba subir al púlpito "templado", es decir, "con una muy viva hambre y deseo de ganar con aquel sermón alguna ánima para Cristo"¹⁷. Es en la oración donde se aprende la verdadera predicación, además del estudio: "El día antes del sermón ocuparlo en gustar lo que ha de decir, y no predicar sin estudio ni sin este día de recogimiento particular"¹⁸. Por medio de la oración y el estudio, los predicadores "han de tener que dar y que les quede; han de tener para sí y para los otros"¹⁹.

La carta 1 a fray Luis de Granada es una síntesis de las cualidades del predicador, como ya dijimos. "Es una especie de dirección espiritual, que también se ejerce por medio del ministerio de la predicación"²⁰.

En el tratado sobre el sacerdocio, como era de esperar, Juan de Ávila expone ampliamente las características de la predicación y las cualidades de los predicadores:

Dichoso oficio por el cual Dios es engrandecido en los corazones humanos y estimado por digno de ser temido, y reverenciado, y amado... (los predicadores) son comparados al mismo sol, porque con el calor y fuego de la Palabra de Dios producen en las ánimas



fruto provechoso a quien lo hace, y sazonado y sabroso al Señor²¹.

El predicador²² ha de hacer vida lo que predica, pues los ejemplos arrastran más que mil palabras. No olvidemos que "es una especie de dirección espiritual, que también ejerce por medio del ministerio de la predicación"²³.

Trabajo apostólico, sí, pero con medida

Es preciso llevar a la dirección espiritual, porque el problema, si existe, de excesiva ocupación, ya que puede poner en peligro la vida espiritual e incluso la salud física del sacerdote. Ávila, en una carta destinada a un predicador, escribe: "Dícenme que vuestra merced trabaja mucho: querría que se templase...porque, cierto somos de carne, la cual es flaca, aunque el espíritu sea fuerte, y no querría verle como yo estoy de indiscretos trabajos, que a cada sermón me da una calentura"²⁴.

Mirando siempre a Cristo Sacerdote.

¹⁶ Trento II, *Causas y remedios de las herejías*, n. 12.

¹⁷ VdMA I, 2.

¹⁸ Carta 5, 207-209.

¹⁹ Sermón 80, 5.

²⁰ JUAN ESQUERDA BIFET, *Diccionario de san Juan de Ávila...*, 759.

²¹ Tratado sobre el sacerdocio, n. 45.

²² Para profundizar más en este tema interesante de la predicación, pueden consultarse estos artículos: HORNEDO RÍO MARTÍN, *El estilo coloquial del Beato Ávila, Razón y Fe*, 181 (1970) 513-524; ÁLVARO HUERGA, *El ministerio de la palabra en el Beato Juan de Ávila*, Semana Nacional Avilista (Madrid 1969) 93-147; JOSÉ ANTONIO MUNITIZ, *La oratoria del Beato Ávila y los clásicos*, Humanidades, 21 (1928).

²³ JUAN ESQUERDA BIFET, *Diccionario de san Juan de Ávila...*, 759.



Para san Juan de Ávila el punto de referencia del sacerdote es Cristo (Sacerdote, Víctima, Cabeza, Buen Pastor), en su ser de Verbo encarnado (con su humanidad vivificante), en su obrar apostólico en su vida de entrega y en su inmolación sacrificial. Los sacerdotes ministros (“ordenados”) participan de este ser, prolongan este obrar y están llamados a imitar el estilo de vida de Cristo Sacerdote. Son “todos enteros consagrados al Señor con el trato y tocamiento del mismo Señor”²⁵. Por hacer al Señor presente, “relicarios somos de Dios, casa de Dios y, a modo de decir, criadores de Dios”²⁶.

Ser buenos catequistas.

También ofrece algunos consejos para su ministerio como catequista.

Juan de Ávila fue un gran catequista. Su misma predicación es una continua catequesis. Su catecismo en verso se editó en Valencia en 1554. Las estrofas, aunque no eran de mucho valor literario, se repetían en todas partes, aprendidas de memoria, recitadas por los niños en forma dialogal y también cantadas, especialmente durante las procesiones para que también se aprovecharan los mayores.

Su preocupación por la enseñanza del catecismo aparece con insistencia en los Memoriales para el concilio de Trento: “Muy gran falta hay en España de doctrina y educación para los niños, de lo cual nace tanta ignorancia cuando de grandes, que muchos viejos no saben las oraciones de la Iglesia ni aun persignarse”²⁷. Los niños catequizados se convertían en apóstoles de los demás.

Los contenidos del catecismo avilista son: oraciones, credo, mandamientos, sacramentos, obras de misericordia, virtudes y dones, bienaventuranzas, novísimos, pecados, misterios del rosario. Se ofrece el texto en verso y una serie de preguntas distribuidas

en cuatro partes, seguidas de algunos avisos prácticos para los catequistas.

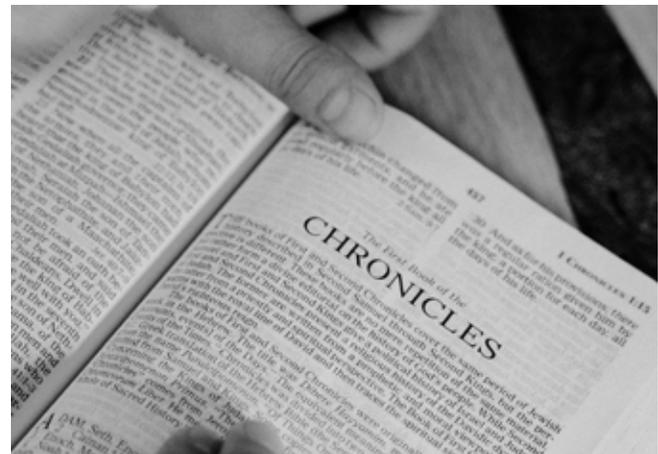
En forma de resumen, concluimos esta parte sobre los consejos que el Maestro Ávila da a los obispos y sacerdotes:

El sacerdote debe buscar sobre todo la experiencia de Dios:

Y si vuestra merced quiere saber qué cosa es andar la mano de Dios por el ánima; si quiere beber en la tierra una gotilla del vino del río del deleite de Dios; si quiere llegarse a ver *la visión* de cómo *Dios está en la zarza*, y no se quemara la zarza aunque arda (cf. Éx 3,2), no aguce tanto el ingenio para inquirir, cuanto el afecto para lo purificar. Más vale para esto amargos gemidos salidos del corazón que sutiles razones ni libros...²⁸.

Su único modelo es Cristo²⁹.

Hombre que lee la Biblia: “Es buen ejercicio acordarse de algún paso del Evangelio donde el Señor hizo algún beneficio...y rumiar cada día después en



²⁴ Carta 4, 58-62

²⁵ Plática 1, 89s.

²⁶ Plática 1, 123.

²⁷ Trento I, *Reformación del estado eclesiástico*, n. 25; cf. Trento II, n. 54.

²⁸ Carta 10, 44-50.

²⁹ Carta 4, 33ss.



un paso, y suplicar al Señor, que está dentro de nos, que haga la misma merced en nuestras ánimas, pues hay la misma necesidad”³⁰.

Tanto beneficio de Dios debe llevar al sacerdote a confundirse y humillarse profundamente³¹.

Debe tomar conciencia seria de ser predicador y ministro de la Palabra de Dios: “Gran dignidad es traer oficio en que se ejerció el mismo Dios, ser vicario de tal Predicador, al cual es razón de imitar en la vida como en la palabra”³².

Ministro de Dios para la conversión de las almas: “Sobre fuerzas humanas es ser buen ministro de Dios en la conversión de las ánimas”³³.

Desprendidos de sí mismos: “Miremos no nos busquemos a nosotros que sería extrema traición”³⁴. Para Ávila, el fin de la predicación no es otro sino el de pregonar la gloria de Dios; por eso exhorta a

un predicador: “No miremos a otra parte sino a la gloria de Dios, y ésta busquemos, y de ésta seamos pregoneros”³⁵.

Sea templado en el ministerio en cuanto al cuerpo, para no excederse y quebrantar la salud³⁶.

Que piense en las verdades eternas. En la muerte: “Piense con atención en el paso de su muerte lo más entrañablemente que pudiere, como si en ella estuviese...”³⁷. En el juicio: “Y cumplido con el pensamiento del cuerpo, piense cómo su ánima ha de ser juzgada con verdadero juicio”³⁸.

Un hombre programado y disciplinado con horario en las noches y en el día³⁹.

Hombre que tiene sus buenas lecturas espirituales. Recomienda las siguientes: “*Contemptus mundi*, Casiano y a san Juan Clímaco, *Morales* de san Gregorio. Y este leer no hasta cansar, sino para levantar el corazón. *Meditationes Augustini et Bernardi*”⁴⁰.

Hombre de fidelidad a la doctrina de la Iglesia, en el contexto del protestantismo que estaba infectando gran parte de Europa:

La doctrina que no va conforme a la enseñanza de la Iglesia romana, la cual quiso Dios que fuese cabeza y maestra de todas, cierto perecerá con sus auctores, aunque sean más que tiene la mar gotas de agua y más altos que las estrellas del cielo; no es *planta de la mano de Dios* el sentido o palabra que a este crisol no está sujeto y a este dechado conforme, y por esto, *tandem eradicabitur*”⁴¹.



³⁰ Carta 8, 55-56; 58-61.

³¹ Carta 10.

³² Carta 4, 16-18.

³³ Carta 4, 18-19.

³⁴ Carta 4, 32-33.

³⁵ Carta 4, 26-28.

³⁶ Carta 4, 58-62.

³⁷ Carta 4, 19-20. Cf. 8, 74 ss.

³⁸ Carta 4, 34-35.

³⁹ Cartas 5 y 8.

⁴⁰ Carta 8, 94-98.



Cuide del uso de la lengua: “cuidado sobre su corazón, obras y lengua, y de ésta se guarde como del demonio, y téngala atada como a bestia fiera, dañosa, y no la suelte a hablar sino con grande acuerdo y encomendándose a Dios⁴².

(Continuará)

⁴¹cCarta 9, 4-10.

⁴² Carta 10, 124-127.



Pbro. José Juan
Sánchez Jácome
Licenciado en Teología
Moral

Dile con santa osadía: ¡Soy todo tuyo, María!

Los superhéroes abrigan siempre la esperanza de que lleguen a nuestro mundo personas especiales que vengan a defendernos y a derrotar a los que ponen en peligro nuestra vida. En las circunstancias actuales no se trata únicamente de la ilusión y la expectativa de los niños, sino también de los que ya crecimos y reconocemos que necesitamos de esa gente especial que venga a defender la obra de Dios que es la única que salvaguarda la felicidad, la unidad y la paz.

Plantea Chesterton de manera sugerente que “los cuentos de hadas no dan al niño la idea de lo malo o lo feo; esa idea está ya en el mundo (...). El niño conoce al dragón desde siempre, desde que supo imaginar. Lo que el cuento de hadas hace es proporcionarle un San Jorge capaz de matar a ese dragón”.

En la cultura cristiana los santos son precisamente nuestros héroes porque supieron vencer las adversidades con la fuerza del amor, del perdón y de la paz, siempre a ejemplo de Jesucristo,



que venció el pecado y la muerte con la donación amorosa de su propia vida.

Sin embargo, los santos, además de que actualizan la victoria de Jesucristo en todas las épocas de la historia, también se destacan por la bondad y calidez que meten en nuestros ambientes hostiles y convulsivos. Los santos y santas de Dios se destacan por ser personas amables, delicadas y bondadosas que destilan dulzura y paz.

Quizá en estos tiempos de indiferencia, agresiones, faltas de respeto y descalificaciones, cómo se notan más las personas apacibles y compasivas; cómo se disfruta estar al lado de estas personas que nos remiten a nuestro hábitat natural de respeto, paz y amor.

Se siente uno seguro a su lado; se siente uno bendecido y aceptado. Tienen la capacidad, estas personas, de generar esperanza, infundirnos paz y hacernos sentir amados. Así como el mal se contagia, el bien igualmente tiende a difundirse, y quisiéramos conocer el secreto de los santos para llegar a vivir como ellos.

Llega uno a cuestionarse sobre la razón de su bondad, sobre el origen de su compasión y mansedumbre. Y en la medida que profundizamos sobre el secreto de su vida nos van llevando a Jesús y a María, para obtener del mismo pozo la paz y el gozo que tanto anhelamos.

Sin embargo, la dulzura, la ternura y la bondad de estas personas no debe confundirse con falta de carácter e ingenuidad. No estamos delante de personas endebles que se quiebren ante la primera dificultad, sino que su bondad persiste a pesar de



la maldad que haya a su alrededor. El secreto de su bondad consiste en no dejarse atraer ni enganchar por los mecanismos de la maldad, sino que dan testimonio de cómo Cristo vence frente al odio, el pecado y la maldad del mundo.

Muchos santos, habiendo estado en ambientes verdaderamente hostiles para la vivencia de la fe, jamás dejaron de confiar en el Señor y de seguir haciendo el bien, a pesar de las condiciones adversas que existían a su alrededor.

Como leemos en el libro de los Hechos de los apóstoles, los primeros discípulos y evangelizadores entre más eran perseguidos y expulsados más difundían la alegría del evangelio. Las persecuciones, las amenazas y la cárcel no frenaban el ímpetu evangelizador, por lo que se hacían presentes en otros lugares practicando el bien y anunciando a Jesucristo, sin quejarse ni perder el tiempo por las agresiones y amenazas que estaban recibiendo.

Tenemos muchos casos así de hombres y mujeres que mantuvieron su bondad en tiempos críticos. Particularmente los santos que amaron profundamente a la Virgen María y propagaron su devoción desarrollaron una personalidad que sabía integrar bondad y fortaleza, amabilidad y firmeza, ternura y carácter, humildad y elocuencia, silencio y alegría.

¡Le debemos tanto a los santos marianos que han venido apareciendo a lo largo de la historia de la Iglesia! San Bernardo de Claraval, San Efrén, San Juan Damasceno, San Francisco de Asís, San Buenaventura, Santa Teresa de Jesús, Santa Catalina de Siena, San Alfonso María de Liguorio, San Juan María Vianney, Santa Teresita del Niño Jesús, San Juan Bosco, San Rafael Guízar y Valencia, San Maximiliano María Kolbe, San Pío de Pietrelcina, San Josemaría Escrivá de Balaguer, Santa Teresa de Calcuta, San Juan Pablo II y San Luis María Grignion de Montfort, a quien quisiera referirme un poco más en esta ocasión.

A ejemplo de la madre de Jesús, quien se definió como la esclava del Señor, San Luis María

Grignion de Montfort se puso como lema desde su ordenación sacerdotal: “esclavo de María”. Profesó un entrañable cariño a la Señora del cielo y propagó vivamente su devoción, profundizando en el amor filial a la Santísima Virgen María.

Juan Pablo II se remite a él para explicar su lema papal: “Como saben, el lema ‘Totus Tuus’ en mi escudo de armas fue inspirado en la doctrina de San Luis María Grignion de Montfort. Estas dos palabras expresan mi completa pertenencia a Jesús a través de María”.

Sin embargo, San Luis María toma el ‘Totus tuus’ de San Buenaventura, como consta en su *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen*, 216: “Habiéndote entregado totalmente a Ella -en cuerpo y alma-, Ella, que es generosa, se entregará a ti, en recompensa, de forma maravillosa, pero real, de suerte que podrás decirle con santa osadía: Soy tuyo, ¡oh María!; sálvame. O con el discípulo amado -como he dicho antes-: “Te he tomado, María Santísima, por todos mis bienes”. O con San Buenaventura: “Querida Señora y salvadora mía, obraré confiadamente y sin temor, porque eres mi fortaleza y alabanza en el Señor. Soy todo tuyo y cuanto tengo es tuyo, Virgen gloriosa y bendita entre todas las creaturas (Cant 8, 6)”.

En sus predicaciones y canciones San Luis María proyecta la alegría evangélica de quienes libran con el mundo una gran batalla, seguros de su victoria y dispuestos a dar “el buen combate de





la fe" (1Tim 6, 12). Ante la fuerza abrumadora del mundo moderno no cede al derrotismo histórico ni a la tristeza oculta tan frecuente en quienes estiman necesario pactar con el mundo, dejando de anunciar la novedad del evangelio.

En la devoción mariana de san Luis María queda de manifiesto que el amor a María es solo una imitación de la devoción de Jesús por su madre. Por eso, al seguir e imitar al Señor amamos tanto a María, porque eso le aprendemos a Jesús.

De esta forma San Luis María llegaba a decir: "¡Nunca se honra tanto a Jesucristo como cuando se honra a la Santísima Virgen! Efectivamente, si se la honra, es para honrar más perfectamente a Jesucristo".

Este cariño y devoción a la Santísima Virgen María, que nos viene desde los tiempos apostólicos, se ha venido fortaleciendo a lo largo de la historia. Inspirado en toda esta tradición, y especialmente en la devoción de San Luis María, Juan Pablo II explicó perfectamente el sentido de nuestra piedad mariana:

"Mi manera de concebir la devoción a la Madre de Dios se transformó. Si antes estaba convencido de que María nos conduce a Cristo, actualmente comienzo a comprender que Cristo también nos conduce a su Madre. Hubo un momento en que en cierto sentido puse en tela de juicio mi devoción mariana por considerar que sobrepasaba exageradamente mi veneración por Cristo mismo (Giovanni Paolo II, *Dono e misterio*, pp. 37-38)".



P. Alfonso López
Muñoz, L.C.
Doctor en Filosofía
Doctorando en
Teología

Santa Teresita del Niño Jesús, “madre espiritual” de los sacerdotes

Introducción

De unos años para acá se ha tomado una mayor consciencia de la necesidad de la maternidad espiritual respecto al sacerdocio ministerial. Como bien enseñó san Juan Pablo II en sus catequesis sobre el amor humano –más conocidas como “teología del cuerpo”-, el hombre (varón) y la mujer son seres personales complementarios, y ambos son necesarios precisamente para “complementar” el *ser humano* en cada persona humana. Por ello, aun y cuando el gran don del celibato es llamado –y don al mismo tiempo- para vivir en castidad y virginidad la propia vocación, sea esta al ministerio sacerdotal sea en la vida consagrada, ello no quiere decir que la persona se corta de la otra parte que precisamente *le complementa*; no, sino que vive su *dimensión sponsal*, su *ser nupcial*, justamente en el amor exclusivo que profesa a Dios Nuestro Señor, de una manera *sublimada*, en el espíritu. Por tanto, el sacerdote o la persona consagrada no es alguien troncado, ni mucho menos frustrado, en lo que respecta a la afectividad, sino que más bien vive en un matrimonio que se suele denominar “místico”, porque de alguna manera se casa con Dios mismo.

Ahora bien, como bien dice el Cardenal Robert Sarah en su libro “Al servicio de la Verdad. Sacerdocio y Vida Ascética”¹, en el caso de la mujer consagrada (sea como religiosa con votos, de vida contemplativa o de vida activa –como se suele decir-, sea como consagrada –en algún instituto de vida laical apostólica-), la figura que más le acomoda es la de ser *esposa de Cristo*; en el caso del sacerdote –o del varón consagrado en algún instituto de vida apostólica-, la imagen que más le acomoda, precisamente por ser varón, es la de ser *esposo de la Iglesia*².

Por lo demás, podríamos decir que la necesidad de esa “maternidad espiritual” ha incrementado en los últimos años debido a las fragilidades en el campo afectivo que han ido saliendo a la luz más y más –quizás con mayor fuerza en los últimos años, o quizás ya decenios- a raíz de que las defecciones del sacerdocio, o bien los anti-testimonios de sacerdotes con una “doble vida”, precisamente por temas afectivos –los cuales hoy cunden rápidamente por razón de la comunicación vertiginosa, casi inmediata, de cuanto sucede en el mundo por medio de las redes sociales-. Por otra parte, también está el triste hecho de los escándalos de pedofilia o pederastia de los cuales también en los últimos años ha sufrido la

¹Ediciones Palabra, Madrid 2021 (traducción al castellano de la edición original en italiano “*A servizio della verità*”, Fede e Cultura, Verona 2021). El texto son los ejercicios espirituales predicados a los sacerdotes de la Asociación *Amicizia Sacerdotale Summorum Pontificum*, en el mes de febrero de 2020).

²Cfr. *Ibidem*, pp. 56-61; 121-122.

³Cfr. También del Cardenal Robert Sarah: “Se hace tarde y anochece”, Ediciones Palabra, Madrid 2019; ver también del mismo Cardenal Sarah, con Benedicto XVI, “Desde lo más hondo de nuestros corazones”, Ediciones Palabra, Madrid 2020.



Iglesia por motivo de los funestos comportamientos indebidos y hasta delictivos por parte de algunos sacerdotes³ –los que hayan sido, más allá de las leyendas negras contra la Iglesia en este ámbito, y más allá de amarillismos y francos ataques contra el Orden sacerdotal mismo-, dado que, al menos en uno de sus componentes, también esos actos tienen que ver, como es bien sabido, con problemas de índole afectivo. Por tanto, la necesidad de figuras como “madres espirituales” de sacerdotes es hoy, más que antes, urgente y hasta indispensable.

Santa Teresita de Lisieux, excepcional “madre espiritual” de los sacerdotes

En la historia de la Iglesia ha habido extraordinarios testimonios de verdaderas madres espirituales de los sacerdotes, como pueden ser santa Catalina de Siena, santa Teresa de Jesús, santa Teresa del Niño Jesús, santa Isabel de la Trinidad, y, para gloria de México, la beata Concepción Armida de Cabrera, por nombrar sólo algunas entre muchas. Entre ellas, una “madre espiritual” de excepción es, sin duda, a pesar de su corta edad, la carmelita de Lisieux, mejor conocida precisamente como “santa Teresita del Niño Jesús”, muerta apenas a los 24 años de edad. Tal misión de *madre en el espíritu* de los sacerdotes sobre todo la

ejerció a través de la correspondencia epistolar tanto con un seminarista –Maurice Bellière, el cual partiría para África, donde desarrollaría su apostolado, y el cual recibiría once cartas de santa Teresita-, como con el padre Adolfo Roulland, sacerdote de las misiones extranjeras de París, el cual realizará su apostolado en China, quien recibiría seis cartas de la santita. O sea que de las doscientos sesenta y seis cartas que en total escribió la santa de Lisieux –o al menos son las que se conservan-, diez y siete están dedicadas a almas sacerdotales. Podemos decir que estas cartas de santa Teresita son un testimonio no sólo de la alta estima que ella tenía hacia los sacerdotes, sino que son también reflejo de la grandeza en que tiene la santa el sacerdocio católico. Su visión encierra una fe cierta y auténtica en que el sacerdote es “*Alter Christus*”, es decir “otro Cristo”; o mejor, para decirlo también con el Cardenal Sarah, la concepción de Teresa sobre el sacerdote radica en que este es “*Ipse Christus*”, “el mismo Cristo”⁴. Por tanto, asistimos a la explicación del sacerdocio católico por parte de una religiosa carmelita cuya visión, aun y siendo ella apenas una muchachita, da muestras de una profundidad y una densidad admirables.

Como bien advertimos por sus propias palabras en su escrito autobiográfico, la “Historia de un alma” –de hecho, antes de que se le diera tal título, dicho texto se llamó simplemente “Manuscritos autobiográficos”-, así como por los diversos testimonios que atestiguaron sobre lo que santa Teresita pensaba del sacerdocio, podemos decir que la santa se sentía verdaderamente –como La Virgen María lo es en primer lugar- madre del sacerdocio en cuanto tal. Y es que ella albergaba en su corazón un inmenso deseo de ser sacerdote, aunque, por otra parte, sabía bien que eso no era posible. Y, sin embargo, la santita solía pensar –lo cual después lo plasmaría por escrito-, refiriéndose a la Eucaristía: “¡Con cuánto amor, oh Jesús, te llevaría

⁴“Al servicio de la verdad”, o. cit., pp. 14, 17, 105, 115,

⁵Tales palabras se hallan en la segunda parte de la “Historia de un alma”, el así llamado Manuscrito B (2v). Como es sabido, la “Historia de un alma”, nombre que tomará en un segundo momento los “Manuscritos autobiográficos” de santa Teresa de Lisieux, está dividida precisamente en manuscritos, los cuales son tres, y que denominan tan sólo por las primeras letras del alfabeto: A, B y C, quedando sí definidos como:



entre mis manos cuando, al oír mi voz, bajarías del Cielo!... ¡Con cuánto amor te entregaría a las almas!”⁵... Esto, pensaba ella, *si fuera sacerdote*.

El anhelado y profundo, pero irrealizable, deseo de santa Teresita de ser sacerdote

Quizás el texto más conocido es precisamente ese en el que expresa tal añoranza, juntamente con la de ser misionera, para poder predicar el Evangelio en el mundo entero. En efecto, su deseo más fuerte era el de anunciar a Cristo desde la creación del mundo hasta el final del mismo; asimismo, quería ser mártir. Es decir, –y es ella quien lo dice literalmente- lo quería ser “todo”. Vale la pena traer a colación dicho texto aquí. Dice así:

“Teniendo un deseo inmenso del martirio, acudí a las cartas de San Pablo, para tratar de hallar una respuesta. Mis ojos dieron casualmente con los capítulos doce y trece de la primera carta a los Corintios, y en el primero de ellos leí que no todos pueden ser al mismo tiempo apóstoles, profetas y doctores, que la Iglesia consta de diversos miembros y que el ojo no puede ser al mismo tiempo mano. Una respuesta bien clara, ciertamente, pero no suficiente para satisfacer mis deseos y darme la paz. Continué leyendo sin desanimarme, y encontré esta consoladora exhortación: ‘Ambicionad los carismas mejores. Y aún os voy a mostrar un camino excepcional’. El Apóstol, en efecto, hace notar cómo los mayores dones sin la caridad no son nada y cómo esta misma caridad es el mejor camino para llegar a Dios de un modo seguro. Por fin había hallado la tranquilidad. Al contemplar el cuerpo místico de la Iglesia, no me había reconocido a mí misma en ninguno de los miembros que San Pablo enumera, sino que lo que yo deseaba era más bien verme en todos ellos. Entendí que la Iglesia tiene un cuerpo resultante de la unión de varios miembros, pero que en este cuerpo no falta el más necesario y noble de ellos: entendí que la Iglesia tiene un corazón



y que este corazón está ardiendo en amor. Entendí que sólo el amor es el que impulsa a obrar a los miembros de la Iglesia y que, si faltase este amor, ni los apóstoles anunciarían ya el Evangelio, ni los mártires derramarían su sangre. Reconocí claramente y me convencí de que el amor encierra en sí todas las vocaciones, que el amor lo es todo, que abarca todos los tiempos y lugares, en una palabra, que el amor es eterno. Entonces, llena de una alegría desbordante, exclamé: ‘Oh Jesús, amor mío, por fin he encontrado mi vocación: mi vocación es el amor. Sí, he hallado mi propio lugar en la Iglesia, y este lugar es el que tú me has señalado, Dios mío. En el corazón de la Iglesia, que es mi madre, yo seré el amor; de este modo lo seré todo, y mi deseo se verá colmado’” (*Manuscrits autobiographiques*, Lisieux 1957, pp. 227-229).

Origen de la “maternidad espiritual” de sacerdotes por parte de santa Teresita

En medio de todos estos deseos, aun y cuando era consciente de la imposibilidad de realizarlos tal cual, ella los justificaba de alguna manera –y quizás hasta se consolaba así misma, por así decirlo- con la convicción de que Dios no podía inspirar “deseos irrealizables”⁶. El problema era el cómo se realizarían estos. Pero un buen día, mientras se encontraba lavando ropa en el lavadero, la Madre Inés de Jesús (nombre de religiosa

⁵“Manuscrito A”, “Manuscrito B” y “Manuscrito C”. Por tanto, el texto se suele citar según de qué manuscrito se trate, indicándolo con la abreviatura Ms para “Manuscrito”, seguido de la letra “A”, “B” o “C” según corresponda; así lo haremos nosotros, sea a pie de página sea en el cuerpo de nuestro trabajo.

⁶Historia de un alma, Manuscrito C, 2v.



de su hermana de sangre Paulina) le compartió la carta de un seminarista joven que pedía una hermana que orara por él –y en particular por la salvación de su alma-, y al mismo tiempo, que le ayudara con sus oraciones para poder salvar muchas almas cuando, ya como misionero, predicara la salvación en Cristo. A cambio, el seminarista le aseguraba que la tendría siempre presente en la Celebración Eucarística cuando fuera ya sacerdote. Acto seguido, la Madre Inés de Jesús le dijo que ella había sido elegida para apoyar con sus oraciones y sacrificios a ese futuro misionero. Ella, la santita, exclamó: “Expresarle mi dicha sería cosa imposible. Ver mi deseo colmado de una manera inesperada hizo nacer en mi corazón un gozo que yo llamaría pueril. [...] Hacía muchos años que no experimentaba ese tipo de felicidad. Sentía que, en ese aspecto, mi alma se renovaba. Era como si alguien hubiera tocado en ella, por primera vez, las cuerdas musicales hasta entonces olvidadas”⁷. El padre Maurice Bellière, seminarista cuando escribió la susodicha carta y después ya ordenado sacerdote, zarparía hacia la misión en Argelia en las vísperas de la muerte de Teresa de Lisieux.

Pero volviendo a los tiempos de esa primera encomienda, después de unos cuantos meses, la superiora, Madre María Gonzaga, asignó a Teresita otra encomienda análoga: orar también por otro también seminarista e igualmente futuro misionero: Adolphe Roulland. Por supuesto que la joven santa recibió dicho encargo con gran alegría por el hecho de recibir a otro hermano al cual sostener, tanto en su fidelidad sacerdotal como en su empresa misionera, por medio de sus oraciones y entrega fiel y sacrificada a su santa regla. Así comenzaba la misión de una verdadera “maternidad espiritual” de Teresa respecto de esos dos seminaristas, posteriormente sacerdotes misioneros.

Ahora bien, todo esto tiene en realidad un antecedente, cuando el día de la profesión religiosa de Teresa, con lo cual se convertía en esposa del “Rey de los Cielos” –como gustaba ella llamar a Dios-, le pidió a su “Divino Esposo” –otro de los apelativos que



ella utilizaba para referirse a Dios- que le concediera el poder ofrecer su vida por un sacerdote –dado que ella no podía serlo-, a la cual le pudiera participar su insaciable sed de almas, para que por su medio tal misionero recibiera las gracias especial que ella le conseguiría. Pero lo realmente providencial –o mejor lo providencialmente divino de esto- es que, al cabo de los años, el ya entonces padre Roulland le platicó a la santita que, justamente el día de la profesión de la carmelita le habían asaltado a él dudas respecto a su vocación, cuando decidía su ingreso al seminario mayor en su camino al sacerdocio. Ese mismo día, como decimos, aquel seminarista, al encontrarse rezando en una capilla dedicada a la Virgen, de manera repentina le llegó, como una gracia de arriba, la convicción inamovible de tener vocación y de querer ser sacerdote para siempre.

Teresa se compara a Moisés sosteniendo a Israel en batalla con su oración de intercesión ante Dios

Santa Teresita comparaba su misión de acompañamiento espiritual de súplica a aquel misionero en primera fila a aquel pasaje bíblico en que Moisés intercedía por el pueblo de Israel mientras ésta daba la batalla contra los amalecitas, elevando sus brazos al cielo en oración, y cuando se cansaba, le ponían una piedra debajo para que se sentara y Aarón y Hur le sostenían en alto los brazos; pero, en efecto, era Moisés, con su oración de intercesión,

⁷Ibidem, 31v. Ver también Ms C 31v^o - 33v^o.



que sostenía a Israel y que en realidad era, la oración, lo que conseguía la victoria⁸. Es así que, en cuanto supo Teresa que el padre Roulland, inmediatamente después de ser ordenado sacerdote había sido enviado a evangelizar a China, a la provincia de Su-Tchuen, ella instaló en la pared del salón donde llevaba a cabo sus oficios un poster del mapa de China, en orden a tener siempre presente su misión de sostén espiritual del misionero padre Roulland en aquellas tierras paganas.

Una “amistad espiritual” y una “maternidad espiritual” estrictamente sobrenaturales

Cabe decir que la relación de Teresa con ambos seminaristas, luego sacerdotes, se mantuvo siempre en el plano de lo estrictamente sobrenatural, lo cual también se concretaba en esas cartas a las que nos hemos referido al inicio. En ese sentido, vale la pena traer aquí cuanto escribía la santa en la Historia de un alma. Decía ella: “Ciertamente es con la oración y el sacrificio como [nosotras religiosas] podemos ayudar a los misioneros; pero a veces, cuando a Jesús le gusta unir dos almas para su gloria, permite que éstas, de vez en cuando, se comuniquen sus pensamientos, animándose mutuamente a amar más a Dios”. Pero añadirá cuanto sigue, manifestando así, por lo demás, una gran capacidad de introspección psicológica, así como un gran conocimiento del alma consagrada a Dios: “Pero para ello hace falta la voluntad explícita de la autoridad [es decir, en su caso, de su superiora religiosa], pues pienso que de otro modo esta correspondencia haría más mal que bien, sin no al misionero sí a la carmelita, llevada, por su estilo de vida, a replegarse sobre sí misma. Entonces, en lugar de unirla al buen Dios, esta correspondencia (por lejos que se encuentre su corresponsal), solicitada con insistencia, le ocuparía el espíritu; [entonces], imaginando hacer maravillas, no haría absolutamente nada sin tener, con el pretexto del celo, una distracción inútil. Para mí, esto vale tanto en el caso de la correspondencia como en otras situaciones”. Por lo que concluía con esto: “Para

mí, siento que para que mis cartas hagan el bien es necesario que sean escritas por obediencia y que sienta repugnancia, más que placer, al escribirlas”⁹. En esto cabe resaltar la profunda y diáfana pureza de intención que vive nuestra santa, misma que pide y exige a sus novicias, pero también a sus sacerdotes de quienes funge como “madre espiritual” a través de las cartas. De hecho, es ella misma quien utiliza el término en una carta que envía a su hermana Celina. En ella le dice: “Nuestra vocación específica no es ir a cosechar los campos del grano maduro. Jesús no nos dice: ‘Bajad los ojos, mirad los campos e id a cosechar’. Nuestra misión es aún más sublime. He aquí las palabras de nuestro Jesús: ‘Alzad los ojos y mirad. Veis cómo en mi Cielo hay sitios vacíos; os toca a vosotros llenarlos. Vosotros sois mis Moisés en oración, pedidme trabajadores y yo os los enviaré. ¡Espero sólo una oración, un suspiro de vuestro corazón!... El apostolado de la oración, ¿no es, por así decirlo, más sublime que el de la palabra? ¡Nuestra misión como Carmelitas es formar a los trabajadores evangélicos que salvarán a millones de almas, de los cuales seremos madres! Celina, si estas no fuesen las palabras mismas de Jesús, ¿quién osaría creer en ellas? ¡Pienso que nuestra parte es muy hermosa! ¿Qué debemos envidiar a los sacerdotes?... ¡Cómo desearía deciros todo lo que pienso, pero me falta el tiempo; intenta entender todo lo que no puedo escribirte!”¹⁰.



⁸Ibidem, 32r.

⁹Historia de un alma, Ms C 32r^o-v^o.

¹⁰Carta de Teresa a su hermana Celina del 15 de agosto de 1892.



Teresa sostiene a sus “hermanos espirituales” en sus dificultades y debilidades

En el acompañamiento a sus “hijos espirituales” a través de sus cartas, por ejemplo, Teresa animaba al padre Roulland a llevar con amor y gallardía las dificultades de su misión, tanto las que se referían a las limitaciones y molestias de tipo físico como las incomprendiones y hasta persecuciones por parte de los nativos del lugar. Ella, con la sabiduría que ella misma encontraba en la Palabra de Dios, y sobre todo en el Evangelio, pero de manera particular aquella que sacaba de sus largos ratos de meditación sobre las cartas de san Pablo –que era su preferido-, le hace ver que Dios actúa detrás de todas las circunstancias, también, y especialmente quizás, detrás de las que implica un mayor sacrificio y generosidad. Además, la carmelita, con gran sencillez y confianza, le refiere al misionero alguna vivencia personal que le pueda animar, y llega incluso a pedirle si le podía enviar por correo un mechón de su cabello, en orden a conservarlo como “reliquia” cuando, si Dios así lo disponía, recibiera la palma del martirio, que ella tanto anhelaba y con tanta alegría recibiría¹¹.

Ahora bien, la correspondencia con el padre Bellière



guarda un interés especial, dado que este era, al parecer, especialmente débil, por lo que realmente se fiaba de la dirección de su espíritu por parte de la carmelita, la cual, ante tal apertura de alma y confianza, y conociendo la vida interior de su “hermanito” –así le llamaba cuando era aquel todavía seminarista-, en efecto le dirigió por la senda de su “caminito” espiritual, que no era sino precisamente el de la confianza absoluta en Dios. Aquella particular debilidad del misionero Bellière se debía también de alguna manera a su pasado, el cual había sido más bien mundano, dado que, como él decía, no había sido sino hasta los dieciocho años que se había convertido a Cristo; por eso su debilidad consistía también en un falta de confianza en que la misericordia divina podía perdonarle y olvidar todos sus desvaríos de juventud¹². Todo ello no le permitía al misionero crecer en su vida espiritual y lo mantenía anclado en un desánimo malsano. En fin, santa Teresita va introduciendo al padre Bellière a la dinámica de la confianza total en el “Amor Misericordioso” de Jesús¹³.

De hecho, ya al final de esa relación de maternidad-filiación espiritual, cuando el misionero se entera de que Teresa padecía una enfermedad grave y muy probablemente pronto partiría a mejor vida, le hizo ver que sin ella le sería muy difícil perseverar en el camino de la cruz y el sacrificio. A ello, la santita le respondió: “Cuando esté en el puerto, le enseñaré, querido hermanito de mi alma, cómo debe navegar en el mar tempestuoso del mundo con el abandono y el amor de un niño que sabe que su Padre lo quiere y que no lo dejará solo en la hora del peligro”¹⁴. En ese consejo de santa Teresita al misionero podemos percibir la misión de auténtica “madre espiritual” de nuestra santita respecto a su “hijo espiritual”, puesto que no sólo lo acoge como verdadera madre en el espíritu, sino que sabe *dirigirlo* realmente con su consejo; y, como siempre, la esencia de su consejería espiritual es la invitación a la confianza absoluta y sin límites

¹¹ Carta al P. Adolphe Roulland, del 1º de noviembre de 1896. ⁹Historia de un alma, Ms C 32rº-vº.

¹² Carta al P. Maurice Bellière del dieciocho de julio de 1897.

¹³ “Dinámica de la confianza” es precisamente el título de un libro sobre la espiritualidad de santa Teresa de Lisieux escrito por uno de los grandes conocedores de la vida y obra de ésta, el padre Conrad de Meester, carmelita también como ella (“*Dynamique de la confiance*”, CERF, Paris 1995).

¹⁴ Carta al P. Maurice Bellière del dieciocho de julio de 1897, antes citada.



en Dios, en cuanto que Este es Padre, con todo el alcance que dicho término encierra. Ella misma lo vivía en su vida, sobre todo en el último periodo de su dolorosísima enfermedad, pero en realidad este es un aspecto de su misma alma, de su mismo espíritu ya desde niña.

El carisma espiritual de Teresa y cómo se fue desarrollando en el seno de su familia

Podríamos decir que este es un rasgo muy de ella, podríamos decir *natural*, parte integrante en su personalidad, tanto en lo humano como en lo netamente espiritual. Pero qué duda cabe de que la manera en que sus padres –los santos Louis y Zélie Martin, canonizados al mismo tiempo, por lo tanto, no sólo por ser santos en lo individual, sino en cuanto que vivieron su matrimonio santamente- la educaron en lo religioso –y también en lo meramente humano- fueron una gran influencia para que la espiritualidad de Teresita se desarrollara y potenciara en esa dirección; también ellos tenían en un altísimo concepto al sacerdocio, producto de su fe en que el sacerdote representaba verdaderamente a Jesucristo en la tierra. Y otro tanto habría que reconocer a la incidencia que sus hermanas tuvieron, en colaboración con sus papás, en la formación del alma de su hermana pequeña, Teresita, también en lo que respecta muy en concreto al amor al sacerdocio en general y cada

uno de los sacerdotes en particular que ella conoció a lo largo de su vida.

La misión de Teresita como “madre espiritual” de sacerdotes continúa desde el cielo

En fin, santa Teresita fue llamada al cielo muy pronto, por lo que ya no escribiría más cartas en este mundo, tampoco a sus “hermanitos” misioneros, a sus “hijos espirituales”; sin embargo, seguiría, para siempre, siendo intercesora no sólo del padre Roulland y el padre Bellière, sino de todos los misioneros y de todas las misiones de evangelización en el mundo entero, juntamente con san Francisco Xavier. En efecto, fue el catorce de diciembre de 1927 que ese gran enamorado de santa Teresita, el Papa Pío XI – no por nada él mismo diría que la santa carmelita era “la estrella” de su pontificado-, la proclamaba tal.

Ahora bien, más allá de lo que la familia de santa Teresita sembró en ella con relación al amor a los sacerdotes, es bueno ver cómo se fue gestando tal fe, veneración y amor a los sacerdotes en su alma a lo largo de su vida. Para lo cual, nos valemos de una conferencia del padre italiano Antonio Maria Sicari – doctor en teología y licenciado en ciencias bíblicas-, bien conocido por sus libros sobre la vida de los santos, y especialmente y sobre todo de los santos del Carmelo, siendo él mismo sacerdote carmelita descalzo¹⁵.

Gestación y desarrollo de la “maternidad espiritual” de Teresa según el padre Antonio Maria Sicari, OCD

Todo parece indicar que tal inclinación comienza en un domingo de julio de 1887, cuando la apenas adolescente Teresa Francisca Martin, al final de la Misa, cierra su Misal, y entonces ve una imagen de Jesús crucificado, con sus manos clavadas en la cruz, y de las cuales caen gotas de sangre hacia el suelo, lo cual –narra la santa misma- le causa un gran dolor al pensar que nadie recoge la sangre del Nuestro Divino Redentor. Entonces la joven Teresa se promete a sí misma que pasaría su vida a los pies

¹⁵Cfr. https://www.vatican.va/roman_curia/congregations/cclergy/documents/jub_preti_20000517_sicari_sp.html: Conferencia del P. Antonio Maria Sicari, OCD, “Santa Teresa del Niño Jesús y los sacerdotes”.



de la cruz para impedir que la sangre de Cristo se desperdiciara, y, por el contrario, hacer que llegara a las almas para su salvación. Después de narrar tal episodio, Teresa anota: “También el grito de Jesús en la Cruz me retumbaba continuamente en el corazón: ‘¡Tengo sed!’”. Estas palabras encendían en mí un ardor desconocido y muy vivo... Quería dar de beber a mi Amado y yo misma me sentía devorada por la sed de las almas. No eran todavía las almas de los sacerdotes las que me atraían, sino las de los grandes pecadores; ardía del deseo de arrancarlos de las llamas eternas...” (Ms A, 45v). Por tanto, a los 14 años, aproximadamente un año antes de entrar al Carmelo de Lisieux, la pequeña Teresa pensaba en los “grandes pecadores”, pues, además, por aquella época le preocupaba e imploraba por la salvación de un conocido criminal que debía ser ajusticiado en la guillotina debido a varios crímenes que había cometido; tal asesino se llamaba Henri Pranzini.

Por aquel entonces, Teresita no pensaba aun en los sacerdotes como necesitados de conversión y salvación, pues estaba absolutamente convencida de que, por el simple hecho de serlo, los ministros de Cristo eran santos. Ya desde muy pequeña, Teresita identificaba a los sacerdotes con el mismo Jesús. Al narrar su primera Confesión, la santita escribe: “Mi madre querida... ¡con cuánto cuidado ella me había preparado diciéndome que no era a un hombre, sino al Buen Dios a quien decía mis pecados! Estaba realmente convencida de ello, por lo cual me confesé con gran espíritu de fe preguntándole, incluso, si podía decir a Don Ducellier que le amaba con todo mi corazón, pues era a Dios a quien hablaba en su persona...” (Ms A 16v°).

Sin embargo, a sus catorce años, edad hasta la cual Teresita seguía viendo en los sacerdotes sólo el reflejo puro de Dios sólo por serlo –por ser sacerdote-, y refiriéndose al viaje que hizo a Italia junto con su papá y su hermana Celina justo el año anterior a su entrada al convento, se da cuenta que aquellos también son humanos y están llenos de las fragilidades de la humana naturaleza. Al respecto escribía la santa: “Rezar por los pecadores me atraía con fuerza, pero rezar por las almas de los sacerdotes, que creía más



puras que el cristal, ¡me parecía extraño!... ¡Ah! [pero] En Italia he entendido mi vocación: [aunque] no era ir demasiado lejos para un conocimiento tan útil... Durante un mes he vivido con muchos sacerdotes santos y he entendido que, si bien su sublime dignidad los alza por encima de los ángeles, ello no quita que sean hombres débiles y frágiles... Si sacerdotes santos, a los que Jesús llama en su Evangelio: ‘La sal de la tierra’, muestran con su comportamiento una necesidad extrema de oraciones, ¿qué debemos decir de los que son templados? No ha dicho también Jesús: ‘¿Si la sal pierde su sabor, con qué podremos salarla?’. ¡Oh Madre! ¡Qué hermosa es la vocación que tiene como objetivo conservar la sal destinada a las almas! Esta es la vocación del Carmelo, pues el único fin de nuestras oraciones y de nuestros sacrificios es ser apóstol de los apóstoles, rezar por ellos mientras evangelizan las almas con palabras y, sobre todo, con su ejemplo...” (Ms A 56r° -entre corchetes colocho algunas palabras para aclarar el sentido más exacto de las ideas expresadas ahí por santa Teresa-).

Por cuanto venimos diciendo se puede apreciar cómo Teresita advirtió ciertas cosas en los sacerdotes durante la peregrinación que le hicieron abrir los ojos y entender el hecho de que incluso los sacerdotes más “santos” no podían esconder del todo su propia debilidad y fragilidad, por lo que –dice la santa- demostraban “con su comportamiento tener una extrema necesidad de oraciones”; e incluso “los templados”, es decir los más dueños de sí mismos, los más virtuosos entre aquellos sacerdotes, pero



que gastaban –o mejor dicho malgastaban- “la sal destinada a las almas”, incluso esos también necesitaban oraciones. Por eso hablará Teresa de que aquel viaje le había descubierto su verdadera vocación como carmelita, justo cuando había acudido a esa peregrinación para pedir al Papa León XII la gracia, el permiso especial de poder entrar al Carmelo a los quince años (en aquel entonces la edad mínima para ello eran los diecisiete años). De hecho, la misma Teresa explicará que “no habiendo vivido jamás de cerca [con sacerdotes], no podía entender [aún] el objetivo principal de la reforma del Carmelo”, lo cual dejan en claro cómo es que ella entendía tal reforma teresiana: la conversión de la vida cristiana, pero comenzando por la conversión de los sacerdotes, que son –y especialmente lo son para ella- los que nos dan a Cristo, por ser ellos Sus ministros, o, para volver al Cardenal Sarah, por ser ellos “el mismo Cristo” (“*Ipse Christus*”). Aquel viaje a Italia al lado de tantos eclesiásticos, le habían hecho ver a Teresa claramente su misión de ser “apóstol de los apóstoles”. Todo ello a los catorce años. Mas a los diecisiete, ya encerrada entre los cuatro muros del Carmelo, al felicitar a su hermana por el nuevo año 1889, le expresa: “Celina, es necesario que en este nuevo año hagamos muchos sacerdotes [“*que nous fassions beaucoup de prêtres*”] que sepan amar a Jesús” (carta 101). Por tanto, para ella ya no había dudas: “Lo que venía a hacer en el Carmelo lo he declarado a los pies de Jesús Hostia, en el examen que precedió mi profesión: ‘He venido para salvar a las almas y, sobre todo, para rezar por los sacerdotes’...” (Ms A 69). Con ello queda más que claro que Teresa entiende su misión de carmelita primordialmente como la de una verdadera y auténtica “madre espiritual” de los sacerdotes.

Teresita hablará sobre todo de “necesidades espirituales” de los sacerdotes. Como ya hemos anotado, tales “necesidades” las descubrió en susodicho viaje a Italia, en el que, de hecho, algún sacerdote joven se mostró –por así decirlo- un poco demasiado atento hacia las dos hermanas Martin –

Teresa y Celia eran las mujeres más jóvenes del grupo-; ante lo cual, dada la altísima sensibilidad en lo que dice a la pureza, pero también al pudor en la forma de referirse al tema, Teresa tan sólo expresará su reacción, y la de su hermana, con el aforismo espiritual “todo es puro para los puros” (Ms A 57rº). De cualquier manera, y volviendo de nuevo a las cartas de aquellos primeros años de Teresa en el Carmelo, podemos encontrar algunas otras indicaciones al respecto.

Por ejemplo, en julio de 1889, escribiendo a su hermana Celina, y volviendo a la imagen de cómo los sacerdotes debieran ser puros con un “cristal”, dirá: “¡Oh, mi Celina, vivamos para las almas, seamos apóstoles, salvemos sobre todo las almas de los Sacerdotes, que deberían ser más transparentes que el cristal! ¡Ay de mí, cuantos sacerdotes indignos, cuantos sacerdotes que no son suficientemente santos! Recemos, suframos por ellos y, en el último día, Jesús estará agradecido...” (LT 94)¹⁶. Y en octubre del mismo año añade: “No existe más que Jesús, que es; todo el resto no es. Amémoslo, entonces, hasta la locura y salvemos almas para Él. ¡Ay Celina, siento que Jesús exige de nosotras dos que apaguemos su sed dándole almas y, sobre todo, almas de sacerdotes!” (LT 96).



¹⁶ “LT”: con estas siglas se suelen designar las “cartas” de santa Teresita, ya que es una forma de abreviar la palabra “carta” en lengua francesa: “*lettre*” –cartas, en plural: “*lettres*”-; por tanto, en adelante las citas de las cartas de la santa se harán según tal costumbre.



Es este un periodo durante el cual Teresa, ya en el claustro, sufre mucho por la enfermedad mental de su padre, encerrado en una casa de cura o cuidados especiales, en la que se perdía en frecuentes alucinaciones. Pero la santita sabe bien que por medio de la oración puede salvar las almas para Cristo, al que se une por medio de su sufrimiento y dolor. La imagen de la "Verónica" le es familiar y querida, por lo que hablará de sacar el rostro de Cristo en su papá, pero también en la persona de los sacerdotes, sobre todo de aquellos "indignos" o "no suficientemente santos". Ahora bien, al decir esto, Teresa no es que tenga en mente una casuística de campo moral o que tenga presente comportamientos reprobables de los cuales tenga conocimiento, sino una sola cosa. A ella le basta el que los sacerdotes se olviden del amor exclusivo que les ha sido prometido con su misma consagración, y que su pureza no sea la debida y correspondiente a la Sagrada Eucaristía que tienen entre las manos en la Santa Misa, especialmente en el momento de la Consagración. Por ello, en una carta escrita al mes siguiente de su profesión religiosa –la cual se llevó a cabo el 8 de septiembre de 1890, cuando Teresa tenía diecisiete años y medio-, ella habla con entusiasmo de su propia consagración virginal: "Pienso que el corazón de mi Esposo me pertenece sólo a mí, como el mío le pertenece sólo a Él". Pero, precisamente por esto, no se da paz ante el pensamiento que ciertas almas



sacerdotales se aparten de esta unión exclusiva, y por ello insiste: "Celina querida, te tengo que decir siempre la misma cosa: ¡Recemos por los sacerdotes! Cada día se demuestra cuán escasos son los amigos de Jesús... Me parece que a Él lo que debe costarle más es la ingratitud –sobre todo viendo las almas a Él consagradas-, el dar a otros ese corazón que le pertenece de forma tan absoluta..." (LT 122). Y no sólo le causa dolor la eventual traición, sino también esa poca delicadeza en tratar con Cristo que, en los sacerdotes, es signo de frialdad de corazón; para ella, alma sumamente delicada en su relación de amor con Dios, eso ya es una traición. Es por eso que una fórmula que se repite en los escritos de Teresa es la siguiente: hacen falta sacerdotes "¡qué sepan amar a Jesús, que lo toquen con la misma delicadeza con la cual María lo tocaba en la cuna!" (LT 101).

Posteriormente, su pena y su oración se hacen más profundas cuando le dicen que a veces el amor del sacerdote por Jesús Eucaristía parece "envejecer", junto al de un pueblo cristiano extenuado, en una iglesia olvidada. Es lo que sucede cuando, el 17 de julio de 1890, recibe esta triste carta de su hermana Celina: "El otro día hemos entrado, por casualidad, en una iglesia pequeña y pobre (...). Pensaba que mis lágrimas traicionarían mi corazón, pues casi no podía contenerlas. Piensa tú: un Tabernáculo sin cortinas, verdadero agujero negro, quizá guarida de arañas, y un sagrario tan pobre que parecía de cobre, cubierto por un pedazo de tela sucia que ya ni siquiera tenía forma de velo para la Eucaristía. Y en el sagrario, sólo una hostia. ¡Ay, no hacen falta más en esa parroquia! Ni siquiera una comunión al año, salvo el tiempo de Pascua. En estas zonas rurales hay sacerdotes toscos que tienen la iglesia cerrada todo el día. Por otra parte, son ancianos y sin ningún recurso..."¹⁷. El día siguiente –mientras la hermana se preocupaba de comprar un nuevo cáliz y en el Carmelo preparaban un velo bordado-, Teresa le responde a su hermana a su vez por medio de una carta, citando largos fragmentos del canto del Siervo doliente de Yahveh de Isaías sobre la belleza escondida del Rostro humillado

¹⁷ Cfr. S. Thérèse de l'E.-J. et de la Sainte Face, *Correspondance Générale*, t. 1, Éditions du Cerf-Desclée de Brouwer, Paris 1992, carta 129.



de Jesús, el cual espera ser reconocido y amado, y exhorta a su hermana con estas palabras: "Hagamos un pequeño tabernáculo en nuestro corazón, en el cual pueda refugiarse Jesús. Entonces será consolado y olvidará lo que nosotros no podemos olvidar: ¡la ingratitud de las almas que lo abandonan en un tabernáculo desierto! (...). Celina, ¡recemos por los sacerdotes, ah, recemos por ellos! ¡Qué nuestra vida se consagre a ellos: Jesús me hace sentir cada día que esto es lo que quiere de nosotras dos!" (LT 108).

Mas, como ya hemos visto al inicio de nuestro artículo, Teresa no se limitó a orar por los sacerdotes, sino que deseaba por lo menos alguno como "hermano", y pidió a Dios esta gracia en el día de su profesión. De hecho, aquel se quedó con la íntima convicción de haber obtenido dicha gracia, aunque también pensaba que lo conocería solamente en el cielo. Como también hemos ya visto, Dios le concedería no sólo un "hermanito" sacerdote, sino dos. De hecho, en sentido literal, tanto Teresa como toda su familia –sus padres y hermanas- hubieran querido tener un hijo y hermano que fuera sacerdote. Como ya hemos relatado, un buen día la Madre priora en turno –primero la hermana Inés de Jesús (en el siglo Paulina), y luego la Madre Germana- le pedirían que se ocupase espiritualmente de esos dos futuros misioneros –padres Roulland y padre Bellière- que se habían dirigido al Carmelo para pedir ayuda y apoyo. Es entonces que iniciaba para Teresa un nuevo capítulo de su experiencia espiritual, al cual llamará "la historia de mis hermanos que ocupan ahora un

lugar tan grande en mi vida" (Ms C 33r°), y, como hemos visto, documenta 17 cartas de las doscientos sesenta y seis que escribió –o que por lo menos se conservan-, las cuales están llenas de ternura, pero también de mucha fuerza y exigencia espiritual, con las cuales animaba a esos sus "hermanos espirituales", y con los que compartía también los secretos de su alma y de su doctrina espiritual.

Todo esto representaba, para una carmelita, una experiencia insólita, pero ella la vivió en total obediencia y consciente de llevar a cabo una misión que había sido decidida en el cielo, al grado de que a uno de ellos no tuvo reparo ni temor en llegar a expresarle: "Él me ha creado para ser su hermana" (LT 193). De esa manera, si hasta ese momento ella había rezado siempre por los sacerdotes, ahora puede unir estrecha y visiblemente su oración al apostolado de aquellos y empieza pidiendo "a los dos hermanos" que hagan otro tanto con y para ella: "¿Me promete Usted, hermano mío -escribe al padre Roulland-, seguir diciendo cada mañana en el S. Altar: '¡Dios mío, inflama a mi hermana carmelita con tu amor!?'". Y luego, parafraseando el salmo 126 (v. 6), añadirá: "Por mi parte, todo lo que pido a Jesús para mí lo pido también para Usted: cuando ofrezco mi débil amor al Amado, me permito ofrecer también el suyo... Después de esta vida, en la cual habremos sembrado juntos con las lágrimas, nos encontraremos, alegres, llevando gavillas en nuestras manos" (LT 201). Y pedirá la misma cosa al padre Bellière: "Si halla Usted consuelo pensando que en el Carmelo una hermana reza incesantemente por Usted, mi agradecimiento no es menor del suyo hacía Nuestro Señor, que me ha dado un pequeño hermano al cual Él ha destinado a convertir en su Sacerdote y su Apóstol... Verdaderamente sólo en el cielo Usted sabrá cuánto le estimo (...). Sería muy feliz si Usted, cada día, dijera esta oración: 'Padre misericordioso, en el nombre de nuestro Dulce Jesús, de la Virgen María y de los Santos, te pido que inflames a esta hermana mía con tu Espíritu de Amor, dándole la gracia de amarte mucho...'" (LT 220). Por otra parte, desde hacía tiempo que ella había compuesto y recitaba esta oración para sostenerlo en sus



dificultades vocacionales, cuando aún era –el mismo padre Bellière- un seminarista:

“¡Oh, Jesús mío, te doy las gracias por haber colmado uno de mis deseos más grandes: tener un hermano sacerdote y apóstol! Me siento muy indigna de este favor, pero puesto que te dignas conceder a tu pobre y pequeña esposa la gracia de trabajar especialmente para la santificación de un alma destinada al sacerdocio, con alegría te ofrezco por ella todas las oraciones y sacrificios de que puedo disponer. Te pido, Dios mío, que no mires lo que soy, sino lo que debería y desearía ser: una religiosa inflamada por tu amor. Tú sabes, Señor, que mi única ambición es hacer que te conozcan y te amen. Y ahora mi deseo se cumplirá. No puedo hacer nada más que rezar y sufrir; pero el alma a la cual te dignas unirte con los dulces vínculos de la caridad irá a combatir en la llanura para conquistar para ti nuevos corazones. Y yo, en la montaña del Carmelo, te suplicaré que le des la victoria. Divino Jesús, escucha la oración que te dirijo para aquél que quiere ser tu misionero: protégelo en medio de los peligros del mundo; hazle sentir siempre más la nada y la vanidad de las cosas pasajeras y la felicidad de saberlas despreciar por tu amor. ¡Qué su sublime apostolado se ejercite, desde ahora, sobre las personas que lo rodean y que él sea un apóstol digno de tu Sagrado Corazón! ¡Oh María, dulce Reina del Carmelo, a ti te confío el alma del futuro sacerdote, del cual yo soy la hermana pequeña e indigna! Dígnate enseñarle, desde este momento, el amor con el que tú tocabas y cubrías al Divino Niño Jesús, para que así él pueda un día subir al Santo Altar llevando en sus manos al Rey de los Cielos. ¡Te pido también que le des amparo bajo tu manto virginal, hasta el momento feliz en que, abandonando este valle de lágrimas, pueda contemplar tu esplendor y gozar, para toda la eternidad, de los frutos de su glorioso apostolado!” (Pr n. 8)¹⁸. Como podemos apreciar, lo que Teresita pide en el secreto de la oración lo disemina, después, en las cartas que envía a sus dos “hermanos” o “hermanitos” en el espíritu.



Sobre todo, se preocupa de transmitirles el sentido profundo de esa experiencia de comunión que les ha sido dada.

En el caso del padre Roulland, que está a punto de partir como misionero, le escribe: “Mientras yo atravesase el mar en su compañía, Usted permanecerá junto a mí, escondido en nuestra pobre celda” (LT 193). Y en un estribillo afligido, le externará: “¡Trabajemos juntos para la salvación de las almas! Tenemos sólo el único día de esta vida para salvarlas y ofrecer así al Señor la prueba de nuestro amor” (LT 213). Y en otra carta, poco tiempo después: “Lo que le pedimos es trabajar para su gloria, amarlo y hacer que lo amen” (LT 220). Por lo demás, ella sabe bien que dicha “comunión” no se romperá nunca, por lo que insiste en ello con una seguridad y una convicción sorprendentes. Por otra parte, Al padre Bellière le anuncia que la unión entre ambos es tal que superará también la muerte, que siente ya próxima: “Si Jesús realizara mis presentimientos, le prometo que también allí arriba seguiré siendo su pequeña hermana. Nuestra unión, en lugar de romperse, será aún más íntima: no existirá la clausura, no habrá ladrillos, y mi alma podrá volar con Usted a las misiones lejanas. Nuestras funciones seguirán siendo las mismas: a Usted las armas apostólicas, a mí la oración y el amor...” (LT 220). Y en otra carta ulterior, relativamente ya muy cerca de su muerte –carta en la

¹⁸“Pr”: con estas siglas se suelen designar las “oraciones” que compuso santa Teresita, ya que es una forma de abreviar la palabra “oración” en lengua francesa: “*prière*” –oraciones, en plural: “*prières*”-; por tanto, en adelante las citas de las oraciones de la santa se harán según tal costumbre.

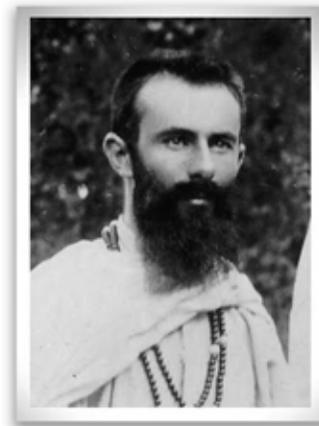


que precisamente escribirá esa connotada frase suya: “Yo no muero, yo entro en la vida” (“*Je ne meurs pas, j’entre dans la vie*”), le escribe: “Desearía decirle, querido pequeño hermano, mil cosas que sólo ahora, que estoy a las puertas de la Eternidad, entiendo. Pero yo no muero, entro en la vida, y todo lo que no puedo decirle aquí abajo, se lo haré entender desde lo alto del Cielo” (LT 244). Más tarde, Teresita llegará incluso a decirle: “[Desde el cielo] le estaré muy cercana, veré todo lo que Usted necesita y no dejaré jamás en paz al Buen Dios hasta que no me haya dado todo lo que quiero” (LT 253) –esto recuerda una frase que ya desde niña alguna vez había expresado la pequeña Teresita cuando, ante la mirada de varias muñecas que le presentaba a escoger a ella y a Celina una de sus hermanas mayores, ella tomó todas y dijo precisamente: “Lo quiere todo”; una remembranza de ese su carácter y de su ambición de *quererlo todo* se dará en el pasaje ya citado en que ella quería serlo todo en la Iglesia-. Y en la última carta escrita al padre Bellière le expresará: “Cuento con no estar inactiva en el Cielo (...). Lo que me atrae hacia la patria de los cielos es la llamada del Señor, la esperanza de hacerlo amar finalmente tanto como he deseado, y el pensamiento de que podrá hacer que una multitud de almas lo amen” (LT 254).

Por tanto, sabiendo que al cabo de poco tiempo los tiene que abandonar en la tierra, intenta transmitirles a sus “hermanos espirituales” su doctrina esencial, con juicios breves y llamamientos impetuosos: “Sin la amable voluntad de Dios no haríamos nada, ni para Jesús ni para las almas” (LT 201). Esto lo escribe al padre Roulland, quien empieza a tener las primeras dificultades con sus superiores. E, invitándolo a sobrenaturalizar su vida, tanto personal como de misionero, también le dirá: “Él quiere afirmar su reino sobre las almas, más con las persecuciones y el sufrimiento, que con predicaciones inteligentes” (LT 226). Asimismo, invita al padre Bellière a vivir siempre su vida sacerdotal y apostólica siempre también en el plano de lo sobrenatural: “Querido pequeño hermano, en el momento de comparecer ante el Buen Dios entiendo, más que nunca, que una sola cosa es necesaria: trabajar únicamente para Él y no hacer nada ni para uno mismo, ni para las criaturas” (LT

244). Y más adelante se atreve a decirle claramente: “Usted no podrá ser un santo a mitad: es necesario que lo sea o del todo o para nada” (LT 252). ¡Esa es la “madre espiritual” Teresa sanamente radical porque sanamente evangélica! En pocas palabras: fiel al Evangelio. Y no olvidemos que es san Pablo su autor cristiano preferido, su apóstol –en el sentido que el mismo Pablo se da el título- predilecto, precisamente por la radicalidad con la que vive su fe y amor a Cristo.

Mas a Teresa lo que más le interesa, como ya antes anotábamos, es transmitirles su doctrina sobre la confianza total en Dios Padre. Por eso le dirá también al padre Bellière: “Le enseñaré, querido pequeño hermano de mi alma, cómo debe navegar en el mar tempestuoso del mundo con el abandono y el amor de un niño que sabe que su Padre le ama con ternura” (LT 258). Y en otra carta, poco después, con gran audacia y firmeza, llega tanto a cuestionar como a ordenar al misionero, e incluso llega a ponerse ella como modelo en cuanto al camino que éste ha de seguir (sic ¡!): “¿Su único tesoro no es Jesús? Puesto que Él está en el cielo, allí es donde debe habitar su corazón. Y le digo con sencillez, querido pequeño hermano, que me parece que le será más fácil vivir con Jesús cuando yo esté cerca de Él para siempre... Su lugar son los brazos de Jesús... Le prohíbo ir al Cielo por un camino distinto del de su pobre pequeña hermana” (LT 261). ¡Sin duda, se trata de la valentía y audacia de los santos! Y es que están tan ciertos de Dios, tan seguros de Jesús, tan firmes en su fe, en su esperanza, en su caridad, que ello los capacita para





expresarse de esa manera, incluso en el caso de una carmelita, de 24 años, que habla así a un sacerdote mayor que ella (¡!).

En fin, lo que podemos ver es que Teresa sabe ir reunificando interiormente todas sus experiencias de oración y preocupación por los sacerdotes. Se podría decir que prácticamente ha estructurado de forma sacerdotal su alma, invadida por "deseos" siempre más arrolladores e "infinitos". Como ya recordábamos antes, ella llega a escribir lo siguiente: "Siento en mí la vocación del Sacerdote. ¡Con cuánto amor, oh Jesús, te llevaría entre mis manos cuando, al oír mi voz, bajarías del Cielo!... ¡Con cuánto amor te entregaría a las almas!" (Ms B 2v), mientras sueña que es un Apóstol que recorre toda la tierra y planta por doquier la gloriosa Cruz. En resumen: está por alcanzar ese "corazón de la Iglesia", donde poder llevar a cabo la vocación omnicomprensiva de "ser el Amor", y así poder "ser todo" (Ms B 2v). "¡En el corazón de la Iglesia, yo seré el Amor!": esa es su vocación, ese es su gran deseo, tan vehementemente anhelado, ahora cumplido, al darse cuenta de que sí es posible serlo todo. Y es justamente al final de su vida cuando Teresa de Lisieux alcanza la más alta compenetración posible en esta tierra entre vocación contemplativa y vocación apostólica. Y es que nuestra santita mira sus "hermanos misioneros" con los mismos ojos de Jesús, poniéndose casi en su lugar. De hecho, ella escribe de nuevo al femenino la oración sacerdotal del Divino Maestro, dirigiéndose también ella al Padre celestial para decirle que ha cuidado, en

esta tierra, de sus "hermanos misioneros" ("aquellos que Tú me has dado") y que quiere que estén con ella en la patria celestial "para que el mundo sepa que Te he amado, como Tú me has amado" (Ms C 34vº). Y es que Teresa ve su misión de "madre espiritual" verdaderamente como venida por Jesús mismo: "Me he unido espiritualmente a los apóstoles –escribe la santa– que Jesús me ha dado como hermanos: todo lo que me pertenece, pertenece a cada uno de ellos" (Ms C 31v). No por nada ella se había autodenominado a sí misma como aquella que Dios destinaba a ser "apóstol de los apóstoles" (Ms A 50rº).

Por cuanto se viene diciendo, se puede decir que, como bien anota el padre Sicari, "ni siquiera tiene necesidad de ofrecerse intencionadamente"; en efecto, "Teresa no tiene ya necesidad de manifestar de forma explícita o detallada intenciones de oración a favor de ellos", sino que esa su "existencia contemplativa" simplemente es, sobre todo, por los sacerdotes. Es por eso que las últimas palabras que la joven santa carmelita, ya moribunda, escribe con lápiz sobre su pobre cuaderno, son las siguientes: "Jesús me ha dado un instrumento sencillo para cumplir mi misión... Me ha hecho entender esta palabra del Cantar de los Cantares: 'Atráeme, nosotros corremos al efluvo de tus perfumes'. Oh Jesús, por lo tanto, tampoco hay que decir: 'Atrayéndome, atrae las almas que amo'. Esta simple palabra: 'Atráeme' es suficiente. Señor, lo entiendo: cuando un alma se ha dejado atraer por el olor embriagador de tus perfumes, no puede correr sola, todas las almas que ama son arrastradas detrás de ella. Esto sucede libremente, sin esfuerzo, es una consecuencia natural de su atracción hacia ti. Como un torrente que al lanzarse impetuoso en el océano arrastra tras él todo lo que ha encontrado en su camino, así, ¡oh Jesús mío!, el alma que se sumerge en el océano sin límites de tu amor atrae consigo todos los tesoros que posee... Señor, tú sabes que no poseo más tesoros que las almas que has querido unir a la mía; estos tesoros, tú me los has confiado, por lo que me atrevo a hacer mías las palabras que has dirigido al Padre Celestial la última noche que te vio aún sobre nuestra tierra..." (Ms C 34rº). De esta manera –concluirá el padre Sicari–, la pequeña Teresa de Lisieux –como verdadera Doctora de la Iglesia que



es- pronuncia las palabras conclusivas sobre al arduo problema de las relaciones entre contemplación y acción en la experiencia cristiana, problema que, como bien sabemos, nos aqueja a todos, y, quizás –y quizás sin el “quizás”-, sobre todo a nosotros los sacerdotes, tan dados que somos a la acción, y, por lo general, mucho menos a la contemplación.

Hay un hecho que vale la pena traer a colación aquí. En el mes de agosto, a escaso mes y poco más de su muerte y en medio de grandes sufrimientos del cuerpo y del espíritu, Teresita, habiéndose enterado del caso, intenta “atraer” hacia sí al célebre predicador secularizado, el famoso padre Loyson (Hyacinthe, nombre de religioso; en el siglo: Jean Marie), ex Provincial de los Carmelitas en Francia, quien, arrastrado por el modernismo, abandona la Iglesia católica después de haber recibido la excomunión en 1869, y que desde entonces recorre Francia anunciando precisamente su rebelión contra la Iglesia. Ante el hecho Teresa anota con dolor: “¡Qué poco es amado el Buen Dios en la tierra!... También por sacerdotes y religiosos... No, el Buen Dios no es muy amado...” (DE 7.8.1)¹⁹. Para ese “monje renegado” –así lo denominan los periódicos, pero para Teresa es “nuestro hermano, un hijo de la Santísima Virgen”- ella, nuestra santita, ofrece la última Comunión Eucarística el 19 de agosto de 1897, desmayándose durante la celebración. Así, para ella, nada ni nadie está del todo perdido para Dios, para Su Misericordia Infinita.

Después de recibir la Hostia Sagrada por última vez, envía al padre Bellière la última imagen pintada por ella, en la que incluye las palabras: “¡No puedo temer a un Dios que por mí se ha hecho tan pequeño!... Yo lo amo... Él es amor y misericordia”; y en el reverso escribe, como testamento final, esta dedicatoria: “Último recuerdo de un alma hermana de la suya”. Esas son las últimas palabras escritas por Teresa, destinadas a consolar a un joven sacerdote



apasionado, pero quizás aún incierto sobre el amor de su Dios, y que anticipan las que ella pronunciará al final de su agonía. “Hermana nuestra”, porque antes ha sido de verdad “madre nuestra”, madre espiritual de nuestro sacerdocio. Ella, Teresa, nos ofrece dichas palabras a todos los sacerdotes, para que aprendamos a confiar únicamente en ese Dios “que es todo amor y misericordia”, y para que nos comprometamos a anunciarlo, con entrega total y con valentía evangélica, al mundo entero. Y decimos que estas palabras al padre Bellière son anticipación de su último testamento hablado, ya agonizando y a punto de morir, porque, en efecto, sus ultimísimas palabras, pronunciadas el mismo día de su muerte, mirando al crucifijo que tenía entre sus manos, serán: “¡Mi Dios... yo os amo!”.

La especial necesidad actual de los sacerdotes de la “maternidad espiritual” de santa Teresita del Niño Jesús

En fin, no cabe duda que los sacerdotes contamos en santa Teresita del Niño Jesús con una gran “madre espiritual”, y “hermana espiritual” a la vez. Y, como decíamos al inicio, ¡hoy más que nunca tenemos tanta necesidad de madres espirituales! Mas no sólo la necesitamos como madre en el espíritu, sino también de una madre –y hermana- en cuanto reparadora

¹⁹ “DE”: con estas siglas se suelen designar las “Últimas Conversaciones” de santa Teresita, ya que las siglas están por “Dernières Entretiens”, mismas que recogieron sus hermanas de sangre –aunque algunas de esas conversaciones últimas también las tuvo con algunas otras de las hermanas del Convento-, cuando Teresa se encontraba ya muy debilitada en su salud en la enfermería del Convento.



de nuestros pecados. En estos años posteriores a los escándalos de los abusos por parte de tantos sacerdotes –e, insistimos, por más que sean muchos menos de los que señalan los persistentes enemigos y difamadores de la Iglesia, no cabe duda de que bastaría uno sólo para ser no sólo un escándalo, sino un gran dolor para Cristo, para Su Sagrado Corazón, y para toda la Iglesia y cada uno de nosotros, sus miembros-, ¡qué duda cabe que la oración de intercesión de madres espirituales de sacerdotes es necesarísima y hasta indispensable! En ese sentido es bueno recordar aquella oración que esta nuestra madre espiritual compuso para sus novicias, cuando era precisamente “maestra de novicias”. Dice así: “Tus hijas quieren reparar todas las faltas de delicadeza que te hacen soportar las almas sacerdotales y religiosas” (Pr 4). Y en ora, compuesta “para obtener humildad”, la santa medita: “Ahora es la Hostia donde te veo llevar al máximo tu aniquilamiento. ¡Cuánta es tu humildad, oh Divino Rey de Gloria, al someterte a todos tus sacerdotes sin hacer ninguna distinción entre los que te aman y los que –¡ay, qué dolor!- son tibios o fríos en tu servicio! A su llamada Tú bajas del cielo. Ellos pueden anticipar o retardar la hora del Santo Sacrificio; mas Tú estás siempre preparado [a su disposición]” (Pr 20).

En una pía recreación, intitulada “Los Ángeles en la gruta de Jesús”, compuesta por Teresa para la fiesta de Navidad de 1895 –su penúltima Navidad-, escribe: “Es necesario que un día los ministros de tus altares te toquen con la misma delicadeza con que María te envolvía en pañales. Pero, ¡ay de mí!, a menudo tu amor es desconocido y tus sacerdotes no son dignos de su sublime carácter”, dice el Ángel de la Eucaristía adorando al Niño de Belén, y Éste, el Niño, responde: “¡Yo desearía que el alma del sacerdote se asemejara a un Serafín del Cielo! ¡Desearía que renacer pudiera antes de subir al Altar! Para hacer un milagro semejante es necesario que cerca del Tabernáculo haya almas en oración permanente que por mí se inmolen cada día”. De hecho, una estrofa de su famosa poesía “Vivir de amor” (“Vivre d’Amour”) está dedicada a este tema. Dice así: “Vivir de amor, ¡oh, mi

Divino Maestro!, es suficiente que tu fuego encienda el alma santa y sagrada de tu sacerdote. ¡Que sea más puro que un Serafín del cielo! (P 17)²⁰.

La necesidad de pedir que Dios nos conceda buenas y santas “madres espirituales”

Por eso, como sacerdotes, hemos de pedir a Dios que nos conceda santas “madres espirituales”, aunque no las conozcamos, pero que las haya, para que pidan mucho por nosotros, por nuestro sacerdocio y nuestra fidelidad y perseverancia final, así como para que Dios se valga de nosotros para hacerlo conocer y amar, como anhelaba santa Teresita. Y, por nuestra parte, hemos de pedir por esas madres de nuestro sacerdocio que, como decimos, aun sin conocerlas, necesitan a su vez de nuestras oraciones en orden a poder ayudarnos en nuestra vida sacerdotal y en nuestra misión apostólica. En ese sentido, Teresa le escribía al padre Roulland en estos términos: “Pida por mí a Jesús (...), que me inflame con el fuego de su Amor, para que así pueda, a continuación, ayudarlo a Usted a encenderlo en los corazones” (LT 189).

Valorar a las mujeres consagradas, especialmente a las religiosas de vida contemplativa

Por lo tanto, ¡qué importante es el que revaloremos la vocación consagrada, de manera especial la vocación a la vida contemplativa! ¡Cuánto les debemos a sus



²⁰ “P”: con esta sigla se suelen designar las “Poesías” de santa Teresita.



oraciones! ¡Cuánto les debe la Iglesia entera y las almas! ¡Cuánto les debemos nosotros sacerdotes! Sepamos, pues, valorar su vida de consagración centrada en Dios, en la oración, en la Santa Eucaristía, que es “fuente y cima de toda la vida cristiana” (*Lumen gentium*, n. 11), y sepamos valorar lo que muy en concreto hacen por nosotros, que es sobre todo orar, lo cual es lo principal y lo más precioso que alguien pueda hacer por nosotros como sacerdotes.

En ese sentido, Teresita se daba cuenta –no sin tristeza- de que, para muchos sacerdotes de su tiempo –y quizás, por desgracia, también del nuestro, y probablemente aun más hoy, dada la visión eficientista y pragmática, y hasta naturalista y horizontalista, que se ha colado en los últimos años también al interior de la Iglesia-, la vocación de las monjas de clausura resultaba extraña e incomprensible. En cambio, para ella, la unión o ‘mancuerna’ espiritual entre los sacerdotes y las religiosas de vida contemplativa era algo muy importante, es más, para ella era algo esencial. Es por eso que en una carta agosto de 1894 escribe con gran fuerza y determinación e, incluso, diríamos, con un sano y justo feminismo: “No somos unas holgazanas o pródiga. Jesús nos ha defendido en la persona de María Magdalena. Estaba sentado a la mesa, Marta servía, Lázaro comía con Él y con los discípulos. En cuanto a María, no pensaba en comer, sino en agradar a Aquel que amaba. Así, cogió un jarrón lleno de perfume de gran valor y, rompiéndolo, lo derramó sobre la cabeza de Jesús... Toda la casa fue invadida por ese perfume, ¡pero los

apóstoles murmuraron contra Magdalena!... Es lo mismo para nosotras: los cristianos más fervorosos, los sacerdotes, piensan que somos exageradas, que deberíamos servir con Marta en vez de consagrar a Jesús los jarrones de nuestras vidas, con los perfumes que ellos contienen... Y, sin embargo, ¿qué importa que nuestros jarrones se rompan si Jesús es consolado y, a pesar suyo, el mundo está obligado a sentir el perfume que exhalan y que sirve para purificar el aire envenenado que no deja respirar?” (LT 169).

Sí, es verdad, el mundo “mundano” –valga la redundancia-, no aprecia la vida consagrada contemplativa. Mas es una pena que seamos nosotros los sacerdotes, o al menos algunos entre nosotros, quienes no la valoremos. Y pensar con qué fe y con qué amor tantas religiosas de verdad ofrecen su vida, sus horas de adoración a Jesucristo Eucaristía, tantos sacrificios por nosotros. Tantas almas consagradas al Señor que, al igual que Teresa, se ofrecen por nosotros, y buscan, como ella, ofrecer al Señor sacerdotes santos gracias a su oración de intercesión; aunque, en realidad, toda su vida sea una intercesión. Nuestra santita escribía en una poesía lo siguiente: “Cuando combato, o mi amada Madre, en la lucha mi corazón tú refuerzas, pues sabes que, en la tarde de la vida, quiero ofrecer Sacerdotes al Señor” (P 49). Y cómo no pensar que ese “en la tarde de la vida” le viene a Teresa como eco de aquel verso de su padre cofundador, san Juan de la Cruz: “A la tarde de la vida, te examinarán en el amor”.

Teresa de Lisieux nos ayuda a valorar más nuestra excelsa y sublime vocación sacerdotal

Pero volvamos a esos deseos inmensos de Teresa –“madre espiritual” nuestra desde el cielo, santa doctora de la Iglesia- de ser sacerdote, pues nos han de ayudar a valorar más lo que somos, lo que hemos de ser cada vez más: santos sacerdotes ministros de Cristo, “otros Cristos” (“*alter Christus*”), “el mismo Cristo” (“*Ipse Christus*”), como nos recordaba el Cardenal Robert Sarah. Valoremos en justa medida nuestra vocación y ser sacerdotales atendiendo a algunas de las confidencias de santa Teresita en este sentido: “¡Qué orgullosa me sentía cuando era hebdomadaria





en el Oficio, con qué voz [fuerte] recitaba las oraciones en medio del Coro! Pensaba que el sacerdote en la Misa decía las mismas oraciones y que, por lo tanto, tenía, como él, derecho a rezar en voz alta delante del Santo Sacramento, a dar las bendiciones, las absoluciones y a leer el Evangelio cuando era yo la primera cantora. Puedo decir que el Oficio ha sido, al mismo tiempo, mi felicidad y mi martirio, pues mi deseo de recitarlo bien y sin errores era muy grande. A veces me he visto a mí misma, tras haber pensado un minuto antes lo que tenía que decir, dejarlo pasar sin abrir la boca por una distracción involuntaria. Y, sin embargo, no creo que nadie pueda desear más que yo el recitar perfectamente el Oficio y asistir al Coro" (DE 6.8.1.). Sin duda, esto nos debería llevar a preguntarnos de qué manera *rezamos*, *oramos* –y no sólo *leemos*- el Oficio Divino, es decir la Liturgia de las Horas, o como lo solemos llamar: "Breviario"; que no por ser "breve" quizás en extensión de páginas y de tiempo debiera serlo también en intención y en sana tensión espiritual. Es más, hemos de preguntarnos antes si acaso lo rezamos, si lo rezamos completo, si cumplimos con esa sagrada obligación, pues, como bien sabemos, la Liturgia de las Horas es la oración de toda la Iglesia, y nosotros la hemos de rezar en nombre de Ella²¹. Y también hemos de tener presente que, como diría alguien, "es la oración que rezamos por los que no rezan".

Vivir la misión de predicadores del Evangelio con la ilusión que tenía Teresita de hacerlo

Por otro lado, y como hemos comentado ya antes, otra de las ilusiones de santa Teresita era la de ser misionera para predicar el Evangelio de Cristo por el mundo entero, hasta los últimos rincones de la Tierra. Pero este anhelo suyo tenía su culmen en la persona de la Virgen María: era el poder predicar sobre ella lo que más le hacía ilusión en su deseo de ser predicador y evangelizador por el mundo entero. Lo expresa ella –dentro de sus "últimas conversaciones"-: "¡Cuánto habría deseado ser sacerdote para predicar sobre la Santísima Virgen! Me habría bastado una sola vez para decir todo lo que pienso a este respecto..." (DE 21.8.3). ¿Tenemos la misma ilusión que esta "madre espiritual" santa nuestra en lo que respecta a nuestra misión de predicadores del Evangelio? Ella, sin duda, la había alimentado al meditar en san Pablo, su santo preferido después de María. Al igual que en el corazón del Apóstol, en el corazón de Teresita ardía el deseo de predicar el Evangelio, y con él sentía el mismo aguijón: "¡Ay de mí si no anunciara el Evangelio!" (1 Cor 9, 16). Y aquí también es bueno preguntarnos con qué ilusión predicamos y preparamos la predicación. En esto hemos de recordar la manera en que nuestro santo patrono, el santo Cura de Ars, preparaba sus sermones: cómo meditaba con mucho tiempo de antelación las lecturas bíblicas, cómo buscaba resaltarlas con ejemplos de todo tipo, y cómo se esforzaba también por iluminarlas con el ejemplo de los santos.

Sin olvidar que somos sólo instrumentos de Dios y de la Gracia, que es Dios quien obra

Por último, nuestra santita madre espiritual, como buena doctora de la Iglesia que es, nos ayuda también a recordar que, al final de cuentas, todos nuestros esfuerzos son nada sin la Gracia de Dios y que nada de bueno de nuestra parte es posible sin Su Misericordia Infinita; lo cual nos ayuda a escapar de todo tipo de voluntarismo, al mismo tiempo que

²¹ Cfr. Cardenal Robert Sarah, "Al servicio de la verdad", o. cit., pp. 32, 81-83, 125.



nos impulsa a hacer todo lo que está de nuestra parte, primero, para ser santos, con la ayuda de la Gracia Divina, y, luego, para ser buenos instrumentos de santificación del prójimo, al mismo tiempo que instrumentos de Dios para la salvación de las almas, comenzando por las encomendadas por El Señor a nuestra vida y ministerio, así como las que Él pone más cerca de nuestro radio de acción pastoral en el camino de la vida. Escribe Teresita en una carta a su hermana Celina del 8 de julio de 1891: “No dejemos de rezar, pues la confianza cumple milagros, y como Jesús dijo a la Beata Margarita María²²: un alma justa tiene tanto poder en su corazón que preferimos morir antes que ofenderlo. Por otro lado, no son nuestros méritos, sino los de nuestro Esposo, que son los nuestros, los que ofrecemos al Padre nuestro que está en los Cielos para que nuestro hermano, un hijo de la Santísima Virgen, vuelva, vencido, a arrojarse bajo el manto de la más misericordiosa de las Madres” (LT 129). Y ese “nuestro hermano”, para Teresa, *sobre todo* es el sacerdote, como hemos podido apreciar por cuanto dice santa Teresita al respecto. Así es, sobre todo nosotros los sacerdotes somos sus hermanos, y ella es una hermana especial para todos nosotros. Una hermana intercesora de excepción.

Finalmente, nos gustaría concluir este trabajo con la última parte de la audiencia que el Papa Benedicto XVI dedicara a nuestra santita el día dieciséis de abril del 2011, ya que recoge la centralidad que tenía para ella la Palabra de Dios, la Biblia, y especial el Evangelio. De igual manera, la Palabra Divina –que no es sino el Verbo de Dios plasmado en las Sagradas Escrituras- debiera ser nuestro *centro*, puesto que de él debe partir todo y en él debe confluir todo en nuestra vida, pues no somos sino “cooperadores de la Verdad”²³, y, por tanto, servidores y cooperadores del Evangelio, y porque si hay una vida que ha de ser –¡debiera serlo!- evangélica, es precisamente la vida del sacerdote, ese “otro Cristo”, ese otro “el mismo Cristo”, el cual, para serlo, ha de saciar su sed



de Verdad precisamente en la mismísima Palabra de Dios. Ahora dejemos la palabra a Benedicto XVI:

Benedicto XVI: la centralidad de la Biblia, y sobre todo del Evangelio, para Teresita

“Teresa muere la noche del 30 de septiembre de 1897, pronunciando las sencillas palabras: ‘¡Dios mío, os amo!’ mirando el crucifijo que apretaba entre sus manos. Estas últimas palabras de la santa son la clave de toda su doctrina, de su interpretación del Evangelio. El acto de amor, expresado en su último aliento, era como la respiración continua de su alma, como el latido de su corazón. Las sencillas palabras ‘*Jesús, te amo*’ están en el centro de todos sus escritos. El acto de amor a Jesús la sumerge en la Santísima Trinidad. Ella escribe: ‘Lo sabes, Jesús mío. Yo te amo. Me abrasa con su fuego tu Espíritu de Amor. Amándote yo a ti, atraigo al Padre’ (P 17/2)”.

“Queridos amigos, también nosotros, con santa Teresa del Niño Jesús, deberíamos poder repetir cada día al Señor que queremos vivir de amor a él y a los demás, aprender en la escuela de los santos a amar de una forma auténtica y total. Teresa es uno de los ‘pequeños’ del Evangelio que se dejan llevar por Dios a las profundidades de su Misterio”. Y luego dirá algo

²² Santa Margarita Maria Alacoque (1647-1690), religiosa de la Orden de la Visitación, a la que se le apareció el Sagrado Corazón de Jesús en el Convento de la Orden en Paray-Le-Monial, Francia. Fue declarada beata en 1864 por Pío IX, y santa hasta 1920 por Benedicto XV, razón por la cual aquí Teresa se refiere a ella precisamente como “beata”.

²³ Cfr. Joseph Ratzinger, “Cooperadores de la verdad”, Rialp, Madrid 2021.



que incumbe a los teólogos, recordándoles que no por serlo, sino precisamente por ello, por ser teólogos, no les es lícito precisamente no respetar, ni rodear, ni mucho menos hacer objeto de reduccionismos ese misterio de Dios tal y como se revela Él mismo por medio de Su Palabra. En efecto, dirá de Teresa que ella es “una guía para todos, sobre todo para quienes, en el pueblo de Dios, desempeñan el ministerio de teólogos. Con la humildad y la caridad, la fe y la esperanza, Teresa entra continuamente en el corazón de la Sagrada Escritura que contiene el Misterio de Cristo”.

Luego, recordando el término con el que Juan Pablo llamaría a la doctrina teológica y espiritual de la santa de Lisieux: “la ciencia del amor divino” en la carta apostólica “con la que se declaraba “doctora de la Iglesia universal a santa Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz”, cuyo título era precisamente “*Divini Amoris scientiae*”, del diecinueve de octubre de 1997, Benedicto continuaba diciendo: “Y esta lectura de la Biblia, alimentada con la *ciencia del amor*, no se opone a la ciencia académica. De hecho, la ciencia de los santos, de la que habla ella misma en la última página de la *Historia de un alma*, es la ciencia más alta: ‘Así lo entendieron todos los santos, y más especialmente los que han llenado el universo con la luz de la doctrina evangélica. ¿No fue en la oración donde san Pablo, san Agustín, san Juan de la Cruz, santo Tomás de Aquino, san Francisco, santo Domingo y tantos otros amigos ilustres de Dios bebieron aquella *ciencia divina* que cautivaba a los más grandes genios?’ (MS C, 36r)”.

Acto seguido, el Papa Ratzinger –y no podía ser de otra manera- relacionaba el Evangelio con Aquel que es “la cima y centro de toda la vida cristiana” (*Lumen gentium* n. 11), la Eucaristía, y no podía ser de otra manera, ya que Ésta –afirmará el Santo Padre- es el “sacramento” mismo de ese “Amor divino”. Decía así el Papa: “La Eucaristía, inseparable del Evangelio, es para Teresa el sacramento del Amor divino que se rebaja hasta el extremo para elevarnos hasta él”. Y añadía que Teresita, “en su última *Carta*, sobre una imagen que representa a Jesús Niño en la Hostia consagrada, la santa escribe estas sencillas palabras:



‘Yo no puedo tener miedo a un Dios que se ha hecho tan pequeño por mí (...) ¡Yo lo amo! Pues él es sólo amor y misericordia’ (*Carta 266*)”.

Después, el Santo Padre volvía al Evangelio. Decía así: “En el Evangelio Teresa descubre sobre todo la misericordia de Jesús, hasta el punto de afirmar: ‘A mí me ha dado su misericordia infinita, y a través de ella contemplo y adoro las demás perfecciones divinas (...). Entonces todas se me presentan radiantes de amor; incluso la justicia (y quizás más aún que todas las demás), me parece revestida de amor’ (MS A, 84r). Así se expresa también en las últimas líneas de la *Historia de un alma*: ‘Sólo tengo que poner los ojos en el santo Evangelio para respirar los perfumes de la vida de Jesús y saber hacia dónde correr... No me abalanzo al primer puesto, sino al último... Sí, estoy segura de que, aunque tuviera sobre la conciencia todos los pecados que pueden cometerse, iría, con el corazón roto de arrepentimiento, a echarme en brazos de Jesús, pues sé cómo ama al hijo pródigo que vuelve a él’ (MS C, 36v-37r)”. Nos parece que esto último que dice santa Teresita vale, sobre todo, para el sacerdote, ya que éste, por su mismo ser y quehacer, es –¡ha de serlo!- el más consciente de su propia miseria y pecados. Así es, porque es quien perdona, *in persona Christi*, los pecados a los hombres, como es quien, también *in persona Christi*, hace presente al Señor mismo en la Eucaristía a través de las palabras consagratorias sobre las especies eucarísticas. He allí el porqué de la insistencia del Cardenal Sarah –que fuera precisamente prefecto de la Congregación para



el Culto Divino y la disciplina de los sacramentos²⁴- en recordarnos que somos no sólo "*Alter Christus*" sino "*Ipse Christus*".

Al final, cerraba este gran Papa su comentario con estas palabras: "Confianza y amor" son, por tanto, el punto final del relato de su vida, dos palabras que, como faros, iluminaron todo su camino de santidad para poder guiar a los demás por su mismo 'caminito de confianza y de amor', de la infancia espiritual (cf. MS C, 2v-3r; Carta 226). Confianza como la del niño que se abandona en las manos de Dios, inseparable del compromiso fuerte, radical, del verdadero amor, que es don total de sí mismo, para siempre, como dice la santa contemplando a María: 'Amar es darlo todo, darse incluso a sí mismo' (Poesía *Por qué te amo, María*: P 54/22). Así Teresa nos indica a todos que la vida cristiana consiste en vivir plenamente la gracia del Bautismo en el don total de sí al amor del Padre, para vivir como Cristo, en el fuego del Espíritu Santo, su mismo amor por todos los demás".

²⁴ El Papa Francisco la convierte en "Dicasterio", al igual que a otras "Congregaciones", con la Constitución Apostólica sobre la Curia Romana y su servicio a la Iglesia en el mundo "*Predicate Evangelium*" en el 2022.



Vº Centenario de la Evangelización de México



Luis Alfonso Orozco, LC,
Doctor en Teología
Licenciado en Filosofía

Hace cinco siglos la luz del Evangelio de Cristo llegó a tierras de América, y en concreto a México, llamado entonces “Nueva España”, de mano de los religiosos misioneros que se embarcaron en el viejo continente en un viaje de no retorno para civilizar a los naturales de las tierras americanas. Franciscanos, Agustinos, Dominicos, Mercedarios, y posteriormente los Jesuitas, fueron las principales Órdenes misioneras que se dieron a la magna obra de la evangelización y civilización de nuestros países hispanoamericanos.

¿Qué movía a aquellos religiosos, sacerdotes y hermanos legos a dejar su patria y, tal vez, en algunos casos, un futuro más prometedor como profesores universitarios, para venir al lejano nuevo mundo, tierras ignotas con grupos humanos desconocidos, para servirlos? Solamente un gran amor a Dios y al prójimo, cuyas almas inmortales valían más que todo el oro o plata que pudiera salir de las entrañas de las minas fabulosas recién descubiertas.

La talla moral, espiritual y humana de aquellos evangelizadores era de gigantes, auténticos apóstoles hechos de una reciedumbre de voluntad, que los llevó en muchos casos al martirio o a las más duras privaciones materiales con tal de estar cerca de sus amados indios y trabajar pacientemente para elevar su dignidad humana de hijos de Dios. Es la labor grandiosa y sobrehumana de la Iglesia de Cristo en tierras de América.

2021: Quinto Centenario del nacimiento de México

El pasado 2021 la historia de México se dio cita con importantes aniversarios. En primer lugar, se cumplieron 500 años del parto doloroso que dio inicio al nacimiento de la nueva nación, fruto de la unión de la sangre española con la indígena. La conquista de la capital azteca por Hernán Cortés, en 1521, dio inicio al país que hoy cuenta con más de ciento veinte millones de habitantes y que es el más poblado de lengua española; es también el segundo en número de católicos en el mundo.

El 2021 se cumplieron asimismo 490 años de las apariciones de Santa María de Guadalupe en el Tepeyac; por tanto, se abrió un decenario para preparar los cinco siglos del bautismo de México. Desde su origen México -la “Nueva España”-, en los tres siglos de dominación peninsular, nació como una nación cristiana, de cultura y civilización católica.

En 2021 también se conmemoraron 200 años de la consumación de la Independencia nacional, por obra del héroe Agustín de Iturbide. Fue en 1821 cuando la “Nueva España” adquirió su mayoría de edad y logró su independencia de la madre patria española; entonces comenzó su andadura histórica como el México independiente que hoy somos. En 1810 había comenzado la lucha por su independencia, pero sólo hasta 1821 se consumó. Esto quiere decir que de 1521 a 1821, durante esos tres siglos, México ya existía, pero como un menor de edad bajo la dependencia política de España. Por eso se llamó la “Nueva España”; y a esos tres siglos se los conoce como la



época colonial. Allí se forjó nuestra identidad cultural y nacional, bajo un idioma común: el español, bajo una religión: la católica, y con una cultura occidental. Llama la atención la insistencia con que hoy se habla en ciertos ambientes de México sólo como “el país azteca”, “la selección azteca”, etc. Se trata de un ridículo reduccionismo, fruto de ideologías, lo cual esconde además el pobre propósito de anular toda la obra cultural y civilizadora de España y de la Iglesia católica. Con el respeto debido que los aztecas y toda cultura indígena merece, hay que decir sencillamente que los aztecas, o los mayas o los tarascos, son mexicanos; pero no todos los mexicanos son únicamente aztecas o mayas o tarascos. Sentido común.

Cinco siglos de la evangelización de México

Desde los inicios de la conquista acompañaron a Cortés y a los primeros españoles algunos misioneros y sacerdotes, quienes comenzaron la magna empresa de implantar el Evangelio en el nuevo mundo descubierto. Civilizadores y evangelizadores de México, con pleno derecho, fueron los miles de misioneros que llegaron de Europa para trasplantar la fe de Cristo, y en especial los de la primera hora, a partir de 1523.

Al consolidarse la conquista, se vio la necesidad de continuar con la evangelización de los indígenas, trayendo sacerdotes y misioneros europeos que pusieran los cimientos de la nueva iglesia, con la formación de diócesis y parroquias. Pocos años después se envía de España al primer grupo de misioneros franciscanos, que fueron conocidos como los Doce apóstoles de México. Por el hecho de ser 12 y el primer grupo constituido.

Doce primeros forjadores de México

El 2023 la historia se dio una nueva cita importante para el gran país hispanoamericano: la llegada en 1523 de **Fray Pedro de Gante**, con otros dos compañeros franciscanos flamencos, quienes precedieron por algunos meses al grupo de los 12 franciscanos misioneros en México. En efecto, fueron doce los primeros misioneros franciscanos llegados a México en 1524, tres años después de la conquista española del imperio azteca. Con su llegada dio inicio la evangelización sistemática de los enormes territorios del nuevo país que nació de aquel choque violento entre dos mundos tan diversos. Doce, como los primeros apóstoles que eligió personalmente Jesús para constituir su Iglesia y enviarlos a evangelizar el mundo entero.

Después, al fluir los años, fueron miles los misioneros que llegaron de Europa y ofrecieron sus vidas por la conversión y civilización de los millones de nativos del nuevo mundo, a lo largo de varios siglos. La historia oficial mexicana los ignora y oculta de muchos de ellos sus nombres y obras en beneficio de la población nativa y de la construcción de México. Aquí en este breve ensayo sería imposible nombrarlos, por lo que el 5° centenario de la evangelización es apenas una ventana para mencionar su enorme legado que la historia no puede cancelar¹.

En representación de muchos héroes y santos que dieron sus vidas con generosidad para forjar la

¹ Para un conocimiento amplio y documentado, remito a dos obras: Iraburu J. María, *Hechos de los apóstoles de América*, Gratis Date, Pamplona 2003; y mi reciente libro: Luis Alfonso Orozco, LC, *12 Forjadores de México*, Chihuahua 2022.



patria mexicana, y caso similar de los demás países del continente Hispanoamericano, es conveniente recordar a Fray Pedro de Gante, religioso franciscano, llegado en 1523 y muerto casi 50 años después, quien dedicó su vida, talentos e ingenio a la civilización de los indígenas. Con toda razón se le considera como el primer educador de América.

Primer gran educador de América

Un año más antiguo que los Doce, fue en México **Fray Pedro de Gante**, el único sobreviviente de los tres franciscanos flamencos que llegaron en 1523. Fray Pedro de Moor, nacido en Gante, la capital de Flandes, en Bélgica, se quedó en Texcoco para aprender la lengua mexicana. Era entonces Texcoco el principal centro cultural de México, la Atenas del nuevo mundo, con sus archivos y sabios varones. Y allí mismo, en la casa del señor que le alojaba, comenzó fray Pedro una admirable labor escolar, prolongada luego en la ciudad de México, que había de durar cincuenta años. Este santo misionero falleció en 1572.

En la escuela abierta por fray Pedro de Gante no sólo se enseñaban artes útiles, sino también bellas artes, por lo que podríamos decir que allí se inició el florecimiento del arte religioso mexicano, en todas sus expresiones: escultura, pintura, orfebrería y arquitectura. Comenta el historiador Alfonso Trueba:

“Ahora bien, ‘educar’ significa, etimológicamente llevar fuera, esto es, sacar lo que está oculto, revelar lo interior, y, en sentido más amplio, desarrollar o perfeccionar las facultades intelectuales y morales de una persona. Fray Pedro de Gante fue, por esto, un gran educador. Desarrolló en su escuela las facultades artísticas del indio mexicano, cultivó su amor a la belleza y reveló el prodigio de su alma creadora. La objetivación de este trabajo educativo se halla en cualquier sitio de México: en los retablos de las iglesias, en los paramentos ricamente bordados, en un vaso de plata, en una cruz a la vera de cualquier



camino, en la imagen torturada de Cristo que podemos observar en la penumbra de la humilde iglesia de un pueblo”².

En síntesis apretada, esta es la vida y misión de Fray Pedro de Gante:

- Primer misionero franciscano en llegar a México, en 1523. Su vida, su talento y santidad lo gastará en evangelizar a los indios, por casi 50 años.
- Comenzando en Texcoco, enseñó a los naturales a leer, escribir, cantar y tocar instrumentos musicales, además de la doctrina cristiana.
- Pero no sólo: también hizo enseñar a otros en oficios como la carpintería, la sastrería, la zapatería, en la herrería, y otros; con lo cual comenzaron los indios a ejercitarse y desplegar sus habilidades.
- Junto con los misioneros franciscanos estableció un modelo misional que dio grandes frutos para la civilización del nuevo país que nacía: se trató de unir a la iglesia una escuela-misión en la que se enseñaban las letras a la par que [en lugar de “con”] la doctrina, y también artes y oficios manuales.
- Gracias a su sabia pedagogía despertó y cultivó las más nobles cualidades de los indios, como su amor a la música y a las manualidades.
- Aprendió la lengua náhuatl y compuso una

²Cf. Trueba Alfonso, *Fray Pedro de Gante*, Jus, México 1959, p. 39.



Doctrina cristiana en lengua mexicana, impresa en Amberes, Bélgica, en 1525. La primera de América en su género.

- Parece que a él se debe también la introducción en México de los villancicos navideños.
- Defensor de los indios. En 1552 escribió una carta al emperador Carlos I, recordándole el motivo de la conquista: “estos indios no fueron descubiertos sino para buscarles la salvación...”.
- 50 años al servicio amoroso de los indios. Fue muy querido, respetado; en él veían a un padre, maestro, modelo de vida y protector. Su testimonio de vida, y también de los otros misioneros, ayudó decisivamente en la conversión de miles de mexicanos a la fe de Cristo.
- Fray Pedro no se ordenó sacerdote, fue sólo un religioso lego. Por humildad no se sentía digno de tan alto cargo.
- Fue tan grande su benéfico trabajo evangelizador, que el obispo Alonso de Montúfar, segundo arzobispo de México, solía decir: “yo no soy arzobispo de México, sino fray Pedro de Gante, lego de San Francisco”.
- Murió el primer domingo de Pascua de 1572, con casi 90 años de edad.
- Con toda justicia, se le puede llamar el primer gran educador³ de México y América.

Los Doce Apóstoles de México⁴

Una vez embarcados para la misión evangelizadora, partieron del puerto andaluz de Sanlúcar de Barrameda el 25 de enero de 1524; el 4 de febrero arribaron a la Gomera, una de las islas Canarias; después, el 5 de marzo a Puerto Rico; el 13 de ése mismo mes a la isla de la Española o Santo Domingo; el 30 de abril a la Villa de la Trinidad.

Finalmente llegan al puerto de San Juan de Ulúa, en Veracruz, el 13 de mayo de 1524.

Aquel 13 de mayo de 1524 arribó el grupo de misioneros franciscanos conocidos después como *los doce apóstoles de México*, enviados por el Papa Adriano VI y por el Rey Carlos I de España. Estos serían el primer grupo de religiosos, encargados de convertir a los indios de la “Nueva España” al catolicismo. Al frente de esta misión estuvo fray Martín de Valencia, superior de la provincia franciscana española de San Gabriel, y quien, por encargo del Ministro General de la orden franciscana, Francisco Quiñones, eligió con extraordinario cuidado los doce apóstoles para la expedición.

Nombres de los doce franciscanos: Martín de Valencia, Francisco de Soto, Martín de Jesús (o de la Coruña), Juan Suárez, Antonio de Ciudad Rodrigo, Toribio de Benavente (Motolinía), García de Cisneros, Luis de Fuensalida, Juan de Ribas, Francisco Jiménez, y los frailes legos Andrés de Córdoba y Juan de Palos.

Al llegar a la ciudad de México, Hernán Cortés se entera de la llegada de estos misioneros e inmediatamente sale a recibirlos junto con muchos indios y caciques principales, entre ellos Cuauhtémoc (último emperador azteca). La



³ *Educ*ar significa, etimológicamente, llevar fuera, sacar lo que está oculto, revelar lo interior, y en sentido más amplio desarrollar o perfeccionar las facultades intelectuales y morales de una persona. Fray Pedro de Gante fue, por esto, un gran educador. Desarrolló en su escuela las facultades artísticas del indio mexicano, cultivó su amor a la belleza y reveló el prodigio de su alma creadora. (A. Trueba, Fray Pedro de Gante, p. 39).

⁴ Cf. Iraburu José María, *Hechos de los apóstoles de América*, Gratis Date, Pamplona, pp. 100-112



vestimenta de estos frailes fue de impacto para los indígenas, al ver que ellos venían vestidos de manera distinta ya que estaban acostumbrados a ver a los soldados de la conquista bien vestidos y perfumados. Cortés hace una reverencia hacia estos franciscanos besándoles el pobre atuendo con la finalidad de que los indígenas hicieran lo mismo; pero sobre todo lo hizo para que tuvieran respeto y obediencia hacia ellos, como sacerdotes de la Iglesia católica. Dicho recibimiento marcó el inicio de la evangelización de aquellos doce apóstoles de la “Nueva España”.

Desde su llegada estos frailes franciscanos se ganaron el afecto y la confianza de los indígenas por su humilde forma de vivir. Andaban descalzos y con los hábitos desgastados, dormían sobre esteras y se mantenían escasos de comida. Los indígenas valoraron su laboriosidad y el esfuerzo que hacían para enseñarles, y apreciaron el trato afectuoso que les brindaban y el interés por defenderlos de aquellos españoles que los maltrataban.

Los indios, que habían sido prevenidos para recibir a tan preclaros personajes y que estaban acostumbrados a la militar arrogancia de los españoles, no salían de su asombro al ver a aquel grupo de miserables, tan afables y humildes. Y, al comentarlo, repetían la palabra *Motolinía*, hasta que el padre Toribio de Benavente preguntó por su significado. Le dijeron que

quiere decir pobre o pobrecito. Y desde entonces fray Toribio tomó para siempre el nombre de Motolinía⁵.

Para organizar su labor misional los franciscanos dividieron la extensa región en cuatro provincias: México, Texcoco, Tlaxcala y Huejotzingo. Estas fueron la base de la primera organización franciscana en tierras mexicanas. Diligentemente se aprestaron a aprender las lenguas locales, a edificar iglesias, monasterios y escuelas para los indios. Aprender las lenguas de los nativos fue de suma importancia para una efectiva comunicación del evangelio, y resultó ser una aportación determinante para la posterior conservación de las lenguas indígenas.

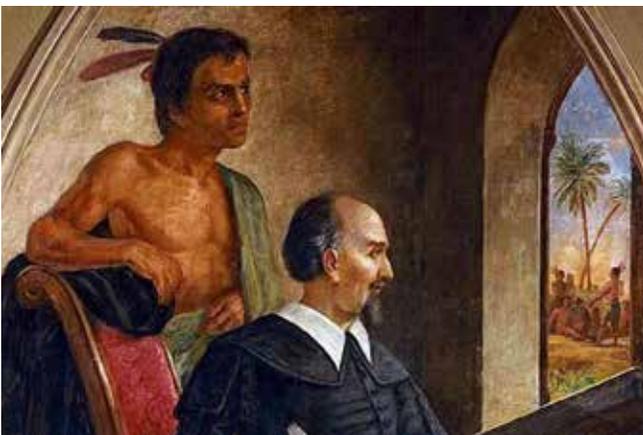
Edificar la Iglesia, cimentar la civilización

La construcción de iglesias, capillas y templos fue una actividad prioritaria, pero con una clara conciencia de que allí estaban asentando Iglesia para los siglos venideros. El número de centros educativos se fueron incrementando rápidamente, de modo que, en buena parte, la evangelización de México se hizo en las escuelas, a través de la educación de los indios.

La labor de estos primeros misioneros fue admirablemente efectiva, pues en muy corto tiempo lograron propagar masivamente la doctrina católica entre la población indígena. Se estima que en los primeros 15 años de su labor pastoral lograron bautizar a más de nueve millones de indígenas. La conversión a la fe en un solo Dios verdadero permitió apartarlos de la adoración a sus antiguos dioses, sacarlos de la bárbara costumbre de los sacrificios humanos, abandonar la poligamia, dar libertad a los esclavos y concluir las sangrientas contiendas entre ellos.

1531: El milagro del Tepeyac

La ingente obra de la evangelización de millones de indígenas de las más diversas etnias en aquel enorme territorio de 4 millones de kilómetros cuadrados,



⁵Cf. Iraburu José María, Hechos de los apóstoles de América, Gratis Date, Pamplona, p. 102.



con apenas un puñado de misioneros, no hubiera sido posible a las limitadas fuerzas humanas sin la intervención decisiva del cielo. Dios tenía en sus santos designios preparado un lugar privilegiado a su Iglesia en México, gracias a las apariciones milagrosas de su Santísima Madre en la colina del Tepeyac durante el mes de diciembre de 1531.

Las apariciones de la Virgen María, a diez años escasos de consumada la conquista, no fueron sólo las primeras en el nuevo mundo, sino que son hoy reconocidas universalmente como el hecho decisivo que permitió la progresiva evangelización de México y de otros países del continente. Con el milagro del Tepeyac, al dejar la Virgen María su rostro mestizo y su imagen en la milagrosa tilma de San Juan Diego, mostró el cielo su predilección por la nueva nación, que llegaría a ser con los siglos la más católica en el orbe de lengua española.

Misioneros santos, padres civilizadores de América

En un libro que publiqué recientemente con el título significativo de "12 Forjadores de México", hablo de doce padres espirituales de México; escogí doce en representación de los miles de misioneros, como un merecido homenaje a todos aquellos que nos dieron cultura, lenguaje y civilización cristiana. De los misioneros, un egregio escritor ha dicho con razón:

Ellos, los civilizadores, labraron la estatua de la patria al fundir en el crisol de su inmenso amor los varios metales de los pueblos: lenguas, costumbres, religiones. A su paso florecían ciudades, terminaban las guerras, cesaban la antropofagia, la hechicería, la embriaguez; enhestaban la cruz en los picachos de la sierra y descendía sobre los pueblos errabundos y míseros la paz, la abundancia, la luz... De los gigantescos civilizadores se ignora hasta sus nombres... y como se les ignora y es justo que se les conozca, nos hemos propuesto popularizar la historia de sus estupendos hechos⁶.

Y de nuevo el historiador Alfonso Trueba ratifica que:

México fue elaborado en un taller de misioneros. Nuestra nación se debe no a los mercaderes, sino a los apóstoles. Esto, por desgracia, se olvida o se ignora. Preguntemos a un niño mexicano quién y cómo conquistó la Baja California, o quiénes y con qué métodos fundaron la civilización en Sonora, Sinaloa, Durango, Chihuahua o Tejas. No lo sabrá, porque en las escuelas le enseñan que la conquista fue rapiña y crueldad y nunca le han dicho que hombres inermes, sin derramar más sangre que la suya propia, extendieron las fronteras de México y redujeron a unidad de lengua, religión y costumbres cientos de tribus bárbaras. Es en libros extranjeros donde leemos: "En los anales del género humano no se encuentra otra conquista semejante a la española... nuestros antecesores de Virginia y Nueva Inglaterra, que se abrieron camino a través del Gran Oeste, y los exploradores francocanadienses fueron, ciertamente, hombres duros y resistentes, pero sus hazañas no pueden compararse con las de los conquistadores y religiosos españoles... Los resultados de sus conquistas fueron sorprendentes y maravillosos, así en lo material como en lo espiritual"⁷.

⁶Alfonso Trueba, Cabalgata heroica. *Misioneros jesuitas en el Noroeste*, Jus, México 1961, p. 3-4



12 Forjadores de México – Luis Alfonso Orozco, LC
 Ensanchadores de México – Alfonso Trueba
 La conquista espiritual de México – Robert Ricard
 México Tierra de volcanes – Joseph Schlarman

Cinco siglos de la llegada del Evangelio a México, que se llamó “Nueva España” durante sus tres primeros siglos de existencia, representa un acontecimiento y aniversario de la máxima importancia para la historia y conciencia nacional. La Iglesia en México y los fieles católicos deberían conocer estos hechos que marcaron el origen e inicio de México. Además, se encuadra este aniversario dentro de la preparación al magno evento histórico de la aparición de la Santísima Virgen de Guadalupe.

FUENTES BIBLIOGRÁFICAS:

Para profundizar en la historia de la evangelización de México, recomiendo los títulos siguientes:

Historia General de los Indios de la Nueva España - Toribio de Benavente, Motolinía

Historia Eclesiástica Indiana - Fray Jerónimo de Mendieta

Historia de la Verdadera Conquista de la Nueva España - Bernal Díaz del Castillo

Historia antigua de México – Francisco J. Clavijero, SJ

Historia de la Iglesia en México (5 tomos) – Mariano Cuevas, SJ, ed. Porrúa

Hechos de los apóstoles de América – José María Iraburu

⁷ Alfonso Trueba, *Ensanchadores de México*, Jus, México 1954



† José Rafael Palma
Capetillo
Obispo Auxiliar de
Xalapa

La verdadera DEVOCIÓN a la VIRGEN MARÍA¹

Introducción

“Nunca tengas miedo de amar demasiado a la Virgen María. Jamás podrás amarla más que Cristo” (san Maximiliano María KOLBE, mártir).

La doctrina y el culto mariano no son fruto de un sentimentalismo superficial y pasajero, ya que el misterio de la Virgen María contiene verdades reveladas que se imponen a la inteligencia de los creyentes; desde luego, los que pertenecemos a la Iglesia católica tenemos la misión de conocer más a fondo, enseñar y promover tal devoción a nuestra madre del cielo.

Toda devoción² auténtica a la María Virgen y Madre nos conduce necesariamente al amor y compromiso con Cristo y con la Iglesia³. La devoción que se tiene a la Madre de Dios se expresa principalmente en las oraciones dirigidas a ella como intercesora; en las peregrinaciones con su imagen hacia sus santuarios, y también en algunos signos, como las medallas, los escapularios, los colores (por ejemplo, azul y blanco) que se usan en su honor, etcétera.

1) La auténtica devoción a la Virgen María

Comúnmente la devoción a los santos se llama *dulía*, que es el culto debido a ellos, porque nos han dejado un ejemplo de virtudes heroicas y porque siempre nos conducen a Dios.

Por otra parte, la invocación auténtica a la Virgen Santísima se llama *hiperdulía*, que significa un culto especial, una “súper-devoción” que se le debe exclusivamente a ella.

La misión de María en la historia de la salvación está estrechamente unida al misterio de Cristo y de la Iglesia, lo cual da un justo lugar a la doctrina mariana y a su devoción popular, descubriendo su vasta e inagotable riqueza espiritual. *“En la santa Iglesia, María ocupa el lugar más alto después de Cristo y el más cercano a nosotros”*⁴. Es la madre del redentor y camina con nosotros. Ella es la reina del cielo y de la tierra, servidora y modelo de toda la Iglesia.



¹ Universidad of DAYTON (internet). Basado en la catequesis del Papa san JUAN PABLO II del 3 de enero de 1996, elaborado por *María Angélica Sánchez de Llopart*, info@udayton.edu

² El término latino *devotio-ōnis*, significa amor, veneración o fervor (cf Diccionario de la lengua española)

³ PABLO VI, *Exhortación apostólica Marialis cultus*, 2 febrero 1974.

⁴ CONCILIO VATICANO II, *Lumen gentium* 54.



2) La adoración a Dios y el culto a la Virgen María y a los santos

La adoración se debe exclusivamente a Dios⁵. En cambio, nuestro amor y veneración a otras personas, especialmente a la Virgen María y a los santos, en su sentido propio son otro tipo de culto menor, que no puede igualarse a la adoración.

Nosotros tenemos imágenes (esculturas de madera, de piedra, de metal, etcétera) y cuadros de la Santísima Virgen y de los santos, porque ellos son un modelo maravilloso de quienes amaron a Cristo y nos conducen a él. Podemos invocarlos, incluso en la oración, pero propiamente **veneramos** tales imágenes; no podemos nunca adorarlas, porque caeríamos en la idolatría. Así es nuestra fe y el fervor que manifestamos, ya sea privada o comunitariamente.

María Santísima es una creatura humana como cualquiera de nosotros, sin embargo, fue preservada del pecado original porque Dios Padre quiso prepararla como el primer sacrario que llevó a Cristo, cuando él vino al mundo. También María, al término de su vida terrenal, fue llevada en cuerpo y alma al cielo. Al respecto, decía el IIº Arzobispo de Yucatán, Monseñor Fernando Ruiz Solórzano⁶: "Todo

en Cristo es humano, menos él; todo en María es divino, menos ella", para ayudarnos a comprender estos valiosos misterios que la Iglesia sostiene en su fervor.

En efecto, María Santísima es un ser humano 'de carne y hueso' (cf Gn 2,21), no es de manera alguna una diosa ni algo semejante; sin embargo, ella fue elegida por Dios Padre para ser la madre del redentor, es considerada la nueva Eva "en enemistad con el mal" (Gn 3,15), "la llena de gracia" (Lc 1,28), la siempre Virgen María.

Por eso nuestro culto a la reina del cielo es muy especial, popular y muy expresivo.

3) El rezo del santo Rosario

El Rosario es llamado así porque es una especie de ofrenda floral dedicada a la Virgen María.

El Rosario puede ser rezado por todos: niños, jóvenes, adultos, sanos, enfermos, profesionales y analfabetas, pero siempre es una oración muy recomendada por la Iglesia y la misma Virgen Santísima (como lo hizo ante los niños de Fátima, Portugal, en las apariciones desde el 13 de mayo de 1917).

En realidad, el Rosario es una **oración bíblica** que nos permite enunciar en cada misterio los pasajes más significativos de la obra salvadora de Cristo. De hecho, el *Padre nuestro* y el *Ave María* tienen un contenido bíblico muy valioso para todos nosotros.

En el Rosario se usa el modo de orar repitiendo, como lo hacen los salmos (por ejemplo, el 107: *Acción de gracias*) y como Jesús nos dio ejemplo en su agonía en el Huerto de los Olivos (cf Mt, 26,36-46). Una de las grandes ventajas que tiene el Rosario

⁵ Dt 5,6-9: "Yo soy el Señor tu Dios, que te he sacado del país de Egipto, de la casa de servidumbre. No habrá para ti otros dioses delante de mí. No te harás escultura ni imagen alguna, ni de lo que hay arriba en los cielos, ni de lo que hay abajo en la tierra, ni de lo que hay en las aguas debajo de la tierra. No te postrarás ante ellas ni les darás culto".

⁶ Segundo Arzobispo de Yucatán (de 1944 a 1969), nacido en Pátzcuaro, Michoacán, el 10 de octubre de 1903.



es que se puede rezar de manera continuada, o si fuera necesario por algún motivo, se puede hacer interrumpiendo, es decir, por partes. Santo Domingo de Guzmán⁷ señaló que: *“El Rosario no es una oración cualquiera, sino un modo de predicar el evangelio de Cristo”*.

El Papa Juan Pablo II enriqueció el rezo del Santo Rosario⁸ al añadir los 5 misterios luminosos (bautismo del Señor, el milagro de las bodas de Caná, el anuncio del reino para la conversión, la transfiguración y la última cena) a los misterios gozosos, dolorosos y gloriosos.

4) La devoción a la santísima Virgen

San Luis María Grignion de Montfort, en el año de 1712, le dio nuevas perspectivas a una devoción ya conocida y promovida por otros autores. La experiencia vivida por el misionero de manera personal e íntima es para él criterio de eficacia espiritual, reforzada de manera probada por prácticas interiores y exteriores que él propone. La Iglesia reconoce en Grignion de Montfort a uno de los intérpretes más autorizados de la presencia y función de María en el misterio de Cristo y de la Iglesia. San Luis María nos indica que *“repitiéndole a diario totus tuus y viviendo en sintonía con ella, se puede llegar a la experiencia del Padre mediante la confianza y el amor sin límites”*⁹.

El Concilio Vaticano II, en el capítulo VIII de la constitución dogmática sobre la Iglesia (Lumen gentium), validó como plenamente actual la oferta espiritual de san Luis María Grignion de Montfort, tan rica en contenidos y elementos perennes, a los cuales se seguirán incorporando *“los nuevos datos doctrinales de la reflexión teológica y del magisterio eclesial”*.



El Papa san Juan Pablo II señala que *“al poner a la madre de Cristo en relación con el misterio trinitario, Grignion de Montfort me ayudó a comprender que la Virgen pertenece al plan de la salvación por voluntad del Padre, como Madre del Verbo encarnado, que concibió por obra del Espíritu Santo. Toda intervención de María en la obra de regeneración de los fieles no está en competición con Cristo sino que deriva de él y está a su servicio. La acción que María realiza en el plan de la salvación es siempre cristocéntrica, es decir, hace directamente referencia a una mediación que se lleva a cabo en Cristo”*¹⁰. María, como en las bodas de Caná (cf Jn 2,1-12), nos lleva a Jesús.

Aplicaciones

La devoción auténtica a la Virgen Santísima, especialmente el rezo del Santo Rosario, ha sido y seguirá siendo el arma más poderosa contra el influjo del maligno. Satanás no resiste la invocación a la Reina del cielo. Aprendamos a amar más a la Virgen Santísima invocándola en todo momento, con grande fervor, porque reconocemos su valiosa labor maternal que sigue ejerciendo con tanto amor y fidelidad a favor de todos nosotros. Al respecto, reconocemos que *“la familia que reza unida, permanece unida. Un mundo que reza es un mundo en paz”*¹¹.

⁷ Un grande promotor del Rosario y a quien algunos atribuyen su invención.

⁸ JUAN PABLO II, *Rosarium Virginis Mariae*, 16 octubre 2002.

⁹ *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen*, 169 y 215.

¹⁰ JUAN PABLO II, *Encíclica Redemptoris mater*, 25 marzo 1987.



Mientras más conocemos de María Santísima más podemos admirar la obra redentora de Cristo, que ha querido que su madre santísima se adelante a todos nosotros como “*signo de consuelo y de firme esperanza*”¹², como modelo sublime de todo discípulo misionero de Cristo y de toda la Iglesia.

Su labor protectora es inagotable; siempre podemos invocarla, porque Cristo le ha dado una encomienda importante como madre, maestra y abogada nuestra.

Acudamos confiadamente a María, que nos mira, nos abraza, nos acompaña y nos enseña a servir con amor.

BIBLIOGRAFÍA

- ALSON, Javier, SMC, *Dogmas marianos* (internet)
- CONCILIO VATICANO II, *Constitución Lumen gentium*
- DENZINGER, Enrique, *Magisterio de la Iglesia*
- DIFIORE, Stefano e MEO, Salvatore, *Nuovo Dizionario di Mariologia, Edizioni Paoline, Milano 1985, Voces: Madre de Dios, Madre nuestra, Anunciación, Asunta*
- GAMBERO, Luigi, *Testi mariani del primo milenio, Tomo III, Città Nuova Editrice. Roma 1989*
- GRIGNION DE MONTFORT, Luis María, *Tratado de*

la verdadera devoción a la Santísima Virgen, Nantes, Francia, 1712.

- JUAN PABLO II

* 3 de enero de 1996, elaborado por María Angélica Sánchez de Llopart, info@udayton.edu

* Encíclica *Redemptoris mater*, 25 marzo 1987

* Carta Apostólica *Rosarium Virginis Mariae*, 16 oct 2002

- LAURENTIN, R. María, en: *Diccionario teológico interdisciplinar III*, Ediciones Sígueme, Salamanca 1982

- NOUVEAUX CAHIERS MARIALS, *Le Transitus Mariae*, agosto 2001

- PABLO VI, *Exhortación apostólica Marialis cultus*, 2 febrero 1974

- PÍO IX, con la bula *Ineffabilis Deus*, 8 de diciembre de 1854

- *Testi mariani del primo millenio*, Editado por Georges CHARIB, Ermanno M. Toniolo, Luigi GAMBERO, Gerardo DI NOLA, Città Nuova Editrice, Roma 1990

- Universidad of DAYTON (internet)

ÍNDICE

Introducción

1) La auténtica devoción a la virgen María

2) La adoración a Dios y el culto a la Virgen Santísima y a los santos

3) El rezo del santo Rosario

4) La devoción a la santísima Virgen

Aplicaciones

Bibliografía

Índice

Oración

¹¹ P. Patrick PAYTON, *Cruzada mundial de oración en familia (del Rosario)*, 1980.

¹² CONCILIO VATICANO II, *Lumen gentium*, 68.



*María, madre del buen consejo,
ayúdanos a que, en el silencio de nuestro corazón,
lo único que busquemos sea lo que Jesús quiere.
María, te agradecemos por la forma como nos aconsejas,
con una hermosa suavidad y una grande bondad.
Tú rompes nuestros planes, María,
porque quieres lo mejor de cada uno de tus hijos.*

*Danos un corazón manso y humilde,
de tal manera que estemos abiertos a tus consejos,
a todo lo que me enseñan mis hermanos,
a saber escuchar y aconsejar sin herir al prójimo,
aunque sean consejos fuertes, que nos lleven a la cruz.
Ayúdanos a acogerlos en nuestro corazón.
Que todo nos lleve a amar más a tu Hijo.
Que en cada oración salgamos
más y más deseosos de pertenecer totalmente a Cristo,
de convertir nuestros corazones a la pasión por el amor,
hacia el fuego inagotable de tu amor. Amén.*

(P. Álvaro Corcuera, LC)



† José Rafael Palma
Capetillo
Obispo Auxiliar de
Xalapa

La CARIDAD humana y cristiana

1. La reina de todas las virtudes

1) Dios es amor

El apóstol Juan presenta una maravillosa síntesis del mensaje general de la Biblia al decir: “Dios es amor” (1Jn 4,8). En efecto, Dios nos ama a cada uno, no con las limitaciones del amor humano, sino de una manera más trascendente y plena. En realidad, por la fe, podemos concluir al meditar cada texto de la Sagrada Escritura: ‘¡Dios me ama y la historia que vivo es una experiencia cotidiana del amor eterno de Dios!’.

En realidad, la expresión bíblica *Dios es amor* tiene un significado más grande y profundo, porque significa que todo lo que Dios hace, lo que él dice, lo que él ha planeado y sigue realizando son manifestaciones elocuentes de su amor eterno e inagotable. ‘Dios es amor’, como si se tratara de otro nombre de Dios, de la manera como podemos invocarlo, de una síntesis de la Santísima Trinidad, de la obra creadora y de la redención. ¡Dios es amor!, siempre lo ha sido, lo es en la actualidad y siempre lo será.

El amor de Dios es el modelo de todo amor y de todas las demás virtudes. De hecho, cada una de las cosas creadas es el reflejo de la máxima perfección que manifiesta el amor inagotable de Dios.

2) ¿Cómo podemos reconocer el amor de Dios?

Constatamos evidentemente que Dios es amor, ante todo, en la creación, ya que cuanto existe en el universo nos demuestra lo propio del amor de Dios, ya que él no necesita del mundo, sin embargo, la bondad de Dios es difusiva de sí misma, porque el amor desea el bien del otro, es decir, tiene un sentido siempre benevolente: Sólo desea el bien de cada persona, creada y amada por él. Dios quiere compartir su felicidad con nosotros, es por eso que el mundo existe y los seres humanos hemos sido creados por el amor de Dios para compartir con él su vida divina.

Por otra parte, proclamamos en el pregón pascual: *Si es admirable la obra de la creación más admirable aún es la obra de la redención*. Así se da el culmen del misterio que nos revela que ‘Dios es amor’. Además, Dios nunca abandona al ser humano, ni siquiera a causa del pecado que éste comete. Por su misericordia infinita, Dios viene al rescate de la creatura humana, a pesar de que ésta decida apartarse de la gracia. De tal manera Dios ama al mundo, que le ha enviado a su Hijo único para que todo el que crea en él no perezca, *‘sino que tenga la vida eterna’* (Jn 3,15). Las puertas de la salvación se han abierto para todos, sin embargo, Dios que nos ama tanto respeta la libertad de cada creatura humana¹. ¿Cuál es tu respuesta al amor de Dios?

¹ LCf Lc 13,23: “Uno le dijo: ‘Señor, ¿son pocos los que se salvan?’. Él les dijo: ‘Luchen por entrar por la puerta estrecha, porque, les digo, muchos pretenderán entrar y no podrán’”. Por otra parte, el apóstol de las naciones afirma que: 1Tim 2,4: “Dios quiere que todos los seres humanos se salven y lleguen al conocimiento pleno de la verdad”.



3) El amor a Dios y al prójimo

La primera carta de Juan nos enseña que *"Dios es amor"* (1Jn 4,8). Todo discípulo misionero de Cristo ha de tener impreso en su corazón: Cristo me ama, me lo demuestra a cada momento, todo lo que sucede (y me sucede) es obra del amor de Dios..., a fin de cuentas, ¡en Cristo todo es amor! Y, desde luego, no existiría el verdadero amor a Dios –y ni siquiera verdadera piedad, o verdadero celo apostólico–, sin el amor al prójimo. Jesús mismo mostró el vínculo que existe entre el amor a Dios y el amor al prójimo, de manera que no se puede ‘amar al Señor Dios con todo el corazón’ sin ‘amar al prójimo’ (cf Mt 22,36-40). Por eso, el apóstol Juan, en su carta, afirma con coherencia: *"Y hemos recibido de él este mandamiento: Quien ama a Dios, ame también a su hermano"* (1Jn 4,21).

4) El amor perfecto

Dios es quien inspira el amor y todo amor auténtico nos conduce hacia Dios. Solamente si se da de esta manera es amor auténtico y duradero.

Algunos se preguntan si existe el *amor perfecto*, y se suele hacer referencia al ejemplo de una madre hacia su hijo, o hacia los abuelos o padrinos, o en una amistad y, desde luego, entre los cónyuges unidos en la alianza matrimonial. Sin embargo, constatamos momentos de tensión y de problemas, que rompen la armonía de las relaciones.



Cristo nos invita a *'ser perfectos como el Padre celestial'* (Mt 5,48), y esta perfección o santidad solamente puede darse en el amor. Sin embargo, la perfección que Cristo señala es *'ser perfectos como el Padre'*, que significa con un sentido interior, profundo y permanente. Con frecuencia los seres humanos tendemos a un perfeccionismo exterior, que cuida más lo que se ve y no lo que surge del corazón recto y sincero. Por lo tanto, se trata de un camino de perfección, largo y difícil, que estamos llamados a recorrer en el amor.

El corazón humano tiene sus complicaciones. Así lo describe el profeta: *"El corazón es lo más retorcido; no tiene arreglo, ¿quién puede entenderlo?"* (Jer 17,5). Sin embargo, Dios nos ha dado un corazón capaz de amar. Mientras el corazón humano late, siempre tendrá la oportunidad de aprender a amar. El amor perfecto, en su sentido estricto, no se da de modo permanente en el individuo humano, de modo semejante a la felicidad, ya que el verdadero amor busca sin cesar un lenguaje que se va *'perfeccionando'* y tiene una mirada que reconoce las *'perfecciones'* (cualidades, logros, aciertos, etcétera) de la persona que ama. No se trata de un amor *'ciego'*, ya que toda virtud es siempre luz y verdad. El que ama, aprende a subrayar las cualidades y los logros de la otra persona, y aunque nota sus defectos con exactitud, los considera siempre secundarios, e incluso como *'basura'*, es decir, sin importancia, para no disminuir el amor.

5) El reinado de la caridad como virtud

El apóstol Pablo inicia el himno a la caridad con estas palabras: *"¡Aspiren a los carismas superiores! Voy a mostrarles el camino más excelente"* (1Cor 12,31). Al desarrollar la importancia tan grande de la caridad, san Pablo la presenta como la corona de todas las virtudes. Y concluye este himno a la caridad, diciendo: *"Ahora subsisten la fe, la esperanza y la caridad, estas tres. Pero la mayor de todas ellas es la caridad"* (1Cor 13,1-3). ¿Por qué quiere el apóstol subrayar la primacía de la caridad? Ante todo, porque va de acuerdo a la misma enseñanza de Cristo²: Amar



como él nos ha amado, no de cualquier modo, sino tal como él nos ha dado ejemplo. Algunos interpretan que la fe y la esperanza tendrán su culminación en la vida eterna, porque ya estarán satisfechas. En cambio, la caridad será la virtud celestial, que nos unirá plenamente a Dios y nos seguirá vinculando con el prójimo de un modo más intenso. En efecto, la caridad es la 'reina' de todas las virtudes. La caridad (o amor) no es solamente una virtud más o un don de Dios muy importante, sino es la característica de toda virtud. Todas las virtudes y carismas deben estar impregnados del amor, si no perderían su sentido.

El Concilio Vaticano II³ hace referencia al *corazón indiviso*, con el que se describe el amor a Dios por encima de todo y de todos, en el testimonio de los sacerdotes y todos los consagrados. En nuestros días, se entiende que el santo es el hombre (o la mujer) a quien el amor exclusivo de Dios lo lleva a realizar los valores del reino y a asumirlos en la realidad a la cual es enviado⁴.

Reinar es servir, es la grande lección que Cristo, rey del universo, nos da en todo momento⁵. Y la caridad tiene el reinado más intenso y satisfactorio, porque nos señala que hay que servir con amor. Santa Teresa de Calcuta decía que: *"No siempre podemos*

hacer grandes cosas, pero podemos hacer cosas pequeñas con grande amor". El amor da la grandeza a cada obra, aunque sea pequeña, el amor la agiganta. El amor siempre es obra de Dios.

2. "Si no tengo caridad, de nada me sirve"

1) Amar con el don de lenguas

El don de lenguas es un carisma muy llamativo y apreciado por muchos, sin embargo, san Pablo insiste que tiene que estar impregnado de la caridad, porque sólo así tiene sentido. De otra manera sería puro ruido. En realidad, el don de lenguas es una manera de orar; es un ejemplo de comunicación con Dios, de modo libre y con sentido universal; sin embargo, el apóstol de las naciones insiste en que toda oración personal o pública tiene que ser fruto del amor, si no se vuelve un espectáculo atrayente para algunos, pero vacío. Todo don de Dios tiene que expresarse en el amor.

Jesús, en el sermón de la montaña, advirtió que para orar no hay que hablar mucho, sino lograr momentos de recogimiento y silencio para escuchar la voz de Dios (cf Mt 6,5-8). Cuando el que tiene el don de lenguas ama, permite que los demás puedan escuchar con claridad la voz de Dios, quien deja su mensaje en el corazón de cada uno de los que participan de su oración o predicación.

"Las palabras pueden ser expresión de amor; pero también puede expresar mi necesidad de demostrar lo que valgo. Sólo las palabras que proceden del corazón, que están llenas de amor, tienen una eficacia sanadora sobre las personas. Todo lo demás es un deseo de notoriedad, un ruido vacío"⁶.

2) Amar con el don de profecía

La labor profética es una de las tareas más

² Cristo dijo: *En esto reconocerán que son discípulos míos: Si se aman los unos a los otros* (Jn 13,35).

³ CONCILIO VATICANO II, *Perfectae caritatis*, 14; *Presbyterorum ordinis*, 16.

⁴ Cf Ermanno ANCILLI, *Diccionario de espiritualidad III*, 350.

⁵ Cf Lavatorio de los pies, Jn 13,1-37.

⁶ Anselm GRÜN, *El himno al amor de san Pablo*, 25.



difíciles y comprometedoras, ya que consiste en hablar en el nombre de Dios –no por cuenta propia– y el profeta tiene que decir la verdad, aunque no le guste ni atraiga a todos. El profeta no suple a Dios, sino como Juan el Bautista, reconoce que él solamente es “*la voz del que clama en el desierto*” (Mc 1,3), es un instrumento del mensaje divino, y tiene que ser fiel en todo. No puede aumentar ni recortar el mensaje. Y esto lo logra únicamente cultivando el amor de Dios en su corazón.

El don de profecía guiado por el amor nos previene de juzgar y condenar inútilmente al prójimo, de hablar por hablar, y nos advierte de no meternos donde no nos toca. La profecía llena el corazón de esperanza, porque está anclada en el amor de Cristo. En efecto, lo más importante y valioso de la misión profética es sembrar esperanza, enseñar a orar, a confiar siempre en Dios. Esta labor, tan necesaria y difícil de realizar, no sirve si falta el amor. “Si nuestro lenguaje no lleva en sí la semilla del amor, aunque sea brillante y convencemos a otros, nuestras palabras no se convertirán realmente en una bendición para otros”⁷.

3) Amar con el don de la fe

El apóstol Pablo usa la expresión que “*aunque mi fe fuera tan grande como para cambiar de sitio las montañas*” para señalar que esa luz intensa y orientadora del corazón no sería nada sin el amor. Nadie puede creer sin amar. La fe no requiere propiamente mover montañas, porque espiritual y efectivamente mueve lo más profundo del corazón hacia el amor auténtico y duradero. La fe nos convence profundamente de que ‘*no hay nada imposible para Dios*’ (Lc 1,37). La expresión del apóstol Pablo: “La fe mueve montañas” es una imagen impactante para demostrarnos que el amor ‘mueve’ fronteras, y nos atrevemos a decir que la oración ‘mueve’ las manos de Dios.



Tener fe es un regalo de Dios. La grandeza de la fe se expresa en la confianza total en Dios. Algunos dicen que tienen una fe ‘ciega’ en Dios o en otras personas, lo que poéticamente tiene su valor, pero no lo tiene desde el punto de vista teológico. En cambio, la enseñanza de Cristo y de la Iglesia subrayan que la fe es luz, claridad, asentimiento e impulso renovador. La fuerza transformadora de la fe, señalada con la expresión de que ‘la fe puede mover montañas’, se da por el amor, porque hace a un lado la altanería o soberbia para crecer en una fe humilde y sencilla, obra de Dios en el creyente. “No podemos probar el poder de nuestra fe por medio de experiencias o acontecimientos extraordinarios, sino únicamente a través del amor. El amor da a nuestra vida el sabor de Cristo”⁸.

4) Dar limosna con amor

La limosna practicada con amor no es dar de lo que me sobra o lo que ya no me sirve, sino darse, como la pobre viuda que entregó todo lo tenía para vivir (cf Lc 21,2-4).

El apóstol Pablo hace referencia a una de las obras de piedad que Cristo enuncia en el sermón de la montaña, como es ‘dar limosna’ a los más necesitados. En efecto, Cristo señala con una fuerte expresión el sentido discreto de la limosna, sin presumir (o trompetearla): “*Que no sepa tu mano izquierda lo*

⁷Anselm GRÜN, *El himno al amor de san Pablo*, 25.

⁸Anselm GRÜN, *El himno al amor de san Pablo*, 30.



que hace la derecha" (Mt 6,3). Por eso san Pablo indica que la limosna por más cuantiosa que sea no vale nada si no se ofrece con amor. No es suficiente dar de lo que tenemos, ni siquiera desprenderse de todo lo que es importante para nosotros, sino dar con amor.

5) Los mártires dan su vida por amor

Finalmente, Pablo alude a '*dejarse quemar vivo*', que algunos interpretan oportunamente como un acto de martirio, de persecución o de renuncia total; de cualquier forma, no tendría su significado completo sin el amor.

Se reconoce que una de las maneras más horribles de morir es con el fuego, porque es algo muy doloroso e impresionante; ahora bien, '*dejarse quemar*' señala algo intencional, aceptado con valentía, por un motivo superior, mayormente por defender la fe y la verdad –como lo hacen los mártires–, y se puede soportar debido al amor que hay en el corazón, por amor a la verdad, es decir, por amor a Cristo que es la verdad en persona (cf Jn 14,6). El amor hace de lo insoportable una ofrenda perfecta en unión con la cruz de Cristo.

6) Dios conoce el corazón

Esta radical expresión de Pablo: "*No me sirve de nada*" refiriéndose a dones y carismas tan apreciados en la Iglesia, como son el don de lenguas, la profecía, la fe, la limosna y el martirio, va acompañada de la expresión: *Si me falta el amor, no sirve*. Quizá nos da trabajo aceptar una expresión tan radical como ésta, pero se trata de la exigencia del amor, que tiene que ser la característica que anteceda, sostenga y culmine cada don o carisma, cada acción y cada actitud del seguidor de Cristo. No se puede hacer a un lado el amor. Si nos apartamos del amor, todo pierde su sentido. Donde está Dios hay amor, y en nuestro corazón siempre contamos con la presencia del Señor. Así lo enunció Jesús en la última cena: "*Permanezcan en mi amor*" (Jn 15,9).

San Pablo insiste con una firme expresión: No sirve de nada, es una pérdida de tiempo, no tiene

valor ni significado. Tal vez sea doloroso reconocer la inutilidad de dones tan grandes y reconocidos popularmente como los más valiosos, pero siempre nos quedará el consuelo alentador de que si los aplicamos con amor recobran siempre su valor y significado. El amor le da sentido a todo.

7) Si no tengo caridad...

Podemos preguntarnos: ¿Existirá algún ser humano que no tenga caridad? No lo sabemos con exactitud, aunque hay personas que se han enfermado psíquicamente y, por lo tanto, se han vuelto insensibles y despiadados con el prójimo. Sin embargo, san Pablo no se refiere simplemente a un corazón endurecido o una frialdad emotiva. En realidad, el apóstol nos recuerda vivamente que cualquier don o carisma que Dios nos da, hay que agradecerse y debe ser '*usado*' (o aplicado) con amor. Dice el profeta que: "*El ser humano se fija en las apariencias, pero Dios conoce el corazón*" (1 Sam 16,7). Para ventaja nuestra, Dios nos conoce, sabe lo que hay en nuestro corazón, se da cuenta del amor que tenemos o lo que nos hace falta. Y, cuando es necesario, nos purifica, nos corrige, nos ilumina, nos impulsa y nos sana para que aprendamos el camino del amor verdadero.

En todas las personas hay intenciones buenas, aunque no todas lo sean. Por ejemplo, se dice que algunos miembros de clubes sociales hacen donativos, los candidatos en sus campañas políticas ofrecen y realizan obras importantes para el pueblo. Lo hacen





por interés de ser conocidos e incluso ganarse seguidores; sin embargo, Dios conoce lo que hay en su corazón. Toda obra buena es bendecida por Dios, con mayor razón cuando se hace con amor. Parece una sutileza cualquiera, pero es una grande verdad la eficacia del amor que hace que lo que parece que no sirva, en realidad sirve de mucho.

BIBLIOGRAFÍA

Fuentes

- CONCILIO VATICANO II
 - * Constitución *Gaudium et spes*
 - * Decreto *Perfectae caritatis*
- CONGR. para la DOCTRINA de la FE, *Donum vitae*, 22 feb. 1987
- LOYOLA, Ignacio de, *Ejercicios espirituales*
- JUAN XXIII, Encíclica *Pacem in terris*, 11 abril 1963
- JUAN PABLO II
 - * Exhortación *Familiaris consortio*, 22 noviembre 1981
 - * Mensaje de la segunda sesión especial de las Naciones Unidas sobre el desarme, 7 junio 1982
 - * Encíclica *Evangelium vitae*, 25 marzo 1995
- BENEDICTO XVI
 - * Encíclica *Deus caritas est*, 25 diciembre 2005
 - * Encíclica *Spe salvi*, 30 noviembre 2007
 - * Encíclica *Cáritas in veritate*, 29 junio 2009
- Papa FRANCISCO
 - * Exhort. apostólica *Evangelii gaudium*, 24 noviembre 2013
 - * Carta Apostólica con ocasión del año de la vida consagrada, 21 noviembre 2014
 - * Encíclica *Laudato sí'*, 24 mayo 2015
 - * Exhortación apostólica *Amoris laetitia*, 19 marzo 2016
 - * Exhortación apostólica *Gaudete et exultate*, 19 marzo 2018
 - * Encíclica *Fratelli tutti*, 3 octubre 2020

Textos citados

- ANCILLI, Ermanno, *Diccionario de espiritualidad III*, Editorial Herder, Barcelona 1987
- COURTOIS, Gastón, *Saber decir 'gracias'*, Secretariado Internacional de la Pontificia Unión Misional del Clero, Roma 1970
- GRÜN, Anselm, *El himno al amor de san Pablo*, Editorial Sal Terrae, Santander, 2010
- HÄRING, Bernhard, *La ley de Cristo III*, Editorial Herder, Barcelona 1973
- PEREIRA, José Carlos, *Los siete dones del Espíritu*, Ediciones Paulinas, México 2014
- RAHNER, Karl, *Amor*, en: *Sacramentum Mundi I*, Editorial Herder, Barcelona 1972
- ROYO MARÍN, Antonio, *El grande desconocido*, El Espíritu Santo y sus dones, BAC Minor, Madrid 2010

P. Gaspar Guevara, L.C.
Doctor en Teología

Matrimonio y familia a diez años de pontificado del Papa Francisco

Ha pasado ya más de una década desde que el Espíritu Santo sorprendía a la Iglesia con la elección del primer Papa latinoamericano y el primer Papa jesuita. Las sorpresas y bendiciones estaban por comenzar. En este breve artículo nos proponemos echar una mirada retrospectiva y repasar algunas de las aportaciones del Papa Francisco sobre los temas de matrimonio y familia en estos primeros diez años de pontificado. El pasado 24 de octubre de 2022, el Santo Padre recibía en la Sala Clementina a la comunidad académica del *Pontificio Instituto Teológico Juan Pablo II para las ciencias del matrimonio y la familia*. Se cumplían cinco años del Motu proprio *Summa Familiae Cura* con el que el Papa Francisco daba, a este querido Instituto, «un nuevo vigor y un desarrollo más amplio para responder a los desafíos que se presentan al inicio del tercer milenio».

Se trataba, por tanto, de dar continuidad y de adaptarse al cambio de época que nos toca vivir. Personalmente, fue una perspectiva muy iluminadora,

y por eso hago referencia a este discurso. La intuición profética y clarividente de san Juan Pablo II sobre los enormes desafíos que la institución matrimonial y familiar debía enfrentar al final del milenio quedaron claros en su atención particular a estos temas¹.

El enfoque y la atención más pastoral que han caracterizado el pontificado del Papa Francisco debían verse reflejados en el Instituto que, de manera particular, la Santa Sede dedica al estudio del matrimonio y la familia. La teología misma –dirá el Papa– «está llamada a elaborar una visión cristiana de la paternidad, de lo filial, de la fraternidad»² y no solo detenerse en el vínculo conyugal que ampliamente y con gran fruto había tratado la teología moral que desarrolló el Instituto bajo los pontificados de san Juan Pablo II y Benedicto XVI.

No es de sorprender que, pasados apenas ocho meses desde el inicio de su pontificado, en noviembre de 2013 para mayor precisión, el Papa Francisco anunciaba un nuevo sínodo para abordar los temas

¹ San Juan Pablo II, el Papa de las familias, dedicó su primer sínodo de los obispos para abordar el tema de la familia que nos regalaría la exhortación apostólica postsinodal *Familiaris Consortio* (22 de noviembre de 1981), que sigue iluminando a la Iglesia. Nos regaló además la serie de catequesis de los miércoles de lo que ahora conocemos como teología del amor humano o teología del cuerpo, la fundación de lo que fue el Pontificio consejo para la familia, y miles de páginas que recogen sus homilías, discursos y catequesis sobre la centralidad de la persona, el matrimonio y la familia según el designio divino. Si bien todo ello era muy importante, Juan Pablo funda en Roma en 1981 este Pontificio Instituto que quiso que llevase su nombre en una fecha por lo demás muy significativa, el 13 de mayo de 1981, día de su atentado en la plaza de San Pedro.⁸ Anselm GRÜN, *El himno al amor de san Pablo*, 30.

² FRANCISCO, *Discurso del santo padre Francisco a la comunidad académica del Pontificio Instituto Teológico Juan Pablo II para las ciencias del matrimonio y de la familia* (24 de octubre de 2022).



de la familia. Un sínodo que se desarrollaría en dos momentos: la III Asamblea General Extraordinaria del Sínodo de los Obispos, que se celebró del 5 al 19 de octubre de 2014, y la XIV Asamblea General Ordinaria, desarrollada del 4 al 25 de octubre de 2015. La asamblea extraordinaria llevó por título «Los desafíos pastorales de la familia en el contexto de la evangelización». Desde el título fue evidente el deseo de partir desde la familia «concreta» y trazar un mapa, por decirlo así, de la situación real de la familia. Para la asamblea ordinaria de 2015, que llevó por título «La vocación y la misión de la familia en la Iglesia y en el mundo contemporáneo», la tarea de los padres sinodales se enfocaría en trazar las líneas de acción pastoral.

Paralelamente al trabajo de ambas reuniones eclesiales, el Papa Francisco ofreció, de diciembre de 2014 a septiembre del 2015, una serie de catequesis en las que reflexionó sobre diversos actores en torno a la familia a los que la Iglesia también debe atender como esas periferias existenciales. El Papa reflexionó no solo sobre la unión esponsal entre el varón y la mujer, sino en los demás lazos que generan esta unión: padre, madre, hermanos, abuelos. Se trataba de afrontar también circunstancias en torno a la familia: el noviazgo, las heridas en la familia, la transmisión de la fe.

Sin pretender hacer un resumen exhaustivo, podemos repasar algunas de las aportaciones del Papa a

estos tópicos de la familia. Sigo las catequesis ya mencionadas completando con algunos elementos de su exhortación postsinodal *Amoris Laetitia* (19 de marzo de 2016).

Dios elige nacer en una familia

El Papa Francisco abre sus catequesis sobre la familia abordando el tema desde «la familia de Nazaret» (17 de diciembre de 2014). Dios es el único que podía elegir cómo hacerse presente en medio de nosotros y su encarnación será plena: nace en una periferia, crece y se forma en un entorno familiar por treinta años. En el discurso antes mencionado, volvía sobre esta idea: «durante treinta años la encarnación del Hijo Unigénito consistió en vivir y arraigarse en los lazos familiares y comunitarios de su condición humana. No fue un simple tiempo de “espera”, fue un tiempo de “comprensión” con la condición humana más común, habitada con la mirada fija en las “cosas del Padre” (cf. Lc 2,49)³.

La elección de parte de Dios de nacer de y en una familia abre los horizontes de la misión y vocación de la familia: la educación, la trasmisión de la fe y ser el hospital más cercano.

El Papa habló sobre «la educación, vocación natural de la familia» (Catequesis, 20 de mayo de 2015), y ante dificultades como la ruptura entre la sociedad y la escuela, los padres deben recuperar el protagonismo que les corresponde como primeros educadores de los hijos. Educación que no es mera trasmisión de conocimientos sino acompañar, buscar tiempo para hablar, reflexionar y discutir.

La familia también es el lugar donde se trasmite la fe (Catequesis, 2 de septiembre de 2015). Se trata de un doble movimiento; se trasmite la fe «hacia dentro» de la familia dando sentido a los vínculos familiares, pero también la familia está llamada a transmitir la fe «hacia fuera» cuando transforma la Iglesia en un lugar familiar, marca el rumbo de la economía y de la política y reaviva una ciudad, contrarrestando la «desertificación comunitaria de la ciudad moderna».

³ FRANCISCO, *Discurso del santo padre Francisco a la comunidad académica del Pontificio Instituto Teológico Juan Pablo II para las ciencias del matrimonio y de la familia* (24 de octubre de 2022).



La imagen de la Iglesia como «hospital de campaña» es un icono muy fuerte al que ha recurrido en varias ocasiones el Papa Francisco. Al referir esa imagen a la familia nos presenta a «la familia, el hospital más cercano» (Catequesis, 10 de junio de 2015) que acompaña, consuela y ayuda. La reciente experiencia de la emergencia sanitaria de la pandemia lo puso aún más de manifiesto pero, proféticamente, el Papa nos recordó este rol fundamental de la familia en el que la debilidad y la enfermedad fortalece los vínculos familiares. Pero no solo la enfermedad física se afronta en la familia, también encontramos «las heridas de la familia» (Catequesis, 24 de junio de 2015) que lastiman el alma de los niños por la indiferencia, la violencia, la prepotencia, la explotación. Las heridas las provocan también la separación de los esposos que a veces son inevitables y hasta necesarias, heridas provocadas por ofensas a la intimidad de los afectos o por palabras y acciones que desdichan del verdadero amor.

La lucha contra el dolor y las enfermedades no siempre se corona con el restablecimiento físico. El evento dramático de la muerte también se hace presente y por eso es abordado por el Papa en sus catequesis: «la familia ante la muerte» (Catequesis, 17 de junio de 2015). Partiendo del pasaje evangélico que presenta la compasión de Jesús por la mujer viuda que pierde a su hijo único (cf. Lc 7,11-15), el Papa nos pone delante del dolor, de la perspectiva de la muerte de un hijo o del padre. La muerte afecta a todas las familias pero, para el cristiano –recuerda el Papa–, la muerte no tiene la última palabra pues el Señor venció la muerte para siempre. Hay que custodiar el amor incluso ante la muerte.

Ser hijo para llegar a ser esposo y padre

En estos primeros diez años de pontificado, el abordaje de la temática familiar del Papa Francisco ha sido muy rico, para ponernos de manifiesto las diversas relaciones que se generan en el entorno familiar: ser hijo para llegar a ser esposo y padre. Bajo esta formulación queremos repasar brevemente



algunos de los elementos que nos ha propuesto el Papa. Se trata de ser hijos en primer lugar, esto es, darte cuenta de que has recibido un don gratuito que es la existencia, tu llamada al ser. Solo siendo consciente de ser un don puedes ser capaz de una donación recíproca en la complementariedad y convertirte en don para el otro. El esposo se dona a su esposa y ella se dona a él, es la belleza del amor humano, donde ya no se entrega «algo» sino que se dona el uno al otro con totalidad y en plenitud. La consecuencia es natural, el fruto del amor de entrega es el regalo del hijo, un fruto tangible del amor de los esposos que serán ahora padre y madre. Relación no meramente accidental, sino que, por designio de Dios, se convierten en cooperadores de la creación con Dios que llama a alguien a la existencia.

En junio 2022 se publicaron los «Itinerarios catecumenales para la vida matrimonial» (15 de junio de 2022) que el Dicasterio para laicos, familia y vida preparó dando continuidad al deseo expresado por el Papa de contar con herramientas pastorales para preparar a la vida matrimonial. En el prefacio al documento, el Papa Francisco nos pone delante de una realidad: «la grave preocupación de que, con una preparación demasiado superficial, las parejas corran el riesgo real de celebrar un matrimonio nulo o con unos cimientos tan débiles que se “desmorone” en poco tiempo y no pueda resistir ni siquiera las primeras crisis inevitables»⁴. En esta perspectiva, el

⁴ FRANCISCO, *Prefacio a Itinerarios catecumenales para la vida matrimonial* (15 de junio de 2022), en <https://press.vatican.va/content/salastampa/it/bollettino/pubblico/2022/06/15/0459/00940.html#prefacio>



noviazgo y la reflexión más profunda del designio de Dios y su plan original sobre el matrimonio y la familia se vuelven una tarea apremiante.

El Papa recuerda que «el noviazgo es un camino» (Catequesis, 27 de mayo de 2015). Lo que debe prevalecer en este periodo es justamente la libertad con la cual, después de una natural atracción, el sentimiento y la emoción den paso a una promesa, a un proyecto de vida. Es por ello que debe ser un camino por recorrer. El noviazgo es un tiempo para trabajar sobre el amor. La alianza a la que están llamados los novios no se improvisa y se modela a imagen de la alianza de Dios con su pueblo. No es lo mismo ser novios que ser esposos –nos precisa con agudeza el Papa–; «el noviazgo es itinerario de vida que debe madurar como la fruta, es un camino de maduración en el amor, hasta el momento en que se convierte en matrimonio» (Catequesis, 27 de mayo de 2015). De ahí la importancia de los cursos e iniciativas prematrimoniales en los que los novios son llamados a conocerse, crecer y madurar, nos dirá el Papa.

Francisco se detiene en tres catequesis para hablar del designio de Dios y su plan originario sobre el matrimonio. Reflexiona primero partiendo de «el sacramento del matrimonio desde el relato de la creación» (Catequesis, 15 de abril de 2015) para pasar a recordarnos cómo «la pareja en el relato de la creación» (Catequesis, 22 de abril de 2015) en su plan original está llamada a la reciprocidad y la complementariedad, pues la confianza de Dios en el hombre y la mujer es plena. En un tercer momento, al hablar de «la dignidad del matrimonio» (Catequesis, 29 de abril de 2015), el Papa nos recuerda que el mismo Jesús no solo participó sino que «salvó la fiesta» de los esposos de Caná con el milagro del vino; «así Jesús nos enseña que la obra maestra de la sociedad es la familia: el hombre y la mujer que se aman. ¡Esta es la obra maestra!» (Catequesis, 29 de abril de 2015).

Nadie niega la dificultad de permanecer juntos y los retos que conforman la vida matrimonial, pero la bendición nupcial, cuando los primeros cristianos pasaron del matrimonio natural al matrimonio sacramento, rompió la cultura del repudio habitual y

daba los mismos derechos para el varón y la mujer. Toda una revolución cultural para la época. Así se manifiesta, ya desde esos tiempos, «la belleza del matrimonio cristiano» (Catequesis, 6 de mayo de 2015), que refleja el misterio de Cristo y su unión esponsal con la Iglesia, en el que los esposos, a ejemplo de Cristo, están llamados al servicio y la entrega mutua, a una radical entrega en reciprocidad y respeto. La Iglesia se enriquece con la alianza esponsal y esa es la misión de los esposos en la Iglesia, explicará el Papa.

La vertiente natural del amor de los esposos es convertirlos en padres. El Papa dedicará una serie de catequesis a hablar justamente de esta hermosa misión de ser madres y padres. Hablando de «las madres» (Catequesis, 7 de enero de 2015), el Papa nos coloca delante de la constatación de todo lo que debemos a una madre, no solo la vida sino buena parte de la primera formación humana y espiritual. Las madres deberían ser más escuchadas y hace falta comprender mejor el martirio materno que implica su opción por la vida. Debemos valorar y agradecer a las madres por lo que son en la familia y por lo que dan a la Iglesia y al mundo, nos recuerda el Papa.

Nadie puede negar que nuestra sociedad posmoderna corre el riesgo de cancelar la figura del padre. En sus catequesis, el Papa Francisco dedicará dos de ellas a abordar el tema, primero desde una aproximación problemática, es decir, «los padres: el peligro de los padres ausentes» (Catequesis, 28 de enero de 2015), y una positiva, «los padres: los padres presentes» (4 de febrero de 2015). El Papa recuerda que se





ha llegado a afirmar que nuestra sociedad es una «sociedad sin padres» como reacción a una liberación de lo que representa la figura del padre, de la ley que se impone desde fuera y de la que hace falta liberarse si se pretende una emancipación de los hijos.

Pero más allá de las teorías, es una realidad, recordará el Papa, que el padre contemporáneo puede estar tan concentrado en sí mismo o en su trabajo que puede olvidarse de la familia: se olvida de jugar con el hijo, de «perder» el tiempo con él. No podemos conformarnos con ser huérfanos en la familia o que la sociedad se desentienda de su responsabilidad «paternal». Hablando en positivo, el Papa recuerda el orgullo y la emoción de ser padre, que implica la cercanía y que debe combinar la dulzura y la firmeza de un padre sabio y maduro. El ejemplo del «Padre bueno» que nos traza la parábola del «padre de las misericordias» nos esboza los rasgos del padre que sabe esperar, perdonar y corregir; padres que son custodios y mediadores de la fe como lo fue san José.

Mencionábamos al inicio que quizá la gran «novedad» de este pontificado en el ámbito del matrimonio y la familia ha sido la especial atención que se ha dado a las demás relaciones que se generan a partir y como fruto de la conyugalidad: los hijos, los hermanos, los abuelos y, en general, los ancianos. En una sociedad del descarte como la que caracteriza nuestro tiempo, es importante redescubrir el valor y la importancia de estas relaciones.

Fruto del amor de los padres son «los hijos» (Catequesis, 11 de febrero de 2015), que a su



vez son «los hermanos» (18 de febrero de 2015). Efectivamente, lo primero que recuerda el Papa es que los hijos son la felicidad de los padres, sobre todo cuando se sabe descubrir en ellos un don, un regalo de Dios. En su ser único e irrepetible, cada hijo es amado incluso antes de venir al mundo. Francisco recuerda a los padres que no deben dejar de imaginar el futuro de los hijos y no dejarse llevar por la tentación de dar un paso atrás. Se debe reconocer el valor de los hijos. El amor debe ser recíproco y, por eso, a renglón seguido, el Papa recuerda a los hijos que el cuarto mandamiento –honrar al padre y a la madre– en su profundidad restaura un vínculo virtuoso entre generaciones.

El Santo Padre no duda en afirmar que, gracias a la cultura cristiana la palabra “hermano” y “hermana” se ha resignificado y todas las culturas comprenden su acepción más honda. No obstante, cuando hablamos de «los hermanos» (Catequesis, 18 de febrero de 2015), en la misma historia de la salvación tenemos que hacer cuentas con las heridas, el conflicto, la traición e incluso el odio. Francisco nos recuerda cuánto es doloroso cuando se rompe la hermandad. Positivamente, la auténtica fraternidad es escuela de libertad y de paz. La auténtica fraternidad va incluso más allá de los meros vínculos de sangre. La fraternidad en familia resplandece, recuerda el Papa, cuando se cuida del hermano más débil, enfermo o discapacitado. Esta experiencia de fraternidad y solidaridad con el más débil debe estar también presente en la sociedad, hay que ponerla al centro.

El pacto entre generaciones ha sido un tema recurrente también en el mensaje del Papa. La expectativa de vida cada vez mayor nos ponen delante de la convivencia con otras generaciones, «los abuelos» (Catequesis, 11 de marzo de 2015), y, en general, «los ancianos» (Catequesis, 4 de marzo de 2015) deben estar presentes en nuestras reflexiones y en acciones concretas, recordará el Papa. La presencia de los abuelos en la familia debe ser valorada. La sociedad tiende a descartar a los adultos mayores sin comprender su misión y la vocación a la que Dios los llama. Hace falta, incluso en la Iglesia, afrontar una espiritualidad de la persona anciana. La oración, la sabiduría, la acción de gracias, la intercesión, la



alabanza y la súplica, son algunos de los elementos que, según el Papa, deben ser desarrollados para comprender mejor la misión que los abuelos y los ancianos pueden y deben desarrollar en la Iglesia, en la familia.

La familia no es perfecta

En el discurso que nos ha servido de marco a estas reflexiones, el Papa Francisco recordaba que «la familia no es una ideología, es una realidad [...], no tenemos que esperar que la familia sea perfecta para cuidar su vocación y animar su misión. El matrimonio y la familia siempre tendrán imperfecciones, hasta que no estemos en el Cielo»⁵. La tarea de la Iglesia, nos recuerda el Papa, es también salir al encuentro, acompañar, discernir e integrar a todas las familias en sus diversas realidades y heridas. Acompañar a los esposos en «las nuevas uniones después de un fracaso» (5 de agosto de 2015) en sus tan variadas realidades, las parejas no sacramentadas pero también aquellas que por una unión válida anterior no pueden recibir el matrimonio sacramento, las madres o padres solteros. Para todos el Papa ha tenido en *Amoris Laetitia*, y en muchas intervenciones particulares, palabras de acogida y comprensión. También los desafíos que implican vivir en familia con un hijo homosexual.

Concluyo con la tarea y la esperanza que nos deja el Papa. «La misión de la Iglesia solicita hoy con urgencia la integración de la teología del vínculo conyugal con la teología más concreta de la condición familiar. Las inéditas turbulencias, que en este tiempo ponen a prueba todos los vínculos familiares, piden un discernimiento atento para captar los signos de la sabiduría y de la misericordia de Dios. *Nosotros no somos profetas de desventuras, sino de esperanza*»⁶. Damos gracias a Dios por estos primeros diez años de pontificado del Papa Francisco y pedimos a María lo sostenga en su ministerio para acompañar a los matrimonios y la familia.

Palabras clave: Papa Francisco, matrimonio, familia, Iglesia católica.

(publicado en *Ecclesia. Revista de cultura católica*, 37 No.2 (2023), 131-138)

⁵ FRANCISCO, *Discurso del santo padre Francisco a la comunidad académica del Pontificio Instituto Teológico Juan Pablo II para las ciencias del matrimonio y de la familia* (24 de octubre de 2022).

⁶ FRANCISCO, *Discurso del santo padre Francisco a la comunidad académica del Pontificio Instituto Teológico Juan Pablo II para las ciencias del matrimonio y de la familia* (24 de octubre de 2022).



Neurociencia y libertad



P. Enrique Tapia, L.C.
Rector del Pontificio
Colegio Internacional
María Mater Ecclesiae
de Roma
Doctor en Teología
Espiritual
Profesor de teología en
el Ateneo Pontificio
Regina Apostolorum

Introducción

Recuerdo que, cuando era pequeño (debía tener unos 11 o 12 años), un profesor en la escuela nos pidió a los alumnos hacer un trabajo que consistía en dibujar en un papel transparente los diversos sistemas o aparatos biológicos del cuerpo humano (aparato digestivo, respiratorio, circulatorio, etc.) con sus respectivos órganos y partes. Teníamos que dibujar un sistema por papel, y recortábamos el papel con la forma del cuerpo humano. Después, poníamos todos los papeles uno encima del otro y los pegábamos por la parte superior de la cabeza. De manera que se formaba una única silueta de un cuerpo humano, con diferentes capas bajo ella, y en cada capa un dibujo de un aparato del cuerpo humano. Era una manera muy gráfica de conocer cómo es el ser humano por dentro en su componente material.

Años más tarde, estudiando filosofía, me interesó profundizar en el conocimiento del ser humano (antropología) y, entre otros temas, en la relación entre el cerebro y nuestras facultades del conocimiento y de la voluntad. Hay una pregunta que tiene que ver con el presente trabajo: ¿hasta qué punto, en qué medida, nuestro cerebro es el responsable de nuestros pensamientos y de nuestras decisiones?

Pretendo abordar en estas líneas esta cuestión partiendo de la neurociencia contemporánea. Busco profundizar en la cuestión de la libertad humana a la luz de los actuales conocimientos neurocientíficos.

1. Neurociencias y actualidad

El término neurociencia (o neurociencias) designa una gran familia de disciplinas biomédicas que pertenecen -la mayor parte- a la rama de la medicina clásica de la neurología y que tienen como objetivo estudiar el funcionamiento del sistema nervioso en general y la caracterización de nuestro órgano rector (el cerebro) en particular; estas disciplinas también estudian cómo los diferentes elementos del sistema nervioso interactúan, dando lugar a las bases biológicas de la cognición y de la conducta.

Una característica importante de la neurociencia es su carácter interdisciplinar, que se ha puesto de manifiesto desde sus inicios (segunda mitad del siglo XX) y que ha acompañado su desarrollo. Esta interdisciplinariedad, unida a los grandes avances tecnológicos de las últimas décadas (como las nanotecnologías), constituyen causas importantes de su progreso y éxito contemporáneos.

Para mostrar su actualidad, podemos recordar algunos hitos históricos. El presidente George W. Bush, a partir de un documento del Consejo Asesor Nacional del Instituto de Trastornos Neurológicos de EE.UU. en el que se exponían las grandes oportunidades de la neurociencia para el bien de la salud pública, con la aprobación unánime del Congreso norteamericano, sancionó la "Década del Cerebro" (1990-2000), a la que siguió la "Década de la Mente" (2001-2011). Más recientemente, el Gobierno español proclamó el año 2012 "Año de la Neurociencia", y el presidente Barack Obama lanzó en 2013 el proyecto *BRAIN*¹

¹ *Brain Research Through Advancing Innovative Neurotechnologies* (cf. <https://braininitiative.nih.gov>).



Initiative, asignando 100 millones de dólares para impulsar y estimular la investigación neurocientífica sobre el cerebro y la mente, con el fin de encontrar nuevas terapias y prevenir los numerosos trastornos que afectan al sistema nervioso².

Se calcula que un cerebro humano adulto contiene unos 87 mil millones de neuronas (además de otros miles de millones de células de otros tipos), y que cada neurona establece unas mil conexiones sinápticas con otras neuronas. Esto conlleva que el cerebro humano es la estructura más complicada de nuestro cuerpo y, según algunos estudiosos, también de todos los seres vivos y quizás del universo. Podemos afirmar que los estudios acerca del cerebro humano son de una inconmensurable complejidad. Estamos aún en los inicios de los albores del conocimiento de este maravilloso e intrincado órgano.

2. Neurociencia y libertad humana

Una corriente de la neurociencia contemporánea afirma, o se inclina a pensar, aportando datos científicos, que todas las funciones y comportamientos del ser humano son exclusivamente biológicos. Es decir, el progreso en el conocimiento del funcionamiento del cerebro humano nos llevaría a concluir -según estos autores- que todo lo que pensamos, decimos, hacemos, está determinado por los procesos bioquímicos de nuestro organismo, por nuestros genes, por nuestro cerebro y, en parte, por factores ambientales que a su vez modifican factores biológicos. Si esto es así, la libertad humana no existiría, sería una mera apariencia³.

En favor de esta tesis estarían algunos experimentos científicos. Uno de los experimentos



que más han influido en esta visión determinista fue el que realizó B. Libet con algunos colaboradores en los años 80, replicado posteriormente por otros investigadores⁴. Libet y sus colaboradores demostraron que existen unos potenciales corticales de preparación o "anticipatorios" en la denominada corteza motora secundaria (corteza promotora) que preceden en aproximadamente 350 milisegundos a la acción consciente de realizar un movimiento voluntario. De ahí parecía seguirse que, en realidad, son procesos neuronales inconscientes los que causan los actos volitivos voluntarios. Según algunas interpretaciones a partir de estos datos, la apreciada libertad humana sería un espejismo neurobiológico⁵.

Otros datos, obtenidos mediante diversos experimentos e investigaciones, parecen apoyar esta visión determinista o, cuanto menos, hacen pensar que no somos tan libres como pensamos. Por ejemplo⁶:

- Una serie de estímulos puede influir en el proceso de toma de decisiones de una

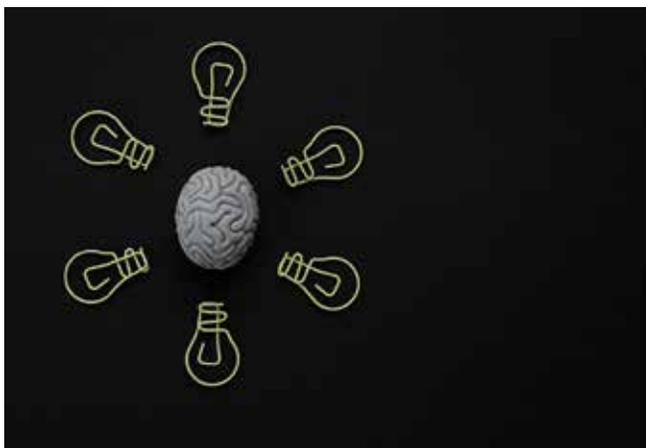
²Cf. A. CARRARA, «*Neuroetica: ponte tra Bioetica, filosofia e natura*», *Studia Bioetica*, 6 (2013), 131.

³ Así, por ejemplo, P. STRATA, *La strana coppia. Il rapporto mente-cervello da Cartesio alle neuroscienze*, Carocci, Roma 2014.

⁴Cf. B. LIBET, «Unconscious cerebral initiative and the role of conscious will in voluntary action», *Behavioral and Brain Science*, 8 (1985), 529-566.

⁵Cf. J.M. GIMÉNEZ-AMAYA – J.I. MURILLO, «Neurociencia y libertad. Una aproximación interdisciplinar», *Scripta Theologica* 41 (2009/1), 28-29.

⁶Cf. N. MESSER, «Determinism, freedom and sin: Reformed Theological Resources for a conversation with Neuroscience and Philosophy», *Studies n Christian Ethics* vol. 28, 2 (2015), 165.



persona, sin que ésta sea consciente de ello.

- El comportamiento impulsivo o antisocial parece ser más difícil de controlar en adolescentes que en adultos. Esto es conocido generalmente, y la causa puede estar en que un púber aún no ha tenido tiempo suficiente para aprender a controlar sus impulsos. Ahora bien, también se ha descubierto que algunas áreas del cerebro involucradas en el control de nuestras acciones no están del todo desarrolladas en la adolescencia.
- Estudios sobre el agotamiento (*ego-depletion*) sugieren que cuanto más autocontrol haya ejercitado una persona recientemente, más difícil le resultará hacerlo de nuevo. La causa de esto se encontraría en tener recursos limitados (*a limited resource*).

El determinismo, la negación de la libertad total o parcialmente, no es una novedad. Ha sido una postura recurrente a lo largo del pensamiento humano. Algunos escritos del filósofo griego Demócrito (siglos V-IV a.C.) presentan una doctrina determinista de la naturaleza. Según Baruc Spinoza (siglo XVII) todo existe necesariamente (cf. *Ethica I*, 33, esc.), de modo que las acciones y pasiones del hombre siguen un orden estricto, inevitable e inviolable; la razón de

que consideremos libres algunos actos de nuestra conducta -según Spinoza- es nuestra ignorancia de las causas que nos llevan a ejecutarlos (cf. *Ethica*, II, 35, esc.).

Hoy en día, gracias al desarrollo de las neurociencias y de la nanotecnología, ya podemos conocer esas causas, y esas causas serían meramente bioquímicas. Y así algunas personas hacen afirmaciones como éstas: «son nuestros cerebros los que deciden, no nosotros», o bien: «sí, la gente tiene deseos religiosos, tiene un sentido del alma. Pero yo creo que todo esto se puede explicar en términos de las propiedades físicas del cerebro» (Michael Arbib, director del *USC Brain Project*)⁷.

¿Es realmente así? Nuestra percepción consciente de las cosas y de nosotros mismos (autoconciencia), nuestros sentimientos y emociones, nuestros pensamientos, nuestras elecciones y decisiones, ¿son solamente actividad neuronal o hay algo más? ¿Son nuestros cerebros los que piensan y deciden? ¿Somos libres o estamos totalmente determinados por nuestro material biológico y por la actividad fisicoquímica de nuestro sistema nervioso?

3. Interaccionismo. *The self and its Brain*

Sugiero acercarnos a estas cuestiones partiendo de una obra escrita en 1977 por dos investigadores de reconocido prestigio, la cual considero que nos ayudará a arrojar algo de luz a estas preguntas. En ámbito neurocientífico es conocida la obra *The self and Its Brain, an argument for Interactionism*, en tres volúmenes. Sus autores son Karl Popper, uno de los filósofos de la ciencia más importantes del siglo XX, y John Eccles, neurólogo especializado en el cerebro, premio Nobel en medicina en 1963 por sus estudios del mecanismo iónico de excitación e inhibición de las sinapsis cerebrales.

Popper y Eccles, aun difiriendo en algunas ideas, como el grado de diversidad entre la autoconciencia del hombre y la conciencia del animal, o sus creencias religiosas (uno se consideraba

⁷Cf. P.M.F. OOMEN, «On brain, soul, self and freedom: an essay in bridging neuroscience and faith», *Zygon*, 38 (2003), 378.

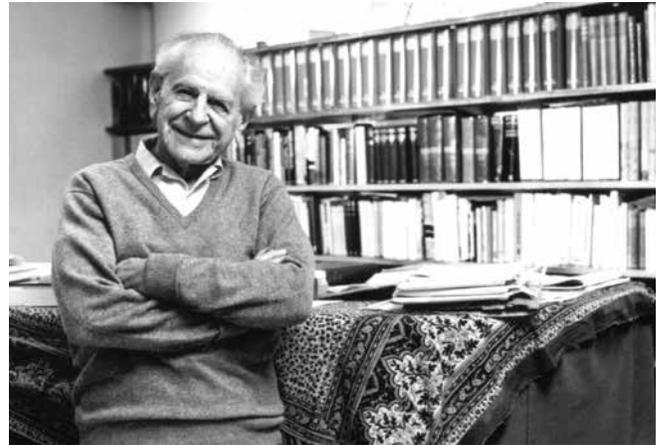


cristiano, el otro agnóstico), concuerdan en varios puntos, como son: la posición única del hombre entre los animales, el hecho del evolucionismo, el rechazo de soluciones fáciles y, lo que constituye la tesis central del libro: la afirmación de un interaccionismo psicofísico en el ser humano, lo cual explicaría el funcionamiento de muchas de sus facultades como la percepción consciente, el pensamiento o la capacidad de realizar una acción voluntariamente.

En el primer volumen, Karl Popper discute la problemática filosófica desarrollada entre el interaccionismo dualista y el materialismo. Para los materialistas, el cerebro y el conocimiento son solo fruto de la evolución biológica. Popper no está de acuerdo con esta posición. En el segundo volumen, Eccles estudia la estructura y las funciones cerebrales y su relación con la mente humana. En la introducción detalla bien su objetivo:

Aquí no se pretende que la comprensión científica actual sobre el cerebro pueda resolver cada uno de los problemas filosóficos que constituyen el argumento de este libro. Lo que se afirma es que nuestro conocimiento actual debería desacreditar las tesis formuladas por teorías insostenibles y permitir nuevas perspectivas para la solución de problemas tan importantes como la percepción consciente, la acción voluntaria y la memoria consciente⁸.

Consciente de la complejidad de la explicación biológica del proceso cognoscitivo, y siguiendo la exposición de Eccles en esta obra, tratamos aquí de hacer una breve presentación de este proceso desde el punto de vista neuro-fisiológico. Usaré como modelo el sentido de la vista y el conocimiento que por él adquirimos. Los sentidos del tacto y de la vista han sido estudiados de modo más exhaustivo que otros sentidos, y hay buenas razones para retener que



todas las demás experiencias sensitivas dependen de mecanismos neuronales similares.

El hombre tiene la facultad, capacidad, potencialidad de ver. Esta facultad se lleva a cabo a través del sistema óptico, siendo un sistema un conjunto de cosas que, relacionadas entre sí ordenadamente, contribuyen a un determinado objetivo. El ojo humano (principal órgano del sistema óptico) produce una imagen sobre la retina que es una lámina compuesta de receptores densamente acumulados (unos 100 millones de conos y unos 1.000 millones de bastoncillos). Por tanto, el primer paso del proceso visivo es una total fragmentación de la imagen retínica en respuestas independientes de millones de elementos distintos (conos y bastoncillos).

Los sentidos transmiten al cerebro las sensaciones por medio de las neuronas. La transmisión entre neurona y neurona se hace mediante la sinapsis, que consiste en pequeñas descargas eléctricas debidas a la diferencia de potencial entre ellas, según abunden los iones positivos o negativos de Sodio (Na⁺), Potasio (K⁺), etc. La transmisión de una neurona a otra tarda 1 milisegundo. Esta señal llega al cerebro, donde los procesos se multiplican (corteza cerebral primaria, secundaria...) y se elabora

⁸K.R. POPPER – J.C. ECCLES, *The self and Its Brain, an argument for Interactionism*, Springer-Verlag, Berlin-Heidelberg-London-New York, 1977. Traducción italiana: *L'io e il suo cervello*, Armando, Roma 19943, 281. [Traducción al español de Ecclesia]



una respuesta, que se transmite de nuevo mediante las sinapsis nerviosas, generalmente al sistema locomotor.

Por tanto, la transmisión nunca es directa, sino que se realiza mediante enlaces sinápticos que intervienen modificando el mensaje, de modo que al sistema nervioso central llega una imagen codificada muy diversa del estímulo periférico. Se puede mantener que estas líneas de transmisión están orientadas a la conversión del estímulo original en eventos neuronales que puedan ser elaborados e interpretados en la corteza cerebral.

Según Eccles, ya en el sistema nervioso de la retina hay un inicio de abstracción del mosaico de elementos, que continúa en fases sucesivas individuadas en los centros visivos del cerebro. De algún modo desconocido para el neurofisiólogo australiano, la imagen retínica se manifiesta en la percepción consciente, pero en ningún lugar del cerebro se pueden encontrar neuronas que respondan en modo específico incluso a una pequeña zona de la imagen retínica o de la representación observada.

Lo que el ojo dice al cerebro por medio de los millones de fibras del nervio óptico es una abstracción de contrastes de luminosidad y de color. También sabemos que el campo visivo izquierdo llega y se codifica en la corteza cerebral derecha, y viceversa.

Se puede imaginar –continúa Eccles– que en la vasta área de la corteza visiva primaria del hombre, la población de unos 400 millones de neuronas esté dispuesta como un mosaico de columnas, cada una con algunos miles de neuronas que tienen la misma sensibilidad direccional. Esta disposición puede ser considerada como el primer estado de reconstrucción de la imagen retínica.

En el estado sucesivo, hay neuronas más complejas, sensibles a la longitud y espesor de las líneas luminosas u oscuras y a su orientación. El reconocimiento del color depende de la codificación a través de un proceso a tres colores en la retina, que



inicia con conos del rojo, del verde y del azul, que se dirigen hacia la corteza visiva primaria según líneas relativamente independientes.

Al final de esta explicación, que el mismo Eccles considera breve, sin entrar a fondo en detalles neurológicos especializados, admite que permanece el problema: ¿cómo una imagen visiva completa es reconstituida por el mecanismo neuronal del cerebro? Ahora bien –dice citando a Jung– el enigma de la sucesión secuencial y de la unidad de la visión puede ser menos embarazoso para el neurofisiólogo si él tiene conocimiento que la filosofía de la percepción se encuentra con los mismos problemas no resueltos.

Eccles presenta una hipótesis para tratar de explicar las dificultades encontradas en su estudio sobre la relación entre las sensaciones, las acciones, el cerebro y la mente autoconsciente. La llama dualismo interaccionista. Según esta hipótesis:

- Nuestras experiencias e interpretaciones trascienden los meros datos sensoriales. Parten de ellos y los necesitan, pero al mismo tiempo los trascienden. En una entrevista con Mariano Artigas, Eccles afirma que «los fenómenos del mundo material son causas necesarias, pero no suficientes, para las experiencias conscientes y para mi yo en cuanto sujeto de experiencias conscientes»⁹.

⁹Cf. M. ARTIGAS, *Las fronteras del evolucionismo*, Palabra, Madrid 1991, 5ª ed., 174.



Giménez-Amaya y Murillo explican que a pesar de los estudios sobre las redes neuronales y del análisis de la valoración global de la totalidad de las conexiones neuronales, hoy en día no estamos en condiciones de identificar de manera precisa el conocimiento humano con los procesos biológicos que tienen lugar en nuestro sistema nervioso. Por otro lado, estudios de neuroimagen cerebral han puesto de manifiesto que existen zonas muy específicas en el lóbulo temporal que responden de forma característica en el reconocimiento de caras o de lugares con interés emocional. Pero, aunque ciertas zonas cerebrales presentan activación en la toma de decisiones, estamos muy lejos de poder afirmar que alguna de ellas sea la estructura neurobiológica responsable de la integración emocional. El gran escollo científico de la neurociencia moderna –dicen estos dos autores– es encontrar una explicación congruente en la búsqueda de cómo funciona nuestro cerebro en su conjunto y de manera unitaria en el procesamiento cognitivo, emocional, de memoria y de la autoconciencia. La hipótesis que presentaba Eccles todavía podría salir al paso de esta dificultad.

4. Qué es la libertad

Llegados a este punto, recordemos las preguntas que nos planteábamos: nuestra percepción consciente, nuestros sentimientos y emociones, nuestros pensamientos, elecciones y decisiones, ¿son solamente actividad neuronal o hay algo más? ¿Son nuestros cerebros los que piensan y deciden? ¿Somos

libres o estamos totalmente determinados por nuestro material biológico y por la actividad fisicoquímica de nuestro sistema nervioso?

Me centraré en la última pregunta.

En primer lugar, conviene precisar qué entendemos por libertad. Para ello nos sirven las reflexiones del filósofo A. Millán Puelles¹². En el lenguaje común, el término «libertad» tiene una abundante gama de acepciones relativamente equivalentes, como son «independencia», «autonomía», «disponibilidad». «Independencia» quizás es el término más usado como sinónimo de «libertad»: uno es libre si no depende de nada ni de nadie. Pero, ¿hay acaso algún ser absolutamente independiente? Ningún ser limitado puede tener una completa independencia ni, por tanto, una absoluta libertad. Y los seres humanos somos seres limitados.

La libertad posible de un ser limitado es, necesariamente, una libertad limitada o relativa. La idea de una libertad relativa es rechazada por algunos, como J.P. Sartre en su obra *El ser y la nada*. Sartre concibe nuestra libertad como absoluta. Pero esto es absurdo, pues todos tenemos experiencia de lo contrario. Yo no soy libre para volar usando mis brazos como si fueran alas, no soy libre para vivir bajo el agua durante un año, no soy libre para dar un salto de 10 metros de altura. Nuestra libertad es limitada y relativa, porque nuestro ser es limitado y relativo.

Además de eso, nuestra libertad puede ser limitada accidentalmente por otros motivos (por ejemplo, una adicción, o un mal funcionamiento del cerebro o del sistema nervioso). Y es que, al ser animales corporales, la corporeidad es un requisito imprescindible para la libertad humana, según el modo en el que la poseemos.

Por otro lado, entre las acciones humanas podemos distinguir los actos deliberados y los no deliberados. En los primeros, hacemos la experiencia de que somos nosotros los que libremente decidimos. En los actos no deliberados, aun siendo conscientes, hacemos otro tipo de experiencia. Lo

¹² Cf. A. MILLÁN-PUELLES, *Léxico Filosófico*, Rialp, Madrid 1985, 393-405.



veremos claramente con unos ejemplos; actos no deliberados son: escuchar espontáneamente el canto de un pájaro, tiritar de frío, reírse ante un evento o comentario jocoso, asentir ante lo inmediatamente evidente. Estos ejemplos muestran que también hay una experiencia interna de la necesidad (en contraposición a la experiencia interna de libertad). Ambos conceptos (libertad y necesidad) tienen una base empírica.

Afirmamos que la libertad humana es una propiedad que formal y directamente pertenece a la voluntad humana (yo puedo querer o no querer, querer esto o aquello). Otras facultades humanas (como el entendimiento, la locomoción) son imperadas por la voluntad. El entendimiento humano no es formal o directamente libre, pero puede actuar bajo el imperio de la facultad volitiva («quiero entender»). Por otro lado, el ejercicio de una decisión libre supone el acto del entendimiento práctico, la aprehensión de un objeto como un bien para mí aquí y ahora.

El ejercicio del entendimiento (formulando juicios) no decide nada, simplemente juzga. Es necesario que la voluntad intervenga en un acto de decisión, con el cual pone fin a la actividad deliberante del entendimiento.

Por tanto, después de estas sucintas y condensadas reflexiones, podemos decir que el libre albedrío del hombre es la capacidad que la voluntad humana tiene de autodeterminarse. Varios autores distinguen entre la «libertad de», es decir, libertad de elegir entre varias opciones (ir al cine o quedarme en casa o ir a visitar a mis padres...), y la «libertad para». Esta «libertad para» es la más fundamental, es la capacidad de autodeterminarse, y es la que nos permite tener la «libertad de». Por eso, el sentido fundamental de la libertad es la capacidad de autodeterminarse.

5. Libertad y cerebro

Habiéndonos asomado someramente al funcionamiento del cerebro humano en la percepción consciente, y a un análisis filosófico de la libertad, trataremos ahora de integrar ambas realidades.



Normalmente se habla de tres momentos en el proceso de una elección a la que sigue un movimiento corporal exterior: percepción, emoción, mandato motor. Una verdadera elección sucede cuando el mandato no sigue inmediatamente a la emoción (por ejemplo, asustarse y correr inmediatamente al sentir un ruido extraño en la noche no es algo deliberado, es más bien instinto). La elección propia vendría tras reflexionar qué es mejor hacer: si correr o no, en qué dirección correr, etc.

Los animales pueden hacer algunos tipos de “elección”, pero siempre de cosas particulares (no de universales, como el ser humano); es decir, el animal puede “elegir” aquí y ahora. Y eso también tiene su correlativo neuronal. Ahora bien, este modo de obrar de los animales no implica una inteligencia como la humana, ni es un mero comportamiento determinado en su totalidad.

En el plano biológico, los eventos futuros no están necesariamente predeterminados. Están determinados por una mezcla de necesidad física orgánica, regulada por leyes físicas, de procesos intencionales de la sensibilidad y de elementos aleatorios. En el hombre, a todo esto se añade la capacidad de realizar una reflexión intencional universal (inteligencia) a la que puede seguir una elección libre (puede elegir y elegir qué elegir).

Todo proceso de pensamiento humano, así como toda elección, comportan una actividad psico-somática extremadamente compleja, y esto



se puede observar en su base neuronal gracias a las nuevas tecnologías del siglo XXI: resonancia magnética funcional, (fMRI), la tomografía o emisión de positrones (PET), y otras.

Ahora bien, un circuito neuronal no se reduce a su componente fisicoquímica, sino que incluye un factor intencional. Hay una unidad dual (un aspecto físico, un aspecto psicológico). Algunos comportamientos de algunos animales no se pueden explicar solamente por causas fisicoquímicas neuronales, hay cierto grado de intencionalidad (por ejemplo, en el uso de algunas herramientas). Igualmente, cuando Einstein propone la teoría de la relatividad, no es causado solo por causas neuronales, sino que implica también una intencionalidad superior.

Por todo lo dicho hasta ahora, podemos afirmar con Sanguinetti que el cerebro, la base cerebral del sistema nervioso, considerándola solamente en su dimensión orgánica, es una condición necesaria, pero no suficiente, para nuestras elecciones. No elige el cerebro, ni las neuronas, elige la persona consciente y libre, elige el yo personal.

Es verdad que nuestros genes, el cerebro, y factores ambientales (educación, cultura, etc.) determinan muchas cosas de nuestro comportamiento y de nuestras elecciones. Y es que la libertad, como hemos dicho, no significa un absoluto indeterminismo. Nuestros actos deliberados son una mezcla de necesidad, aleatoriedad y libertad. Es así como nos autodeterminamos. La dimensión neurológica de toda elección corresponde a la parte sensitiva (y, por tanto, implica la necesidad) de la persona. La libertad corresponde a nuestra facultad volitiva que es una facultad espiritual (no ligada necesariamente a la materia).

6. Conclusión

Los datos neurocientíficos contemporáneos muestran que, aunque la configuración de nuestro sistema nervioso es un requisito para el ejercicio de la libertad, la explicación última de ésta escapa a los métodos de la neurociencia.



Las consideraciones de este artículo parecen suficientes para mostrar que la neurociencia no tiene la última palabra a la hora de explicar el actuar libre del ser humano porque ni siquiera es capaz de señalar cómo funciona nuestro cerebro en su conjunto y de manera unitaria en el proceso cognitivo, emocional y en la autoconciencia.

Para entender mejor la naturaleza de la libertad y su inserción en los procesos neurobiológicos hay que tener en cuenta otros puntos de vista, en particular el de la filosofía, entablando un auténtico diálogo interdisciplinar.

Recuerdo el trabajo que hice en la escuela poniendo uno encima del otro, con capas de papeles transparentes, los aparatos del cuerpo humano. Considero que, para un conocimiento más completo del ser humano, a esas capas habría que añadir otra, totalmente transparente, sin ningún órgano dibujado en ella, y que podríamos llamar alma espiritual.

La concepción reduccionista de quienes limitan el conocimiento y las elecciones humanas a mecanismos fisicoquímicos no ha podido llevar a cabo su intento de explicar los niveles superiores de actividad consciente del cerebro humano. En la existencia humana hay un misterio fundamental que trasciende toda explicación biológica del desarrollo del cuerpo, incluyendo el cerebro, con su herencia genética y su origen evolutivo.



El determinismo fisiológico implica un desconocimiento del carácter supracorpóreo de la facultad volitiva, de la esencial diferencia entre la voluntad humana y el apetito sensible.

En la encíclica *Fratelli Tutti* (n. 204) el Papa Francisco dice:

Hoy existe la convicción de que, además de los desarrollos científicos especializados, es necesaria la comunicación entre disciplinas, puesto que la realidad es una, aunque pueda ser abordada desde distintas perspectivas y con diferentes metodologías. No se debe soslayar el riesgo de que un avance científico sea considerado el único abordaje posible para comprender algún aspecto de la vida, de la sociedad y del mundo. En cambio, un investigador que avanza con eficiencia en su análisis, e igualmente está dispuesto a reconocer otras dimensiones de la realidad que él investiga, gracias al trabajo de otras ciencias y saberes, se abre a conocer la realidad de manera más íntegra y plena.

Ojalá la Neurociencia contemporánea, que tanto bien puede hacer al mundo y a los seres

humanos, avance con eficiencia en sus investigaciones, abierta a otras dimensiones de la realidad para poder conocerla de manera más íntegra y plena.

Palabras-clave: Neurociencia, libertad, cerebro, antropología, ética.

(publicado en *Ecclesia. Revista de cultura católica*, 37 No. 2 (2023), 175-195)



El aborto y el apagón de la conciencia moral



P. José Juan Sánchez Jácome
Licenciado en Teología Moral

No son opiniones, sino profundas convicciones basadas en sólidos fundamentos racionales las que nos llevan a rechazar el aborto, favorecido y permitido vergonzosamente por nuestras leyes. Los estudios científicos no solo ponen en evidencia el surgimiento de la vida y su propia constitución genómica, sino que también nos llevan al estupor ante la maravilla de la vida.

Ese efecto provoca el estudio de las fuentes mismas de la vida: estupor, fascinación por la forma como hemos surgido a la existencia y por las etapas perfectamente coordinadas que se siguen en el desarrollo intrauterino.

Después de contemplar y asombrarnos con las mismas fuentes de la vida, a partir de la genética y la embriología, quedamos convencidos de la maravilla de la vida, y que la vida de cada uno de nosotros es un hecho espectacular. Por eso duele tanto el abandono del discurso racional, el desprecio de las evidencias científicas y la negación mezquina de un hecho a todas luces maravilloso.

No se necesita tener fe para sorprendernos con este hecho fascinante. La vida religiosa no está a la base de este descubrimiento y de esta reacción espontánea de admiración y gratitud ante la maravillosa realidad de la vida humana. La fe, por supuesto, potencia la sensibilidad y la admiración ante la vida humana, pero en la base de todo está la inteligencia, la capacidad de la razón humana, que, porque es precisamente humana, se sobrecoge ante este hecho maravilloso que es necesario custodiar y

defender.

Lamentablemente se desprecia el discurso racional y las evidencias científicas para dar paso a una retórica basada en una ideología que tiene seducidos -y también coaccionados por organismos internacionales- a nuestros gobernantes. Contario al discurso político actual, que por lo menos en la tribuna exalta los valores de nuestros antepasados, esta ideología impulsada por nuestros gobernantes pisotea la identidad y el alma de nuestros pueblos, que por generaciones han amado la vida y han incluso venerado la vida de los más indefensos, como los niños, los enfermos y los ancianos.

Sorprende que, ante la crítica destemplada e ideologizada de la colonia y la conquista, esta nueva ideología esté colonizando culturalmente a México, en pleno siglo XXI, con el apoyo y la venia de nuestros gobernantes. Aunque muchos funcionarios y políticos no han renunciado del todo a su pensamiento racional, sin embargo, sucumben por el sistema que los alinea al pensamiento políticamente correcto.

Este declive en la capacidad de reacción es alarmante, porque al perder la razón se va perdiendo incluso el sentido común y se desliza el hombre hacia actitudes de desprecio a la dignidad humana.

Si el bebé en el vientre materno ya no está seguro, nadie más estará seguro en este mundo. Si no hemos sido capaces de preservar el amor y la seguridad del seno materno, ¿cómo será posible garantizar la paz en las calles, en las ciudades y en los pueblos?!



Por otra parte, es irracional exigir la paz y practicar la violencia con la autorización de las leyes. Se trata de un planteamiento bipolar: indignarnos con la violencia y adormecer la conciencia cuando se aplaude el aborto. Es absurdo pensar que habrá paz en el mundo, mientras favorecemos la violencia contra los más indefensos y no somos capaces de cuidarlos, defenderlos y levantar la voz por ellos, como tantas generaciones de manera memorial lo han hecho.

El padre Pio de Pietrelcina sostenía que “bastaría un día sin ningún aborto y Dios concedería la paz al mundo hasta el término de los días”. Esta es nuestra convicción: para salir de la barbarie y para lograr la erradicación de la violencia necesitamos ser congruentes, ser racionales, ser verdaderamente humanos para no practicar la violencia en el lugar más apacible que hay en este mundo: el seno de una madre. Estamos en un momento crítico, por lo que nos toca detener el declive de la razón, luchar para que se llegue a dignificar la razón y frenar este giro autodestructivo.

Además de dignificar la razón, tenemos también que enfrentar el eclipse del sentido de Dios y del hombre, característico del contexto social y cultural dominado por el secularismo. Este eclipse de Dios ha dejado a oscuras a la sociedad y ha provocado tres consecuencias: el colapso de la mente, que no se atreve a preguntarse por la verdad; la perversión de la libertad, que desenganchada de la verdad no es más que sentimientos y emociones; y, el apagón de la conciencia moral.

En un texto póstumo, el Cardenal Carlo Cafarra señalaba el riesgo en que nos encontramos ante la destrucción de lo humano, ya que afecta la relación originaria de la persona con Dios: “La destrucción de lo humano consiste en negar con nuestra libertad lo que nuestra razón ha reconocido como el verdadero bien de la persona... Hay dos factores destructivos de lo humano: la falsificación de la conciencia moral y la separación de la libertad respecto de la verdad. El **primer factor** destructivo de lo humano es la falsificación que la conciencia moral ha experimentado en la cultura occidental, reduciéndose progresivamente, como ya había visto hace más de un siglo Newman: al derecho de pensar, hablar, escribir según el propio parecer o estado de ánimo. Decir hoy «mi conciencia me dice que...» en la comunicación hodierna significa sencillamente decir: «yo creo que... deseo que... a mí me gusta que...». La falsificación de la conciencia moral es un factor destructivo, altamente destructivo, de lo humano, porque destruye desde el inicio la relación originaria de la persona humana con Dios Creador. Oscurece el esplendor de la palabra originaria que Dios Creador dirige al hombre para que le guíe. La conciencia moral, como puede verse, es el lugar donde Dios dirige la primera, originaria y permanente palabra al hombre: el lugar donde Dios se revela como guía del hombre. Apagada esta luz, el hombre andará a tientas en las tinieblas”.

Este apagón de la conciencia moral ha venido impulsando medidas y leyes abortivas. Todavía recordamos con dolor cómo el 20 de julio de 2021, cuando la fe nos ponía delante la celebración del Divino Niño Jesús, se orquestaba en el Congreso de Veracruz la despenalización del aborto.

Quedaba sólo al alcance de los creyentes la constatación de las maquinaciones del maligno que se ensañó de esta manera contra el pueblo de Dios, haciendo coincidir la aprobación de una ley contra la niñez el día que celebrábamos la divina niñez de Nuestro Señor Jesucristo. Así se urdía un escenario



blasfemo que acentuaba el sufrimiento de los creyentes.

De igual forma, el 6 de septiembre pasado, cuando nos encontrábamos preparando la fiesta de la Natividad de la Virgen María, la Suprema Corte de Justicia de la Nación volvió a favorecer la despenalización del aborto a nivel federal.

El panorama es sombrío y doloroso, pero la providencia divina va generando esperanza. Nos ha sorprendido la beatificación de toda una familia polaca, los esposos Ulma, Jozef y Wiktorja, y sus siete hijos -incluido el bebé que se encontraba en el vientre de su madre-, que fueron asesinados por los nazis ante los ojos de sus vecinos como represalia y escarmiento por haber escondido en su rancho a ocho judíos.

Es el primer caso en la historia en que se beatifica a un niño todavía no nacido. Aunque no se sabe el sexo del bebé, la Iglesia lo ha reconocido como bautizado mártir, habiendo recibido de su madre el bautismo de sangre. Nos encomendamos a la intercesión de la familia Ulma y de este niño beato no nacido.



30° Aniversario de consagración sacerdotal



P. Daniel Valdez García
Arquidiócesis de Toluca,
Edo. de México
Doctor en Bioética y
Psiquiatría biológica

El 16 de agosto de 1993, en pleno día lunes y a las 11 de la mañana, tuvo lugar una solemne ceremonia de consagración sacerdotal en el seno de la majestuosa celebración de la Eucaristía en la venerada iglesia catedral de Toluca. El reverendo Sr. Obispo Mons. Alfredo Torres Romero (que en paz descanse) ofició la ceremonia, y lo acompañaron en la concelebración el Obispo auxiliar Mons. Francisco Robles Ortega (actualmente cardenal en Guadalajara) y el Obispo emérito de San Cristóbal de las Casas, ahora cardenal Felipe Arizmendi, en compañía del colegio presbiteral. Un nutrido grupo de fieles, así como familiares y amigos de mis compañeros ordenandos Gelacio Villanueva, Juan Zamara, Cándido Pérez y de un servidor, también estuvieron presentes para esta ceremonia.

En 1980 di inicio a mi trayectoria académica en la Universidad Autónoma del Estado de México (UAEMEX), donde me sumergí en la fascinante licenciatura en turismo. A través de la generosa invitación del licenciado Francisco Medina Cuevas tuve el privilegio de participar en la distinguida 28ª Jornada de Vida Cristiana (MJVC). En aquel evento reencontré a queridos compañeros de mi querida secundaria N° 3 "Lic. Benito Juárez" de la ciudad de Toluca, y principalmente compartí valiosos momentos con mi amado hermano espiritual, el doctor Arturo Ocaña Ponce (QEPD).

Durante estas jornadas y misiones dedicaba frecuentes visitas al santísimo sacramento en la catedral, alimentando mi inquietud por el sacerdocio. Lleno de fervor le pedí a Jesús que purificara mis más íntimas intenciones. Aunque enfrenté diversos desafíos, entre ellos un accidente, un secuestro y un siniestro, logré

salir ileso y sano de todos ellos. Posteriormente, realicé una breve expedición vocacional junto a los padres jesuitas, pero no encontré en ello la respuesta que buscaba.

Decidí entonces realizar el preseminario en el Seminario de Toluca, y con gratitud en mi corazón recibí la aceptación para continuar mi formación eclesial. En mi deseo ferviente de perseguir ambas pasiones, envié una humilde carta al Papa San Juan Pablo II solicitándole su bendición para concluir mis estudios en turismo. Lleno de benevolencia y sabiduría, Su Santidad respondió afirmativamente a mi solicitud. De esta manera, durante un año y ocho meses, perseveré hasta completar mi licenciatura con un galardón nacional por la mejor tesis de turismo en 1985.

Posteriormente di continuidad a mis estudios en el Seminario, entrelazando ambas vocaciones con sorprendente armonía. Fue entonces que el presidente Carlos Salinas de Gortari, en un acto de generosidad, me extendió una invaluable invitación para colaborar en el cuerpo diplomático. Tras recibir la aprobación del obispo Alfredo Torres, por varios años llevé a cabo misiones diplomáticas, sin descuidar mi crecimiento y formación inicial como futuro sacerdote.

En 1992 cumplí con mi última encomienda patriótica, y al llegar el mes de marzo de 1993, fui consagrado diácono. Cinco meses después, el 16 de aquel mes, me convertí en sacerdote para siempre, dedicando mi vida al servicio eterno.

Todo lo que tuve el privilegio de estudiar, primero bajo la tutela de monseñor Torres, luego con el excelentísimo cardenal Robles y el distinguido



arzobispo Chavolla, fue con el fin de servir con mayor excelencia como “hombre de Dios” (1 Timoteo 6,11), y convertirme en un pastor, siguiendo el ejemplo de Jesús (Juan 10, 11-18).

En estos treinta años de mi vida consagrada he experimentado todo tipo de vivencias; reconozco mi condición de pecador y me erijo como un testimonio elocuente de la misericordia divina. Soy consciente de que no soy infalible, pero estoy plenamente comprometido a cumplir la voluntad de Dios, incluso si eso implica poner en riesgo mi propia existencia (Mateo 26, 36; Marcos 14, 43; Juan 18, 2-3; Juan 21, 5-25). A medida que los días pasan encuentro cada vez más motivos para amar, seguir y servir a Jesús, a la Iglesia y a la humanidad.

Estoy completamente convencido de que cada sacerdote está destinado a ser un amigo, un hermano cercano, un padre para todos, un amigo leal, un pastor con olor a oveja y un esposo amoroso de la Iglesia en la porción del santo pueblo de Dios que nos ha sido encomendada a nuestro cuidado pastoral.

Celebrar el trigésimo aniversario de mi consagración sacerdotal es más que una simple afirmación; es una maravillosa aventura vivir y ser testigo del evangelio que proclamamos, vivimos y defendemos, ese gran tesoro de fe que es el mismo Jesucristo, presente de manera especial en la Eucaristía, en los más desfavorecidos, en los más necesitados, y en los niños. Esto debe ser nuestro enfoque exclusivo, y hemos de excluir cualquier otra distracción, teniendo siempre a la familia como columna vertebral, ya que

en ella reside la vida, desde su concepción hasta su fin natural en muchas ocasiones. Por tanto, toda catequesis debe abarcar desde la cuna hasta la tumba, a través de una pastoral integral, orgánica y transversal en espiritualidad y comunión, siguiendo la pedagogía de la santidad que el Papa San Juan Pablo II nos enseñó en su magna carta al iniciar este nuevo milenio.

Muchas cosas podría añadir, pero deseo concluir expresando mi gratitud a Dios por haberme convocado a la existencia y a la noble vocación sacerdotal. Agradezco el privilegio de poder servirle a Él, a la Iglesia y a la humanidad. Quiero agradecer a mis progenitores por su constante compañía, hasta donde la voluntad divina se los permitió, y porque ahora desde el reino celestial continúan velando por mí. Mi gratitud se extiende a todos mis guías formativos y a mis compañeros en el Seminario. También deseo expresar mi reconocimiento a aquellos a quienes he conocido a lo largo de mi camino como seminarista, así como a los fieles que he conocido en estos años. Agradezco su devota oración y su inquebrantable obediencia. Reconozco y agradezco a mis amigos, quienes constituyen siempre una familia elegida con el corazón, por su lealtad y por ser un apoyo incondicional en oración y en vida. Por último, quisiera expresar mi gratitud eterna hacia mis guías espirituales y confesores por su generosa dedicación y su infinita paciencia. Ellos son ejemplos vivientes de pastores según el corazón de Dios, tal como lo profetizó Jeremías (Jeremías 3, 15).